
ELIZABETH GONZÁLEZ
El viaje de vuelta
Una casa en ruinas, un invernadero
y un instante decisivo que lo cambiará todo

Elizabeth González

El viaje de vuelta



Para todas las mujeres
que desean despertar

1
La caída



Clemátide

Una joven corre mientras se dirige al campus de la universidad. Es una noche cálida de los primeros compases del verano. El tiempo apremia. En su mano sostiene con fuerza sus últimos cuatro años, reducidos a un puñado de folios que nunca llegarán a su destino. Es paradójico el pequeño espacio al que en ocasiones reducimos nuestra vida. Ella corre hacia un destino que le asfixia, pero la noche tiene un plan distinto para ella que no se espera.

Apenas unos segundos después, se escuchan unos gritos al principio de la calle de la Flor Alta, a tan solo dos manzanas de la universidad.

—Despierta, niña, despierta. ¡¡¡Ayudaaa!!! ¿Alguien puede ayudarme?

Un señor sostiene la mano a la joven que yace tendida en el suelo sobre cientos de folios que dibujan un manto blanco. Todo es silencio. Después de la prisa, el mundo se ha quedado suspendido. Mientras, van cayendo los últimos papeles, lentamente, mecidos por el viento.

De pronto, desde un balcón, irrumpen los gritos de una mujer.

—Hemos llamado a la ambulancia. No se preocupe, ya viene.

Minutos después el lugar se llena de gente que pisa los folios que ya han perdido su valor y una ambulancia aparece en la calle de la Flor Alta, alterando así la falsa calma que inunda cada rincón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una mujer al bajar de la ambulancia.

—No lo sé, la he visto caer. Iba corriendo y ahí justo se ha

resbalado y se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza. No he querido moverla, no reacciona —explica el señor muy sobresaltado.

—Ha hecho bien. Gracias por todo, ya nos encargamos nosotros. ¿Sabe cómo se llama?

—No lo sé, lo siento, nunca la había visto.

—Aquí está su bolso. —La señora del balcón, que ha bajado para ayudar, lo vuelca y tira todo sobre la acera mojada—. Olivia, se llama Olivia —exclama aliviada.

—Olivia, cariño, soy la doctora Sánchez. Estoy aquí contigo, te estoy sosteniendo la mano. No pasa nada, te vas a poner bien, vas a ir despertando, quédate conmigo.

Pero mientras el cuerpo de Olivia permanece inerte sobre el cemento, su alma y su corazón parecen estar viajando a cientos de kilómetros de distancia. A un lugar donde respira el aire que ha faltado en sus pulmones durante tanto tiempo. El olor que percibe es muy agradable. Se siente tranquila, inspirada, plena… Nota un estado de expansión y paz que nunca antes había vivido.

—A la de tres. Una, dos y tres.

Suben a Olivia a una camilla para llevarla al Hospital San Carlos. La doctora coge su mano mientras le habla.

—Olivia, soy la doctora Sánchez. No voy a soltarte. Has sufrido un traumatismo; estamos trasladándote al hospital y sé que me puedes oír. No te preocupes, estoy a tu lado.

En la ambulancia, uno de los enfermeros se dispone a localizar a los familiares de Olivia.

—Hola, buenas noches, soy Ángel, le llamo de emergencias. ¿Es usted familiar de Olivia Cano?

—Sí, soy su… pareja —dice una voz entrecortada—. ¿Ha sucedido algo?

—No se asuste, Olivia ha tenido una fuerte caída.

—¿Una caída? ¿Cómo?

—Tranquilo, es importante mantener la calma. La estamos trasladando al Hospital San Carlos.

Cuando Olivia y Manuel decidieron añadir las letras AA al lado de sus números de teléfono, nunca pensaron que recibirían realmente una llamada de emergencia. AA quiere decir «Avisar a» para que, en caso de accidente, se sepa a quién llamar. Ahora parece tan absurdo que Manuel sea su familiar de referencia… Olivia y él llevan dos semanas sin hablarse. Si no estuviese inconsciente, seguro que preferiría que su AA fuese su padre, que fuese él quien la salvara en vez de… Manuel.

—¿Está bien? ¿Qué ha pasado? —pregunta Manuel, agitado.

—Aún es pronto, la estamos trasladando.

—Voy para allá, gracias.

Manuel está temblando. Cuelga el teléfono, coge las llaves del coche y se va corriendo hacia el hospital. Ha olvidado su móvil y su cartera, así como todos los motivos por los que Olivia y él ya no son pareja. Nada de eso importa ahora.

En la ambulancia, mientras el cuerpo de Olivia es trasladado al hospital, su conciencia, libre, confiada y serena, sigue viajando. Recibe y retiene cada uno de los detalles del momento sagrado que le está siendo revelado. Quiere quedarse en él para siempre. En ese espacio donde no existen el miedo, la duda o las limitaciones. No quiere despertar y olvidar de nuevo. Pero despertará, vaya si lo hará, aunque el instante sagrado permanecerá a su lado para recordarle el viaje de vuelta hacia sí misma.

De pronto se escucha una fuerte y profunda respiración. Olivia ha regresado y emite un llanto lento y nostálgico. Las lágrimas se derraman desde sus ojos como la lluvia que ha empezado a caer en esa cálida noche. La ambulancia sigue su camino con el golpeteo

incesante de la lluvia en el techo.

Mientras Olivia está en observación, Manuel llega al hospital y pide llamar a los padres de Olivia. Muy pronto los tres se reúnen en la sala de espera, donde el tiempo transcurre sin seguir su ritmo habitual. Cuántos pensamientos, emociones y promesas se lanzan en ese espacio.

Olga, la madre de Olivia, se sienta en la silla más próxima a la ventana y llora. Sabe que la tesis la estaba matando. Se pasaba tantas horas estudiando, sentada, sin descansar y sin salir de la habitación… Siente no haber sido el apoyo que su hija necesitaba y que ella le quería dar, pero no le dio. No sabe cuándo dejó de conectar con ella, cuándo le pareció más importante inculcarle «el buen camino», «un trabajo que le permita vivir bien» sin renunciar a su familia. Qué absurdos le parecen ahora todos esos consejos y certezas, los mismos que a ella le decían y que ha repetido sin cuestionarse. Cuánto le gustaría sentarse con Olivia y preguntarle el significado que una buena vida tiene para ella. Mientras las últimas lágrimas caen por sus mejillas, se agarra con ternura a un bonito recuerdo, cuando le trenzaba el pelo siendo una niña. Atesoraba, como una guardiana, la genuina esencia de aquella Olivia: risueña, habladora y artista. Es bonito que alguien guarde esos fragmentos por ti.

A su lado, Miguel, el padre de Olivia, se sujeta la cabeza entre las manos, cabizbajo, y piensa si ha sido demasiado obstinado animándola a sacar esa tesis, igual que hizo él, aunque sabe que nadie estudia Arquitectura para eso. ¿Por qué le parecía tan buena idea que una tesis llevara a Olivia a un puesto fijo en la universidad? Oh, Dios, no quiere volver a insistirle con esa tesis nunca más. Oculta su rostro tras las palmas de las manos, desesperado. Se arrepiente de haberle dicho tantas veces que estar todo el día

pintando flores no la iba a llevar a ninguna parte… Ahora su niña ha acabado en el hospital.

Frente a ellos está Manuel, que se levanta y se sienta una y otra vez. Está enfadado por no haber pedido matrimonio a Olivia a pesar de tener el anillo comprado desde hacía meses. Se muerde el labio, angustiado, recordando todas las veces que han discutido durante el último año. Inquieto por no haber ideado un verano juntos. Por haberse rendido. Por haberla dejado volver a casa de sus padres. Por haberlo dejado.

Es curioso cuánto de la mirada de los demás se refleja en nosotros cuando nos miran. Cuántos sueños, miedos y anhelos se depositan encima. Y lo poco de nosotros que va quedando, con el tiempo, en su mirada. Mientras todo esto sucede en la sala de espera, Olivia, ajena, está comenzando un viaje que la sacudirá con fuerza, intensidad y belleza. Un inolvidable viaje de vuelta a ella misma.

—¿Se puede?

Se escucha una respiración calmada desde el interior de la habitación 158. Ha pasado ya una larga semana desde la caída.

—Oh, Pía, ¡no sabes qué alegría verte!

Olivia exhala, aliviada, porque no le apetece ver a sus padres ni tampoco a Manuel, pero sí a Pía, su incondicional compañera de batallas de los últimos cuatro años.

—¿Te puedo dar un abrazo? No quiero dar a algún cable o algo así.

—No, tranquila, dame un abrazo, por favor.

—Te he traído un regalo —dice Pía y le da un ramo precioso de clemátides blancas.

Las dos amigas miran las flores. Su esencia inunda la habitación. Es el aroma de la reconexión, que logra que la energía vuelva a

circular tras quedar suspendida por un shock como el que ha vivido Olivia, donde todo puede quedar paralizado. Un mecanismo de defensa para evitar daños mayores, como seguir con una vida que no se quiere vivir.

—Pía, me encanta.

—Lo sé. No te imaginas cuánto te estoy echando de menos estos días…

—No sé ni en qué día vivimos, ha sido todo tan intenso —confiesa Olivia.

Pía no quiere decirle nada que la pueda estresar. Le gustaría contarle que Iván, su director de tesis, entregó por ella la última versión, la que cayó sobre la calle de la Flor Alta el viernes anterior. Quiere preguntarle por qué ha visto a Manuel fuera cuando lo último que sabía es que lo habían dejado hace semanas. Y, sobre todo, tiene ganas de saber cómo está Olivia. Su amiga lleva cuatro años sin parar ni un solo día y ahora lleva una semana tumbada en la cama de un hospital. Pero, como buena psicóloga, Pía siempre se pone en el lugar de quien tiene delante y no desea incomodarla.

La complicidad de ambas es muy especial. Durante cuatro años han compartido despacho mientras trabajaban en sus tesis doctorales. Pía recuerda la primera vez que conoció a Olivia y cómo siempre vio en ella una frescura impropia de las estructuras que parecían asfixiarla en su tesis doctoral, «Aspectos psicológicos de la arquitectura en el siglo XXI». Era demasiado risueña, al menos al principio, como para estar rodeada de todos aquellos delimitados datos estadísticos. Se alegró rápidamente de compartir espacio con ella. Juntas hicieron más livianas la presión de sus tesis, las infinitas horas introduciendo cifras en aquel programa estadístico, la rigidez de los artículos científicos que leían, las noches enteras que pasaban encerradas en el despacho para entregar los resultados a sus

directores a tiempo. No imagina qué hubiese hecho sin ella. Pero Pía sabe, siempre lo supo, que aquel despacho no era lugar para la Olivia risueña que vio entrar el primer día.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo es poder dormir todo lo que quieres? —pregunta Pía, que lleva sin dormir el mismo tiempo que su amiga.

Olivia intenta esbozar una sonrisa, pero no le sale. Con su amiga Pía puede soltar esas verdades que a otros solo les dirá a medias.

—Va a sonar muy mal, pero, cuando me desperté y me vi aquí, sentí mucho alivio. Por fin puedo parar, cerrar los ojos, dormir, descansar… —responde con un hilo de respiración que aún dista de estar completa.

Pía asiente, entiende bien lo que es esa sensación porque ella también la tiene.

—Estoy aturdida y cuando pienso que me pueden dar el alta pronto y que tengo que volver… —suspira Olivia—. Pía, no puedo, necesito que todo siga en pausa un poco más. —Mira a su amiga, preocupada—. Me pongo mala solo de pensar en volver a encerrarme en ese despacho para recopilar todos esos datos absurdos para una tesis que ahora también me parece absurda. Mira, me falta el aire. —Se lleva la mano izquierda al pecho.

La puerta se abre con sigilo. Es Manuel, que interrumpe el desahogo sincero de Olivia.

—Qué, ya está llorando porque quiere volver a la universidad, ¿verdad? No ha pasado ni una semana y no puede estar sin pensar en sus estructuras, es que no es capaz de parar ni dos días —dice con una medio risita.

Olivia mira a Pía, luego se gira hacia Manuel y asiente con una sonrisa que se esfuerza por que parezca sincera.

—Bueno, chicos, os dejo solos —dice Pía, dando un cariñoso beso en la cabeza a Olivia—. Si necesitas algo, me lo dices. Yo de

momento les digo a todos que te he visto fatal y que no te molesten. —Guiña, cariñosa, un ojo a su amiga.

—Sí, por favor.

—¿Cuándo te dan el alta? —pregunta Pía mientras coge su bolso.

—Quizá el martes. Mañana me repiten las pruebas y, si todo va bien, me dan el alta.

Pía sabe que Olivia no quiere volver a casa.

—Y luego a descansar —añade Manuel—. Le han dicho que se tome el verano con calma. —Se dirige a Olivia—. Espero que no se te olvide —habla con retintín—. De hecho, he tenido una idea…, una gran idea. —Manuel está entusiasmado.

—No, no se me olvida —contesta Olivia y mira a Pía como buscando una mirada cómplice, que encuentra enseguida—. ¿Qué idea? —lo interroga, extrañada.

—¡Adiós! —exclama Pía, que prefiere salir de la habitación y dejarlos solos ante esa *gran* idea.

«Que no se arrodille, por favor, que no se arrodille», piensa Olivia. Llevaba años queriendo que lo hiciera, pero ahora solo de pensarlo… Prefiere que la tierra se abra y caer al vacío.

La puerta de la habitación 158 se cierra y Olivia y Manuel se quedan solos. El aroma de clemátides sutil y transformador se siente en su interior y quizá, haciendo de las suyas, esta vez las discusiones habituales darán paso a un extraordinario *bouffée d'air frais*…, un soplo de aire fresco para Olivia.

—Sabes que me voy a París este verano, pero espera un momento antes de decir nada.

Claro que Olivia lo sabe, durante los últimos meses ha sido uno de los temas estrella de cada discusión; desde que él le dijo que se marchaba un mes a París a estudiar francés y no se le ocurrió que podría ser un plan para los dos, que ella lo acompañara y se

despejara un poco.

—Sí, dime —le responde Olivia, esperando saber cuál va a ser esa superidea de Manuel.

—Quiero que te vengas conmigo.

—¿A París?

—Sé que vas a decir que no, que este año es importante, que debes terminar la tesis para que te den la plaza, que tienes mucho que preparar…, pero quiero que te vengas conmigo. Mira, he visto esto.

Manuel saca su móvil y le muestra algo a Olivia.

—Cerca del apartamento hay una universidad donde imparten cursos de arte. Siempre has dicho que te gusta el arte, podrías buscar alguno que te interese antes de volver a la «normalidad», seguro que te sienta bien.

Olivia no contesta, pero la idea le encanta. Siempre ha sentido una inexplicable atracción por el arte, por las flores, por pintar con sus acuarelas casi a escondidas, como refugio de una vida que siempre ha sentido incompleta. Así que, a pesar de que aún no sabe si le darán el alta, a pesar de que se siente mal ante la idea de pausar la lectura de la tesis y lo que eso implicaría para solicitar la beca que la lleve hacia una «soñada» plaza fija en la universidad, su corazón halla las certezas que su mente no acierta a encontrar. En su corazón es un sí sin duda alguna.

Se incorpora en la cama para darle un beso a Manuel, que está sentado junto a ella. Después de semanas sin besarse, no está mal.

—¿Es un sí?

—Es un sí —responde Olivia.

Y se besan de nuevo.

2
El anhelo



Achicoria

—Hummm, *pardon*. —Se escucha una voz tímida cuando se abre la puerta de la clase.

Es Olivia.

Llega tarde a su primer día del curso de «Aquarelle Botanique» de Saint Germain. Al parecer, el apartamento no está tan cerca como creía.

—*Allez, allez, avant, bienvenue, madame…* —le responde un hombre adorable, con aire de artista, que parece ser el profesor.

Le recuerda a Pierre, el profesor de francés que tuvo en el colegio. Ahora agradecería haberle hecho algo más de caso en vez de cuchichear con sus amigas lo sexy que resultaba un profesor joven y francés. El señor al mando de la clase le pregunta por su nombre.

—Cano, Olivia Cano —dice—, lo siento. —No sabe dónde meterse de la vergüenza que siente.

Con alivio ve que alguien al fondo de la clase le está haciendo una seña.

—Hola —susurra Olivia mientras deja el material sobre uno de los últimos sitios libres con atril, al lado de la chica con kimono que parece haberla salvado.

—Hola, me llamo Luci, Lucinda, con mucho gusto.

Luci ha entendido a la primera que Olivia es española y que agradecerá sentarse cerca de alguien que sepa su idioma.

—Yo, Olivia.

—Tranquila, acabamos de empezar.

«Qué alivio», piensa. Parece que su sistema nervioso podrá con el

primer día…

—¿Hablas español? —le pregunta a su nueva compañera.

—Sí, mis papás son colombianos —le contesta susurrando.

Alguien de las filas delanteras chista para que se callen. Se miran y sonríen. «Qué gran alivio», piensa Olivia de nuevo.

Tres horas después, tras escuchar el timbre de la última clase, Olivia y Lucinda son lo suficientemente amigas como para compartir un café en el patio de Saint Germain. También para contarse qué les ha traído hasta aquí y para que Lucinda la invite, como cinco veces, a incorporarse a su grupo de amigos.

—Hemos formado un grupito suuuperlindo, un día tienes que venirte. Está Luca, que es italiano y español; Nora, que es argentina; Adela, de México; Jürgen es alemán, pero habla español mejor que yo —dice riéndose—. Tráete también a tu novio, ¿cómo se llamaba?

—Manuel.

—Eso, Manuel.

—No creo que pueda, con el curso de francés, el trabajo…

—Bueno, entonces así te buscamos entretenimiento. ¿Conoces París?

—Poco, hemos estado instalándonos en el apartamento. Por ahora solo me ha dado tiempo a ver la torre Eiffel y pasear por Montmartre.

—O sea, que no lo conoces —sentencia Luci, divertida.

Olivia sonríe. Le gusta Lucinda. Parece extrovertida, sin miedo a decir lo que piensa. Le encanta cómo va vestida, con ese kimono largo, y la ligereza que desprende. Ella no está acostumbrada a estar rodeada de personas con esa aura despreocupada.

—Me tengo que marchar. Jolín, qué pena.

—Ay, me lo he pasado muy bien.

—Qué suerte que nos hayamos encontrado, ¡me encanta poder

hablar español con alguien!

—Sí, la mejor de las suertes —confirma Olivia.

—¿Te veo mañana?

—*Oui!!!*

—Feliz tarde —se despide Lucinda saliendo apresurada del patio.

—¡¡¡Igualmente!!!

Olivia permanece sentada en el patio de Saint Germain, embelesada con las pequeñas flores de achicoria, que recorren la parte central. Aspira su esencia, como un susurro delicado y eficaz para dejar ir, para soltar y desapegarse de esa carga que ya no le sirve y abrir el espacio para bendiciones futuras.

Disfruta del bullicio de la gente hablando en francés. Siempre le ha parecido un idioma muy romántico. Observa las ventanas del edificio. No parece una universidad, sino un palacio. Es una enamorada de la arquitectura, la decoración y las casas antiguas. Su mundo imaginario está repleto de chimeneas de piedra, balcones con contraventanas y papel pintado. Sobre todo, papel pintado. Para Olivia, todos los edificios deberían tener las habitaciones decoradas con delicados papeles pintados con flores. Su cabeza se llena de esperanza, deseos y sueños: «Seguro que antes era un palacio y vivía un artista. Qué bonito sería sentirse artista. Sentirse libre. Quizá lo consiga aquí, en París».

Mientras mira absorta la belleza de los balcones del patio de Saint Germain, el pétalo de una flor de achicoria cae dentro de su taza de café vacía. «Sí, quizá lo consiga».

Y vaya si lo hará.

Han transcurrido tres semanas y Olivia está en el mismo patio, rodeada de flores y bullicio cargada con cuatro bolsas de tela con el material del curso de acuarela botánica que acaba de recoger. Está a

punto de regresar al apartamento y terminar de hacer su maleta para regresar a Madrid. *A priori*, tres semanas en París dan para mucho. Ha aprendido una preciosa técnica para pintar pétalos, ha conocido a Luca, a Nora, a Jürgen, a Adela y a otros siete amigos de Lucinda. Ha recorrido los Campos Elíseos treinta y cinco veces, ignorado trece e-mails de sus directores de tesis y no ha cogido el teléfono a su madre en más de diez ocasiones. Ha llorado de ansiedad tres tardes y apenas ha hecho planes con Manuel. Los días que han pasado juntos no han sido exactamente lo que se espera de una pareja reconciliándose en París…, sino más bien todo lo contrario.

A decir verdad, han pasado tres semanas en París y Olivia no está en absoluto lista para volver. Lo sabe, y también Lucinda, que acaba de proponerle quedarse con ella unos días más y acompañarla a un viaje a Limeuil. La idea ha sonado tan bien que Olivia solo desea decir que sí, que quiere quedarse en Francia con todas sus fuerzas y no volver. Pero ha dicho que no. No le parece apropiado que Manuel regrese sin ella. Sin embargo, al llegar al apartamento, solo ha necesitado un par de horas para cambiar de opinión. De nuevo, está discutiendo con Manuel.

—No sé cómo acertar contigo —dice Manuel enfurruñado, acercándose a la ventana donde está Olivia sentada en el poyete, mirando al infinito—. ¿En serio te ha sentado tan mal una tontería así?

Cómo le explica que el hecho de que le haya dicho que se dejara el sujetador puesto mientras hacían el amor solo ha sido la gota ínfima de un inmenso océano. Cómo le dice que no siente ninguna conexión entre ellos desde hace años, que odia su propio cuerpo y que esto le hace sentir aún más horrible, que piensa que él está viendo vídeos porno y que quiere replicar eso con ella. ¿Tan poco le

gusta?

Cómo le dice que apenas siente nada por él. Que lleva más de un mes pensando que quiere dejarlo todo; que anhela una nueva vida, que siente tal distancia con él que se lo contaría todo antes a un desconocido.

Cómo le cuenta que no quiere ir a vivir con él, que no quiere volver a la universidad, que no quiere seguir con el sueldo de una becaria, que no quiere sentirse presa nunca más, ¡que no quiere hacer el amor con sujetador! ¿Cómo le dice todo esto?

Y sigue mirando al infinito.

—Me ha dicho Lucinda que si me gustaría quedarme algunos días más con ella, van a ir todos a Limeuil, y la verdad es que le he dicho que no, pero me gustaría…

—Es por esto, ¿te estás vengando?

Olivia resopla.

—No, no me estoy vengando, por favor, Manuel. —Intenta sonreír, no quiere discutir. No, ya no hay nada más que discutir, tan solo desea que Manuel se duerma y poder seguir divagando, tranquila, en el poyete de la ventana.

—Pues quédate, yo solo quiero que estés bien.

—Lo sé.

Y al tiempo que devuelve su mirada hacia la ventana, en busca de esperanza, Manuel se marcha a la cama satisfecho mientras coge su móvil para ver cómo ha quedado el partido.

—Hola, hola, ¿te recojo esta tarde a las siete? El plan es: cena en Montmartre, después dormimos en mi casa y mañana salimos temprano para Limeuil.

Es Luci, hablando con el manos libres del teléfono.

—¿Has dicho a las siete? Te escucho fatal.

—¿Mejor así?

—Sí.

—Sí, a las siete de la tarde.

—Vale, acuérdate de que tienes que dejarme una toalla y el secador —insiste Olivia.

—Sí, tranquila, tengo todo empacado.

—Vale, genial, yo tengo la maleta casi lista. Avísame cuando vayas a salir de la galería y me preparo. Eh…, ¿cómo hay que ir esta noche?

—Ah, nada, como quieras, vamos a ir a un bistró normal. Ha reservado Luca. Tomaremos unos quesos, *vins riches, tu sais*…

—OK, *merci*, formidable, avísame cuando estés de camino.

—*Perfect, mon amour.*

Olivia se apresura a terminar de guardar todas las cosas en la maleta. Tiene muchas ganas de pasar unos días en Francia sin Manuel y seguir con su vida en pausa una semana más. Esa sí que es una brillante idea. Suena el teléfono. Es su madre. Esta vez sí atiende la llamada. Resulta más sencillo sobrellevar su control cuando le esperan unos emocionantes días de libertad por delante.

—¿Sí?

—Hola, cariño, ¿qué tal? ¿Ya solita sin Manuel? Te he llamado un par de veces hoy y no me has contestado.

—Hola, mamá. Sí, perdona, tienes razón. Estaba recogiendo todo el material de la universidad e iba supercargada…

—¿Cómo estás?

—Bien, estoy haciendo la maleta y en un ratito voy a casa de Luci.

—Será de fiar, ¿verdad?

—Sí, mamá, lo es —le contesta, refunfuñando.

«¿Por qué siempre intenta meterme miedo con todo? Si le hiciera caso, no me atrevería a salir de casa. ¡Ya no soy una niña a la que

proteger!», piensa, molesta.

—Perdona, ya sabes que me preocupo por ti. —Cambia entonces de tema, ahora se interesa por Manuel; intuye que las cosas entre ellos no van del todo bien—. ¿Qué tal la despedida con Manuel?

—Bueno, no nos hemos despedido. —Le gustaría seguir mintiendo y no preocuparla, pero no puede más—. Lo he intentado, mamá. De verdad, lo he intentado, pero ya no puedo estar con él, no puedo…

—Lo sé, cariño. —Olga los ha escuchado muchas veces discutir durante el último año. Sabe que Manuel ya no hace reír a su pequeña, ya no ve esa chispa en sus ojos. Pero ha fantaseado durante tanto tiempo con una vida familiar para Olivia que le cuesta olvidarse de esa fantasía que no se parece nada a la realidad—. ¿Estás bien?

Olivia resopla. Y se da cuenta de que sí está bien, desde que Manuel se ha ido se siente muy aliviada.

—¿Te ha dolido la cabeza? —le pregunta su madre, atenta.

—No, me encuentro bien. Tengo ganas de estar unos días sola aquí.

—Lo sé. Te ha venido bien París, ¿verdad?

—Sí…, hacía tanto que no pintaba y que no dormía —le cuenta Olivia mientras se acuerda de meter los pinceles en una bolsa aparte para no manchar la ropa.

—Bueno, te dejo entonces preparar todo tranquila. No te dejes nada y avísame cuando llegues a casa de Lucian…

—Lucinda, mamá.

—Como se llame, avísame, que, si no, voy a estar preocupada toda la noche.

—Sí, mamá, tranquila, estoy bien.

—Un beso, cariño.

—Un beso, mamá.

Minutos más tarde, Olivia cierra la puerta del apartamento y comprueba que ha cogido todo: la maleta, los pinceles y la esperanza de una nueva vida. Sabe que cuando cierre la puerta no podrá volver a entrar, pero tampoco lo desea. Se despide del apartamento y también de los vestigios que quedan de una vida que ya no quiere vivir. Pensándolo bien, tres semanas en París han dado para mucho… Que se lo digan a Olivia dentro de exactamente una hora y media…

3
Después de Limeuil, las alas cortadas



Centáurea

Olivia, Lucinda y su nuevo grupo de amigos cenan en un bistró de París, en la rue Germain Pilon, del barrio de Montmartre. Mientras disfrutan de un buen vino, se preguntan sobre la vida y la infancia. En apenas unas semanas, esos desconocidos se han convertido en familia. El queso está delicioso, piden una copa más y de fondo suena «Quelqu'un m'a dit». Olivia está sentada al final del local, apoyada en la pared, cerca de la ventana, y su risa se escucha desde la calle envuelta por la música y el bullicio; hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

Cuando parecían estar todos, alguien, que lleva un rato mirando ensimismado a través de la ventana a esa española que sonríe sin parar dentro del local, se dirige a la puerta del bistró y entra.

Es incómodo devolver una mirada como la que Alexandre acaba de clavar en Olivia. Es incómodo, pero también tentador y profundo, cuando los ojos de un hombre miran así a una mujer. Olivia, nerviosa, aparta la mirada. Hace tiempo que no siente algo así… Para su sorpresa, uno de sus amigos llama al desconocido.

—¡¡¡Alex!!! ¡¡¡Aquí, pasa!!! —grita Luca invitando a su amigo a unirse a la velada—. Alexandre, aquí nos tienes a todos. —Le va diciendo el nombre de cada uno—. Él es Alexandre, el dueño de la casa donde vamos a hospedarnos en Limeuil.

Todos aplauden felices. Mientras, Olivia solo atiende a ver a un hombre muy atractivo que lleva un gorro de lana en el mes de julio. Desea devolver la mirada a sus ojos. Pero no se atreve.

—Oooh, gracias, Alexandre. —Lucinda no deja de aplaudir al

anfitrión.

Alexandre se sonroja por el agradecimiento efusivo de su amiga.

—Estamos deseosos de volver al paraíso —le agradece Lucinda, que tuvo la suerte de pasar ya unos días en Limeuil el año pasado.

—*Il n'y a pas de quoi* —responde Alexandre.

El anfitrión hace una pequeña reverencia a la mesa y se sienta en un hueco que queda enfrente de Olivia, justo a la derecha. Mientras se está colocando, ella decide que no mirará en esa dirección durante el resto de la velada.

Y sigue comiendo queso y disfrutando del vino. Siente cómo él no deja de mirarla mientras se quita el gorro, pide una copa de vino y se toca la pulsera que lleva en la mano izquierda.

El desconocido recorre su cuerpo con los ojos: su cuello, sus hombros, sus manos… Dicen que el tacto despierta aquello que no se puede esconder, pero ¿y la mirada? ¿Qué no es capaz de despertar una mirada? Una como la de Alexandre a Olivia.

Esa noche en el bistró de la rue Germain Pilon, Olivia se siente más atractiva que nunca. Y desea mirar al chico que la mira, pero no se atreve.

Pero toda buena cena tiene una despedida memorable. Ya fuera del restaurante, todos comienzan a abrazarse y darse las últimas instrucciones para el día siguiente.

—Chicos, qué cena tan chévere —dice Adela con su bonito acento mexicano.

—Ha sido el mejor de los preámbulos ¡para el mejor de los viajes! —augura Jürgen.

—*Oui!* —dice Luca—. Mañana a las siete y media de la mañana os recogemos, *mesdemoiselles*.

—Alexandre, yo soy Nora. Perdona que no nos hayamos

presentado antes como se merece. Gracias por invitarnos, estoy deseando conocer Limeuil.

—Un placer —replica Alexandre con su encantador acento francés, dándole dos besos.

El desconocido decide ahora caminar hacia la española a la que no ha dejado de mirar ni un solo instante. Olivia se da cuenta. «Oh, no, se acerca», y tiembla.

—Creo que tampoco nos hemos presentado —le dice, educado.

—No, eh, encantada.

Olivia lo siente aún más atractivo de cerca.

—Yo soy… —Se aproxima para darle ese primer beso de cortesía, pero entonces la barba de cinco días de Alexandre le roza la mejilla y siente su respiración en la comisura de los labios—. Soy Olivia. —Y esta vez lo mira a los ojos. Los dos, de pronto, se encuentran, a través de la mirada, en un lugar profundo donde se quedarían solos durante toda la semana—. Gracias —le dice entrecortada. Espera, sin éxito, que no la note nerviosa.

—Un placer —dice él, devolviéndole el beso en la otra mejilla.

Y, al separarse, Alexandre la ha visto. Ha visto la constelación que dibujan los lunares en el cuello de Olivia. Sabe que no dejará de pensar en ellos ni uno solo día. Mientras, Olivia se pregunta cómo solo un beso es capaz de despertar tantas cosas en ella.

—¡Nos vemos mañana, chicos!

Lucinda coge la mano de Olivia, apresurada. Ajena a lo que acaba de pasar en ese momento, quiere que les dé tiempo a dormir un poco.

Ya acostadas, Olivia está muy agitada y no puede dormir…, quiere saber más sobre Alexandre.

—No sabía que íbamos a casa de A…, ¿cómo se llamaba? —

pregunta, aunque recuerda perfectamente todas y cada una de las letras de su nombre, y su barba, y sus ojos, y su gorro de lana azul…

—Alexandre.

—Eso.

—Es un encanto, el verano pasado también estuve en su casa. Te va a encantar. Qué ganas de campo, de descanso.

—¿Cómo lo conocisteis?

—Él y Luca estuvieron juntos de Erasmus. El año pasado, cuando conocí a Luca, los dos compartían piso, aquí en París, y fue cuando Alexandre nos invitó. Es guapo, ¿verdad? —insinúa Luci, quizá no tan ajena a lo ocurrido.

—Bueno… —Olivia es consciente de lo mal que miente.

—Verás cuando veas la casa.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Unas cuatro horas, pero ¡te prometo que va a merecer la pena! Felices sueños —dice Lucinda antes de quedarse dormida al instante.

Olivia, por el contrario, tumbada en la cama supletoria que ha colocado su amiga, no puede dejar de pensar en Alexandre. Recuerda su olor, su mirada. ¿Por qué habla español? ¿A qué se dedica?

Su cabeza va muy deprisa y siente una energía muy fuerte en su interior. Pero la deja ahí porque no sabe muy bien qué hacer con ella. Quizá no haya sido una buena idea haberse traído a París el traje de baño más feo que había en su armario…

Cerca del mediodía se escuchan unos neumáticos deslizándose por un camino de tierra. Pronto el coche maniobra para aparcar al lado de una preciosa casa de piedra. Los alegres amigos han llegado a su

destino. Olivia no ha dejado de preguntarse en todo el camino dónde estaría Alexandre. ¿Cómo habrá llegado? ¿Estará ya allí? Se bajan del coche, Luca va el primero.

—Es esta puerta, cuidado con la cabeza —advierte.

—¡Ya estamos aquí! —gritan todos.

Nadie responde. Atraviesan la pequeña puerta de madera blanca y acceden a un jardín inmenso, con un enorme magnolio al fondo. Lucinda estaba en lo cierto: la casa familiar de Alexandre en Limeuil es bellísima. Olivia se pregunta si es posible vivir rodeado de tanta belleza mientras lo busca, inquieta.

Las puertas de la casa están abiertas, parecen estar dándoles la bienvenida, y pasan a su interior.

—¡Reparto de habitaciones! —Se escucha al fondo.

Lucinda toma a Olivia de la mano, rápida.

—Vente. —La arrastra, segura—. Tengo una fichada del año pasado.

Y lleva a su amiga hasta una habitación con una gran cama de matrimonio. Hay una chimenea de piedra. Desde una ventana observa unas hortensias blancas y rosas. La habitación tiene otra puerta que permite salir al enorme jardín.

—Buena elección —reconoce Olivia.

Sigue sin ver a Alexandre por ninguna parte. Mientras comienzan a deshacer el equipaje, Luca y Jürgen se asoman.

—¿Se puede? ¿Qué os apetece hacer ahora? —les pregunta Luca.

—Yo voto por un baño —responde Lucinda.

—Yo también —Luca no duda ni un instante.

—Me uno —dice Jürgen.

—¡Chicos, un baño! —grita Luca a los demás.

—Yo me quedo, voy a hacer una llamada y me uno en un rato.

Olivia no va a hacer ninguna llamada.

—Vale, no tardes. —Lucinda coge el bañador y una toalla de la maleta, que ha dejado abierta en el suelo.

Todos salen por la puerta que da al jardín. Olivia observa por el cristal cómo siguen el camino que conduce al arroyo que se divisa al final. Se tumba en la cama y se deja llevar por sus pensamientos: «Estoy en Francia, en un pueblo precioso y con un grupo de personas encantadoras que hace un mes no conocía de nada. No sé qué bañador ponerme para no estar horrible ante los ojos de un completo desconocido, en el que no puedo dejar de pensar…». Y mientras dobla las piernas jugueteando como hacía de niña, se da cuenta de que ha sonreído más este mes que en los últimos cuatro años… También sabe que no volverá a la universidad, que no leerá esa tesis en la que tanto ha trabajado, que no cogerá esa plaza por la que ha estado luchando y que no volverá hacer el amor con Manuel. Se siente aturdida, excitada, avergonzada y no sabe cuántas cosas más. Las piezas de su puzle se mueven y quizá, pronto, comiencen a encajar. Coge aire. Después de un buen rato en la habitación, decide que no se pondrá ese bañador horrible, pero ha de salir y reunirse con el resto o se preocuparán.

Olivia abandona la habitación para acceder al jardín por la puerta de la cocina y fisgonear a solas por la casa cuando de camino se encuentra por sorpresa en el salón a Alexandre, que sostiene una torre de libros que parece que va a caérsele de un momento a otro. Ella se aproxima para tratar de ayudarlo e intenta coger los libros que están en la parte superior. Alexandre la mira por encima de la torre y, sintiendo su tierno nerviosismo, comienza una conversación.

—Son de poesía. ¿Te gusta la poesía?

Su forma de hablar, con ese acento francés…, resulta irresistible para Olivia.

—Sí, me encanta, pero creo que en francés me costaría mucho

entenderla. —Echa un vistazo a esos libros cuyo título apenas puede leer—. ¿Y a ti?

—Me encanta la poesía. Es una de las cosas que más me gustan. —Se miran y, aunque Olivia sabe bien que no puede hacerlo, siente una extraña pasión que la perturba—. Cuando quieras, te leo uno —le responde, con una de esas miradas que sabe no va a poder olvidar nunca. Con una de esas miradas capaces de convertir el vacío en un silencio abrasador.

Alexandre acaba de despertar con una sola frase un deseo difícil de sofocar. Olivia trata, a regañadientes, de mantener la compostura frente a su mirada. Solo de imaginar a Alexandre leyendo para ella un poema en francés cree que va a desmayarse.

—Sí, me gustaría.

Olivia se gira y camina hacia una repisa preciosa de la chimenea para colocar allí los libros. Siente la atenta mirada de Alexandre sobre su espalda. ¿Cómo ha podido decirle que sí? Sin mirar atrás, se dirige a la cocina y sale al jardín mientras él observa cómo se aleja.

Olivia, acalorada, sigue el camino hasta el arroyo para reunirse con sus amigos.

—Qué a gusto estáis, ¿eh?

Ha cruzado la preciosa explanada que atesora el jardín, rodeada de árboles y flores que bordean la orilla. El arroyo cubre las rocas y el agua regala un sonido magnético, aportando aún más belleza a ese lugar.

—¿No te metes? —le pregunta Adela, que no tiene ningunas ganas de salir del agua.

—No me apetece mucho, tal vez más tarde.

En realidad, sí le apetece. Le apetece mucho. Tiene mucho calor que sofocar, pero le avergüenza demasiado su cuerpo. No puede

evitarlo. Decide mirar cómo ellos se bañan. No quiere pensar en las estrías, en sus piernas demasiado largas, en los lunares o en ese horrible bañador que se ha dejado en la maleta.

Con la celeridad de una estrella fugaz, ha terminado el primer día en Limeuil.

—Ha sido un gran día —dice Lucinda cerrando la puerta de la habitación.

—Qué lugar más bonito, qué envidia vivir así, ¿verdad?

—Oh, sí, Alexandre nos contó que era de su abuela, la madre de su padre. Cuando la madre de Alex vino de joven, se enamoró de este lugar. Viajó desde España, desde el País Vasco, para quedarse para siempre. No me extraña, yo también viviría en un lugar así —le cuenta Luci mientras se desnuda y se mete en la cama.

Olivia entiende al fin de dónde viene el seductor español de Alexandre. Mira a su amiga de nuevo. Siempre ha admirado a las personas que, como Lucinda, son capaces de dormir desnudas; ella se moriría de vergüenza si hiciera algo así, pero le gustaría sentirse libre para hacerlo. Se dan las buenas noches listas para dormir hasta el amanecer y disfrutar de un nuevo día.

Olivia apaga la luz e, incapaz de relajarse, sus pensamientos se atropellan. Decide ponerse los auriculares. Suena «Month», de RYX. No sabe qué le pasa. Está triste por haber evitado durante todo el día a Alexandre. Está convencida de que él ha visto cómo es en realidad y que eso le ha hecho perder el interés por ella. Olivia siempre ha pensado que de lejos parece mona, pero que cuando alguien está cerca de ella, se acaba sintiendo decepcionado. Cuánto daño se hace cada vez que tiene esos pensamientos…

La vida en Limeuil parece pausada, inspiradora e inquietantemente

bella. Las casas no tienen vallas que las cerquen y los jardines se funden con las calles de tierra sin delimitar. Es una sensación de confianza y calma placenteras que Olivia nunca antes había experimentado. Ver el cielo desde la cama, escuchar el arroyo mientras desayunan, el silencio… Podría acostumbrarse a esa cotidianidad extraordinaria.

Sabe que al día siguiente echará de menos el porche que está rodeado por vides, las chimeneas de piedra, los libros de poesía con los que lleva fantaseando tres noches y las risas de Luci. Ha sido reconfortante no pensar en su antigua vida y se ha entretenido evitando las tres cosas que más le apetecían: la mirada de Alexandre, bañarse en el arroyo y dormir desnuda.

A sabiendas de que se arrepentirá de no haberlas hecho, Olivia ha decidido que hoy hará al menos una de ellas. *A priori*, el arroyo resulta la opción más segura para su reducida zona de confort.

Se pone el bañador horrible, coge el móvil, los auriculares, la toalla, y sale en silencio hacia el riachuelo antes de que nadie se despierte. Orgullosa, hoy tachará uno de los tres deseos de su lista. Se supone…

Se sienta en la orilla. El agua está fría y decide quedarse ahí un ratito más. El lugar es muy hermoso, observa la naturaleza silvestre que la cobija, como un paracaídas para sus miedos. Los árboles que envuelven el riachuelo dibujan un cuadro que desearía pintar. Contempla las pequeñas flores que dibujan el borde. Se siente atraída por ellas, como si fuesen pistas que aún no sabe dónde la podrían llevar. Son centáureas rosadas, blancas en algunas de sus partes y preciosas. Esas florecillas ofrecen la esencia de la confianza, como una amable invitación a salir de la cautividad de las normas ajenas y atreverse a ser uno mismo, despertando la sabia y poderosa voz interior.

Y, por sorpresa, porque las mejores cosas de la vida siempre son sorpresa, aparece.

—*Bonjour.* —Al parecer, Alexandre ha tenido la misma idea de disfrutar de un baño al amanecer.

—Eh, hola, buenos días —responde Olivia mientras confirma que darse un baño en el arroyo ha sido la peor de las ideas.

—¿Qué escuchas?

—Ah, nada, perdona.

Ha olvidado quitarse los cascos. Cuando él está cerca, no puede pensar con claridad.

—¿Puedo? —le pregunta Alexandre sentándose a su lado y pidiéndole uno de sus auriculares.

—Sí, claro.

Suena «Only», de RYX. Olivia y Alexandre están sentados, uno al lado del otro, con los pies sobre las pequeñas piedras blancas sintiendo el agua correr. Y ella lo siente cerca. Nota su olor, la camisa abierta y remangada, cómo la mira de reojo recorriendo sus piernas, su espalda descubierta con ese horrendo bañador blanco que no tiene relleno en el pecho y que ella cree que le hace un cuerpo horrible.

Pero, a decir verdad, no siente su cuerpo horrible en este momento. Solo piensa en lo excitante que resultan dos personas que escuchan la misma canción y que piensan al mismo son en lo que de verdad querrían hacer en compañía del otro. Él gira la cabeza hacia ella porque necesita que sepa que la está mirando y que la desea. Ella esquiva su mirada, pero su cabeza se inclina ligeramente hacia su hombro derecho e imagina que la barba de él roza su cuello. Entonces emite sin querer un gemido. Un pequeño e inocente sonido que llega a Alexandre como una bomba de deseo. Pero la canción termina y aparecen los demás.

—¿Qué escucháis? Qué madrugadores —dice Jürgen con su grave acento alemán.

—¿Me devuelves el casco? —le pide Olivia mientras se levanta—. ¿Luci sigue dormida? —pregunta al no verla con los demás. Qué alivio tener una disculpa para alejarse de allí.

—Creo que sí, no la he visto —contesta Luca, despreocupado, con la seguridad de que nada malo puede pasar en ese lugar.

—Voy a despertarla. —Se levanta y cubre su cuerpo con la toalla antes de ir hacia la casa.

Las piernas le tiemblan cuando atraviesa el jardín y su pecho siente lo agitada que está su respiración después del encuentro que acaba de vivir con Alexandre.

—Buenos días, dormilona. —Olivia abre la contraventana.

—Oh, el último día… —suspira Lucinda, desperezándose.

—Sí.

Lucinda no imagina lo que significa para Olivia pensar en volver.

—¿Te has bañado? —le pregunta Luci, ajena al tsunami interior que está viviendo su amiga.

—Sí, bueno, algo así. Voy a vestirme para desayunar…

—OK, yo ya me levanto, lo prometo.

El último día siempre pasa pronto. Es el momento de las despedidas y también de aquellas confesiones que solo pueden mostrarse al final.

—Ay, españolita, te vamos a echar tanto de menos —le dice Lucinda abrazándola.

—No sabéis lo que os voy a echar yo de menos… Vendréis a verme, ¿verdad?

—Sí que iremos —promete Luca.

Y brindan por ella, por el curso de acuarela botánica que trajo a Olivia a París, por el habla hispana, por los viajes…

—Por el grupo superguay que hemos formado —exclama Lucinda animada.

—Por París —dice Nora.

—*Auf geht's nach Limeuil* —continúa Jürgen.

—Por el Erasmus —propone Adela.

—Por la poesía —Alexandre mira a Olivia.

—Por Alexandre —sugiere Luca.

Y se despiden antes de irse a dormir. Mañana partirán temprano.

—Gracias, Alexandre, por invitarnos, por acogernos en esta casa tan chimba. —Luci lo abraza fuerte.

—Gracias, güey —bromea Adela—, ha sido demasiado increíble. Dele las gracias a su mamá de nuestra parte por todo, qué bonita nos preparó la casa. La próxima vez dígale que también esté con nosotros. ¡Y con su papá también, claro!

—Intentaremos no despertarte mañana. —Nora lo abraza también.

Olivia se hace la distraída mirando hacia los libros que están sobre la chimenea, deseosa de que llegue su turno.

—Gracias, tío —dice Luca.

Por fin llega su turno.

—Gracias, Alexandre.

—Puedes llamarme Alex.

—Gracias por estos días —repite Olivia, mirándolo.

Total, es la última noche y no volverá a verlo.

—*Merci d'être venue* —responde él, devolviendo la mirada.

Tienen que darse un abrazo, todos lo han hecho… Olivia y Alexandre se miran y por primera vez ella sostiene su mirada. Siente cómo esos ojos la atraviesan. Alexandre se acerca despacio hasta que sus frentes se tocan. Él se muerde el labio, quizá por no morder

el de Olivia. Ella le rodea el cuello, y Alexandre, su delgada cintura, y le susurra:

—Tenemos un libro de poesía pendiente.

Olivia está muy muy nerviosa. No lo quiere soltar. No quiere volver. Solo desea cerrar los ojos y entrar en la profundidad que el cuerpo de Alexandre le susurra. No puede más y dice:

—¿Qué tal esta noche?

Total, es la última noche. Entonces Alexandre, que no ha soltado todavía su cuerpo, se acerca aún más y la besa en la mejilla, muy cerca de su oreja.

—Si te leyera un poema esta noche, no podría dejarte ir.

Ahora la gran bomba está en el terreno de Olivia. Nunca un no ha sido un sí tan profundo. Lo desea. Pero Olivia lo suelta y se va. Sin querer irse, se va. Primero, a su habitación. Mañana, a París. Y el lunes, a Madrid. Volará en un avión que le corta las alas, empujada de nuevo por la velocidad.

4
Frente al espejo



Pino silvestre

—Hola, papá. Sí, acabo de aterrizar. ¿Dónde estáis?

Olivia sujeta el móvil con desinterés. Otra vez Madrid…

—Según sales, estamos en una fila de coches. Avísanos cuando vayas a salir e intentamos ponernos los primeros.

—De acuerdo, estoy esperando en la cinta a que aparezca mi maleta, lo que tarde.

No quiere salir del aeropuerto. Durante todo el vuelo, Olivia ha tenido la desagradable impresión de volar presa, en la dirección equivocada. ¿Dónde están la libertad, el arte y su instinto? ¿Por qué se siente tan aterrada por las decisiones que ha tomado? Se repite ahora cada una de ellas con firmeza, con la esperanza de que una conversación con sus padres no le haga cambiar de parecer de inmediato: hablará con sus directores de tesis, presentará la renuncia y dejará definitivamente a Manuel. Sí, eso hará. Pero mientras la certeza de no estar equivocada cobra fuerza en su mente, el aire, por el contrario, parece no llegar en la medida suficiente a su pecho. Se ahoga solo de pensar en la claustrofóbica habitación que la aguarda en casa de sus padres.

Ha vuelto esa angustiosa sensación que la ha acompañado desde que subió al avión, la misma falta de aliento que ni desabrochando el cinturón de seguridad ha conseguido aliviar. Quizá sea el ferviente recuerdo de ese instante sagrado que anuncia a Olivia cuál es la dirección correcta hacia sus sueños.

Ya frente a sus padres, toma la última bocanada de aire que le queda y finge algo parecido a una sonrisa.

—¡Cariño, qué guapa estás! —dice su madre y le da un beso en la mejilla.

—Trae, que la guardo. —Su padre le quita de las manos la pesada maleta.

—Gracias, papá.

—Bueno, ¿y qué tal? Cuéntanos —le pide su madre cuando se sienta en el coche—. Menuda casa más bonita. ¿Era de esta chica, de tu amiga?

—No, de un amigo suyo, aunque realmente es de sus padres, que viven allí.

—¿Y su madre os ha aguantado a toda la tropa?

—No, estaban fuera, en el País Vasco, su madre es de allí…

—Qué fotos más bonitas y qué suerte, porque aquí, en Madrid, estamos asfixiados.

El calor en la capital puede ser sofocante durante el verano, aunque quizá no lo sea tanto como la presión que Olivia siente en la garganta.

En el coche la conversación sigue mientras la falsa sonrisa de Olivia… flaquea.

—Bueno, tu padre tiene algo que decirte. —Su madre la mira, sin esbozar ninguna pista con su expresión.

—Ah, ¿sí? ¿El qué, papá?

—Estarás cansada ahora, te lo cuento luego. —Parece que sus padres se han dado cuenta de que no está en su mejor momento.

—No, cuéntame, no me dejes así. Coge ese desvío, que es más rápido —apunta rápido Olivia, inquieta ante lo que su padre le tenga que decir.

—Nada, he estado hablando con un amigo, igual te interesa. Me ha dicho que ha salido una licitación y están buscando arquitectos para el interior de una de las torres nuevas, sería para decorar varias

de sus plantas.

Olivia escucha atenta.

—Como te gusta tanto la decoración.

No se puede creer que su padre le esté haciendo esa oferta y que no la presione con la maldita tesis.

—No suena mal —le contesta Olivia.

Quizá ese sea el pretexto exacto que busca para decir que no a la universidad.

—Tú piénsalo tranquila —le advierte su madre—, que acabas de llegar y son muchas cosas. Ya le dices algo a tu padre estos días.

—Gracias, papá.

Olivia le sonríe a través del retrovisor.

Parece que está arrepentido por haberle insistido tanto con la tesis y ahora solo desea proponerle algo distinto que la ilusione.

—Señorita Cano, si me acompaña. Este es su sitio. Esta estantería es toda suya, aquí tiene las claves para el ordenador y esto de aquí es su tarjeta de identificación. Tiene que llevarla siempre para fichar al entrar y al salir. Ah, a las diez tenemos reunión en la sala 12 para asignarle su planta y el equipo con el que tendrá que coordinarse.

—Muchísimas gracias —dice Olivia a esa señora elegante que se está encargando de darle la bienvenida a su nuevo trabajo.

Por lo visto, durante los dos próximos años, su propósito será decorar las plantas 3, 4, 11 y 25 de la torre 5. Sí, de esa torre inmensa y gris del centro de la ciudad. Olivia ha dicho que sí a este nuevo trabajo. Permanecerá en él un par de largos, agotadores e interminables años más, entretenida y sin tiempo para recuperarse a sí misma. Una nueva excusa para llegar a casa demasiado tarde y demasiado cansada como para pensar, pintar y ser ella misma, pero, de algún modo, Olivia ha encontrado un extraño alivio en esto.

Parece más fácil quejarse que volar.

—¿Te cojo pan?

—No, mejor no, ya he tomado en el desayuno —le contesta Lea, la compañera de licitación de Olivia.

Ella es de las pocas cosas que tienen color en el rascacielos gris donde pasan todo el día. Lea es risueña y habladora. Desde el primer momento en que se vieron, se quisieron. Olivia no hubiese aguantado sin sus risas y sus conversaciones. Son tantos los cambios que ha vivido… Primero, el decir adiós a la universidad. Fue duro renunciar a ese sueño proyectado por su padre desde hacía tanto tiempo. También necesitó valor para independizarse y mudarse a la vacía casa de su abuela. Sola y sin Manuel, al que no ha vuelto a ver. Vivir sola no era exactamente lo que Olivia tenía planeado, al menos no era lo que siempre había escuchado como una opción «adecuada» pasada la treintena. En mitad de toda la vorágine y los cambios, Lea siempre ha estado a su lado para tomar un café, divagar sobre la vida y llenar con su sonrisa el hueco de lo mucho que echa de menos ver a diario a su amiga Pía. Lea ha sido un gran apoyo para esa Olivia que aún no sabe lo que quiere, pero al menos cada vez tiene más claro lo que no quiere. Un gran paso.

—¿Postre? —les pregunta la amable camarera que hay al otro lado de la cinta del comedor.

—¿Qué tienes? —quiere saber Olivia.

—Pudin de limón, crema catalana, plátano y, espera a ver si me quedan…, sí, naranjas.

—Dame una naranja.

—Para mí nada —contesta Lea.

—¿Has vuelto a dejar la fruta?

—Me dijo mi nutricionista que solo por la mañana. La semana

pasada no perdí ni un gramo, ¿te lo puedes creer? Así que me ha puesto una dieta más estricta esta semana… —suspira Lea.

—Qué frustrante, intentamos cuidarnos y cada día, al menos yo, estoy peor —se lamenta Olivia con tristeza.

Como todos los días, buscan una mesa cerca de la ventana y se sientan, una frente a la otra. Tratan de encontrar perspectiva en la altitud de la última planta de la torre en la que está ubicada la cafetería.

—¿Aún no te ha venido la regla? —pregunta Lea.

—Qué va, viene cuando quiere.

—¿Has ido al médico?

—Sí, me dijo que el cuerpo nos habla —responde Olivia resignada.

Total, no puede hacer nada, gracias a este exigente trabajo no le queda tiempo para escuchar lo que se supone que su cuerpo le quiere decir.

—¿Y te ha dado alguna solución?

—De momento ninguna. La siguiente opción es tomarme la pastilla.

—Pero dicen que te hinchas como un globo —le advierte Lea.

—Ya, la verdad es que no lo sé. Tal vez tomándola se me ponga mejor la piel, la tengo horrible.

—Eso es de alimentarnos con esta comida horrible.

—Sí, de no tener tiempo para cuidarme y de la luz de esa pantalla todo el día, ¿o será la edad? —sugiere Olivia.

—¿Tú crees?

—Dicen que a partir de los treinta…

—Pero ¡si tenemos treinta y uno!

Olivia nunca se ha sentido cómoda con su cuerpo, tampoco cuando tenía veinte años.

—Oh, no, ya es la hora —advierte Lea.

Olivia y Lea se levantan y dejan sus bandejas apiladas en la fila de recogidas. Se dirigen al ascensor y se suben. La primera parada es en la planta 4, la de Lea.

—¡Luego nos vemos! Tengo que pasarme a coger los planos de mañana para los chapistas; prepáramelos, porfi —le pide Lea.

—Déjame que los busque y te aviso cuando los tenga localizados —le informa Olivia.

—¡Ánimo esta tarde!

—¡Lo mismo digo!

Ya en casa, en la antigua casa de su abuela, de techos altos, poca luz y perfecta para tardar solo diez minutos hasta el trabajo, Olivia se dirige al baño. Un baño sin ventanas, donde trata de encontrar algo de consuelo tras llevar todo el día —y toda una vida— dedicando desgarradores insultos hacia su cuerpo. Como si pensara que el agua de la ducha fuera a llevárselos, como si los insultos que se dice ella misma no doliesen…, pero duelen, duelen mucho. Esos insultos hirientes de la voz del que es su hogar. Cuánto dolor sostienen su cuerpo y su espalda cansada.

Antes de abrir el grifo, pone música. Busca consuelo en las notas. Suena «Idea 22», de Gibran Alcocer, mientras cae el agua de la oscura ducha. Una vez tiene el champú entre las manos, deja de escuchar la melodía y de sentir confort. Los insultos han vuelto y cada parte de su cuerpo desnudo le recuerda que nada en ella es como debería ser. Mientras el agua de la ducha cae, Olivia critica su pelo, su tripa, sus pechos y más tarde sus piernas, que deberían estar musculadas, pero no lo están. La lista de insultos hacia sí misma es cada vez más y más larga. Insultos de hace demasiado tiempo, cuando era una niña y se comparaba con aquellas modelos retocadas de las revistas. Insultos de Manuel en forma de

desafortunados comentarios o del chico travieso del colegio hace más de veinte años. También de las amigas de su madre que le decían que era muy delgadita para agradar… Quién sabe cuántos insultos ha dejado entrar.

Olivia no tiene una opinión propia de su cuerpo porque nunca se ha detenido a mirarlo. En treinta y un años jamás se ha visto con sus propios ojos.

Al salir de la ducha, se envuelve en una toalla enorme. Se pone frente al espejo, cubierto por el vaho. Y en ese reflejo borroso continúa insultándose. Insulta su cara, las terribles ojeras que inundan su rostro y sus labios. Siempre le han dicho cosas bonitas sobre ellos, pero nunca se las ha creído. El vaho sigue en el cristal y también en su mirada, impidiéndole ver. Olivia está triste, pero no sabe exactamente por qué. Todos los días nota dolor en su cuerpo, en esa rígida y preciosa espalda que soporta demasiada carga y rechazo. Se siente tan triste y vacía que no puede evitar arrodillarse en el baño y llorar. Llora desconsolada rogando encontrarse mejor, sin saber qué necesita para que eso sea posible.

La última vez que se arrodilló pidió un nuevo trabajo que la salvara y no ha funcionado. Decide vestirse y salir en busca de un poco de aire que pueda salvarla. Camina hasta un parque infantil vacío y acorralado por el tráfico de la gran ciudad, pero rodeado por cuatro pinos silvestres. Olivia observa su movimiento y sus flores, cónicas y robustas, que se dejan mecer confiadas; son la esencia del pino silvestre, que simboliza la rendición. Ese aroma nostálgico y fugaz que libera del sufrimiento cuando ya no quedan fuerzas para seguir agrediéndonos a nosotros mismos.

Y cuando el aire parece volver por fin a sus pulmones, le viene un pensamiento: «Si el trabajo no consigue salvarme, quizá lo haga el amor». Pero los pinos no le están susurrando la clase de amor que

imagina Olivia...

5
El reencuentro



Hojarazo

El vertiginoso ritmo de la rutina continúa en la torre, algo que no ayuda demasiado a Olivia a tomar las riendas de su vida ni a atisbar una perspectiva diferente.

—Supongo que no ha ido mal del todo con los chapistas —dice Olivia a Lea a la vez que abre las grandes y pesadas puertas del edificio para salir por fin al mundo exterior.

—Menudo día perdido —se queja Lea. De repente, recuerda:—. Oye, Jorge me ha dicho que no lo has llamado.

Jorge es un amigo de Jaime, el piloto carismático que tiene enamorada a Lea, Olivia ha quedado con Jorge varias veces. Es encantador. Siempre lo ha pasado bien con él, pero no le ha devuelto la llamada, es verdad.

—Ay, sí, perdona…, es que no me ha dado ni tiempo…

En realidad no le atrae demasiado.

—Le diré que lo llamarás. —Lea hace uno de sus bailecitos. Es graciosa cuando lo hace.

—Vale, lo haré. Me voy corriendo, a ver si llego al súper. ¡Descansa!

—Lo mismo digo, mañana a las ocho aquí, ¡como un reloj! —dice Lea mientras imita a una de sus jefas.

—Aquí estaré.

¿Dónde va a ir si no es a encerrarse de nuevo en su torre?

«En cinco minutos este establecimiento cerrará sus puertas. Por favor, rogamos a los clientes que efectúen el pago de sus artículos

en la caja más cercana. Gracias». Olivia escucha la megafonía del mercado y suspira. Camina cargada con todo lo que puede sostener en las manos; siempre se olvida de coger el carro y siempre se arrepiente de no haberlo hecho. La cola es muy larga. «Espero que me dé tiempo a pagar antes de que cierren; si no, no tendré nada para cenar», piensa mientras observa a todas esas personas que, igual que ella, están en la cola de un supermercado un miércoles a las nueve y veinticinco de la noche.

Y entonces lo ve.

No puede ser, aunque sabe que sí puede ser. Hace un año y un mes, una noche en la que se encontraba bastante excitada, Olivia buscó en internet el nombre de Alexandre junto con el primer apellido que recordaba, Bernard. Lo escuchó hablando en francés en una entrevista y no entendió nada, pero sintió fuego en el cuerpo. No supo qué hacer con ese fuego, pues nunca se había tocado. Nunca. De todas formas, llevaba tanta ropa encima que, si hubiera querido, no le hubiese resultado nada fácil hacerlo. Y también leyó que Alexandre estaba trabajando ¡en España!

Quizá ese sea uno de los motivos por los que no ha contestado a Jorge, ni a Alberto, ni a Eduardo, un hombre encantador que conoció en clase de spinning. Y también es el motivo por el que ha acudido a fiestas, ha leído poesía, se ha vestido con su ropa favorita o ha montado un caballete en el salón; por si un día invitaba a Alexandre a casa. Tal vez le excitara verla tal y como es. La imaginaria presencia de Alexandre la ha ayudado a ser ella misma más que ninguna otra cosa últimamente. Ahora esa presencia quizá no sea tan imaginaria; lo llaman «ley de la atracción».

¿Es Alexandre? Casi al final de la cola hay un hombre en traje y con la corbata desabrochada. Es tan atractivo…

Olivia comienza a temblar mientras intenta echar un vistazo de

reojo. No puede ser. Lleva unas flores y dos briks de leche. Los pensamientos de Olivia se disparan: «No puedo verlo hoy, estoy horrible. No puedo mirar. Quizá me esté equivocando. Pago y me voy rápido. Seguro que no es él». Gira ligeramente el cuello para asegurarse… y se topa con la mirada de Alexandre. Que no tiene gorro ni libros, pero sí la misma mirada. Levanta la mano y la saluda. Olivia le devuelve el saludo con la cabeza, porque no tiene manos libres para hacerlo. «Vale, no puede acercarse porque estamos en una cola —piensa Olivia—. Por favor, que me toque pagar ya o que no me toque nunca…».

—Son 47,80 euros. ¿Con tarjeta?

—Sí, por favor.

Olivia, temblando, coge las cosas y lo espera al otro lado de la caja. Se muestra distraída, como si no lo estuviera esperando, con la impaciencia y fogosidad propias de una primera cita a los quince años. Alexandre termina de pagar y se dirige a ella.

—Eh, ¿hola? —Olivia se hace la sorprendida.

—No me lo puedo creer —dice Alexandre—. ¿Eres tú, Olivia?

—Sí, la misma, en carne y hueso.

Está a punto de decirle que lleva trece horas en la oficina, que normalmente está más guapa y que sigue pintando, aunque no es verdad…, pero no lo hace porque él también parece que lleva las mismas horas en el trabajo. Pero qué bien le sientan y qué guapo está. No se dan dos besos, ni un abrazo ni nada; mantienen una distancia más que prudencial.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Olivia mientras presume de calma y madurez. Disimula como puede que sabe que desde hace un año está en España.

—Vivo aquí.

—¿Aquí? —No miente muy bien.

—Sí, desde hace un año. La consultora en la que trabajaba en París ha abierto una sede y me han destinado aquí. Estoy adaptándome todavía.

Olivia mira las flores secas de hojarazo que Alexandre sostiene en las manos. Son alargadas y de color miel, y su esencia es el impulso para despertar cada mañana cuando el cansancio mental y físico te sobrepasa, dando paso a la energía y a la vida. Olivia se pregunta si estará casado, qué aniversario celebrará y para quién son esas flores…

—No sabía que trabajabas en una consultora… —sigue intentando mentir.

—Bueno, no hablamos demasiado en Limeuil —dice sonriendo.

—Sí, tienes razón.

—Lo pasamos bien aquellos días. —Alexandre dibuja una sonrisa en su mirada. Olivia se pone aún más nerviosa.

—Sí, fueron unos días maravillosos. ¿Qué tal, has seguido hablando con Luca y los chicos? —pregunta tratando de retomar la compostura.

—Sí, hablamos a menudo. Han vuelto a sus ciudades, les va bien. ¿Sabes que Luca ha sido padre?

—No lo sabía, qué gran noticia. Con Luci hablo mucho, pero de los chicos hace tiempo que no sé nada. Sé que ella ha intentado contactarlos varias veces, pero al final… supongo que estamos todos demasiado liados. Me alegro mucho de que les vaya bien —dice Olivia. Suena nostálgica.

Y se hace un silencio gélido e incómodo que solo el encuentro de sus miradas consigue derretir. Hay una calidez inusual en su forma de mirarse. Sin hablar, ambos evocan los pocos momentos que compartieron juntos y que han alimentado durante estos dos últimos años.

—Me alegro mucho de haberte visto —se despide Alexandre poniendo fin al momento.

«Qué ganas tengo de abrazarlo», piensa Olivia.

—Sí, yo también.

—Bueno, yo tengo el coche por ahí, ¿tú?

—Yo por ahí.

Como no puede ser de otra manera, justo lo tiene en el lado contrario.

—Pues ya nos veremos. ¿Vives cerca?

—Sí, a dos manzanas.

—Ya nos veremos entonces —dice Alexandre, mirándola.

«Qué ganas tengo de abrazarlo», se repite Olivia.

Y los dos caminan en direcciones opuestas hacia sus coches, nerviosos y sin haberse dicho nada de lo que pensaban.

Olivia no puede dormir. Da vueltas en la cama. Ha pensado muchas veces en reencontrarse con Alexandre, pero nada ha sido como sucedía en sus encuentros imaginarios. «Ha pasado mucho tiempo. ¿Estará con otra persona? Ay, el vestido que llevaba hoy me sentaba fatal. —Su cabeza no encuentra sosiego—. Quizá esta es la señal que necesito para seguir adelante».

No se lo piensa dos veces y escribe a Jorge un wasap ante la idea de orquestar un gran plan para pasar página. Así además podrá arreglar que lleva semanas sin contestarle: «Hola, ¿qué tal estás? ¿Cómo está tu perrito? ¿Qué te han dicho?». La respuesta de Jorge no tarda: «Bien. ¿Qué tal estás tú? Pensé que ya no me escribirías. Mi perro está mejor, gracias por preguntar». Olivia se excusa: «Perdona, he tenido muchísimo lío en el trabajo». Él continúa, atento: «Ya me lo imaginaba. El otro día estuve con Lea y me dijo que estabais hasta arriba». Ella pone en marcha su plan: «Estaba

pensando si te apetecía cenar algún día de estos y nos vemos más tranquilos». Jorge no se hace de rogar: «Por mí, perfecto. ¿En tu casa?». Olivia tiene claro que en su casa ¡ni en broma! y escribe veloz: «¿Qué tal en Boots?». Jorge responde: «Vale, me gusta ese sitio». Entonces ella continúa aliviada: «¿El sábado?». A Jorge siempre le parece todo bien: «Sí, el sábado, estupendo. ¿Te recojo a las nueve y media?». Misión cumplida: «Genial». Olivia apaga la luz y deja el móvil en la mesilla. Está demasiado inquieta, sabe que no va a dormir mucho esa noche. Y, para su fortuna, puede que esta vez el universo se deje guiar más por lo excitada que está que por las conclusiones a las que está llegando.

¿Qué probabilidades hay de que Olivia y Alexandre coincidan dos veces en tres días en una ciudad con más de tres millones de habitantes? Quizá ínfimas, comparadas con la atracción que las feromonas de ambos han ejercido para que hoy se encuentren de nuevo.

—Adelante.

Jorge le abre la puerta del restaurante, invitándola a entrar. Olivia se siente preciosa. Se ha puesto un vestido azul oscuro y ha dejado la espalda al descubierto. Sabe que es atrevido, pero le sienta genial, está contenta.

Y nada más entrar…

No puede ser. La pareja que hay delante de ellos esperando a ser atendidos son Alexandre y una desconocida. Olivia gira la cabeza deprisa. Vuelve la vista hacia las botellas que hay en la barra, al suelo, a Jorge… Están muy cerca, pero no lo va a mirar. Sin embargo, sí que siente los ojos de él fijos en ella.

—Adelante —dice el metre.

La pareja que ha trastocado su mundo lo sigue mientras Olivia no

para de temblar. Como los sienten al lado, no va a poder cenar.

—¿Qué te apetece tomar? —dice Jorge mientras esperan su turno.

Ella no lo escucha, solo sonríe tratando de disimular su desconcierto.

—Pasad, por favor. —El metre ya está de vuelta.

Pasan al comedor y Olivia busca a Alexandre, pero no lo ve. Está muy nerviosa, siente que se va a marear al mirar de reojo en todas las direcciones. Mientras, se esfuerza por atender a Jorge, que le está contando cómo su perrito se rompió la pata. Después de un rato sin verlo, cuando les sirven la bebida y comienza a recobrar la calma, descubre a Alexandre, que se ha levantado de su mesa y se dirige al baño, y sus miradas se cruzan.

—Perdona, Jorge, voy al baño un segundo.

Alexandre está esperando a Olivia en la parte de abajo del restaurante, en el pequeño hall que hay antes de la puerta de madera que conduce a los baños. Hay velas y una chimenea apagada. El espacio es cálido y pequeño. Olivia baja despacio y sujeta su vestido para no caerse por las escaleras. Le quedan dos escalones cuando lo ve. Allí, de pie, mirándola. Se sonríen.

—*Bonsoir, madame.*

Cómo le gusta el francés cuando él lo habla.

—*Bonsoir.* —Olivia hace una reverencia divertida.

Está temblando.

—Estás preciosa —dice Alexandre.

—Tú tampoco estás mal.

Qué mal miente. Alexandre se acerca para darle un beso en la mejilla y susurra:

—Se ve tu constelación.

Antes de que le dé tiempo a preguntar a qué se refiere, Alexandre hace algo en lo que lleva pensando dos interminables años. Recorre con el dedo índice la línea imaginaria que dibujan los cuatro lunares de Olivia; uno en la parte baja de su mentón y tres sobre la base del cuello, formando la figura de una preciosa y magnética constelación. Alexandre une los puntos, despacio, uno a uno, y susurra:

—Uno, dos, tres, cuatro.

En ese momento, Olivia cierra los ojos sintiendo no solo la línea de imaginarios puntos unirse, sino también la vida que por esta vez corre a la velocidad exacta por su cuerpo.

—Perdóname, llevo dos años pensando en esto —dice Alexandre.

—¿Estás casado?

—No —contesta rápido Alexandre—. ¿Y tú? —pregunta con miedo.

—No.

—Quizá podríamos vernos algún día —sugiere él.

—Sí, me gustaría. —Y, sin pensar nada en absoluto, Olivia le suelta —: Vivo a dos calles.

Y le susurra la dirección al oído. «Pero ¡¿qué acabo de hacer?!», piensa agobiada. Los dos se miran y sonríen.

—Tengo que volver.

Y Alexandre se va hacia las escaleras. No ha entrado en el baño.

Tan solo una hora y quince minutos más tarde, tras despedirse de su acompañante, con la que no volverá a quedar, Alexandre camina las dos calles que separan Boots de la casa de Olivia y se sienta en el portal. Duda si tocar el timbre o no. No sabe si ella estará sola en casa.

Tan solo una hora más tarde, tras despedirse de Jorge, con el que no volverá a quedar, Olivia camina las dos calles que separan Boots

de su casa, entra en el portal, llega hasta su piso, abre la puerta, se quita los zapatos y se sienta en el sofá. Excitada, muy excitada, busca una serie o algo que la ayude a apaciguar el calor.

De pronto, el telefonillo suena y Olivia se queda sin respiración.

—Sí…

—*Allô*.

Es él. En cualquier otro momento, Olivia recogería la casa, se miraría al espejo y haría mil cosas más antes de abrirle. Pero está frente a la puerta y no se puede mover. Escucha cómo él sube. ¿Esto está pasando de verdad?

—Hola.

Y Alexandre entra en casa. Y se cierra la puerta.

—Perdona por venir tan tarde. No sabía si estarías acompañada. ¿Lo estás?

—No, no lo estoy. ¿Quieres pasar? —Olivia responde desde un lugar muy distante a su mente.

—¡Qué bonita! —exclama Alexandre mientras Olivia camina hacia el salón.

Es posible que el cumplido no sea para la casa.

—Gracias, era la casa de mi abuela. Es un poco oscura, pero me viene muy bien vivir aquí, tardo poco en llegar al trabajo.

Alexandre sonríe y se toca el pelo intentando contener sus impulsos.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Desde que volví de Limeuil.

Ambos recuerdan la última noche en Limeuil. Alexandre sigue a Olivia. Ella lo conduce hasta un rincón donde están la librería y el caballete, que colocó pensando en él. Los dos apoyan sus hombros en la estantería hasta arriba de libros, uno frente al otro. No están muy cómodos, pero la conversación sigue mientras Alexandre la

observa fijamente.

—¿Eres feliz?

Olivia traga saliva. No se esperaba una pregunta así, tan directa, tan profunda.

—¿La verdad?

Le devuelve la mirada.

—Sí, la verdad.

Siente una extraña confianza a su lado; se dejaría caer sin miedo sabiendo que él la sostendría.

—No demasiado.

—Eres preciosa.

Él siente su tristeza y se va acercando cada vez más a ella.

—No, no lo soy.

—Ojalá tú vieras lo que yo veo.

La distancia cada vez es más corta.

—¿Qué ves?

—Veo un hermoso león al que han hecho creer que es un hámster —dice Alexandre.

Olivia suelta una enorme carcajada. Y Alexandre, atraído como un imán, la besa. La besa de manera suave y ardiente, como lleva queriendo hacer desde que la vio en Montmartre a través de una ventana. Se besan una y otra vez, lenta y apasionadamente. Él se coloca a su espalda y roza con su barba de cinco días la mejilla de Olivia. Ella ha fantaseado tanto con ese momento… Alexandre le acaricia los brazos desnudos. Hace mucho tiempo que nadie la toca así. Y él lo sabe. Alexandre tiene demasiadas ganas de devolverle todo ese amor que por derecho es suyo, ese que hace mucho tiempo que nadie le da…, ese que ella nunca se ha dado. Y él lo sabe, sí. La mano derecha acaricia el suave vestido de raso. Comienza a subirlo poco a poco hasta que deja al descubierto la

ingle de Olivia.

—¿Puedo?

Olivia responde con un profundo susurro, desbordada de deseo. Alexandre mete la mano dentro de su ropa interior y le entrega de vuelta el placer que siempre tendría que haber permanecido ahí, en su precioso cuerpo.

Ella apoya completamente su espalda en él. Se entrega a pesar de los miedos y las reticencias. Nota que cada vez está más relajada, más excitada, más unida al cuerpo de Alexandre. Y se deja llevar a un lugar que nunca había visitado… El placer.

—Ahora, ¿cómo te devuelvo esto? —le pregunta, dándose la vuelta.

—Déjame dormir contigo —le pide Alexandre.

Olivia y Alexandre caminan de la mano hasta el dormitorio. Se tumban en la cama, de lado, mirándose el uno al otro. Ríen y se cuentan todo lo que les ha ocurrido durante los dos últimos años. Abren la puerta a sus vidas. Hablan de las parejas con las que han estado, del trabajo, del ansia de libertad, de las pasiones y de los sueños frustrados. De la pintura y la poesía. Olivia le explica su caída y su desconcierto en Limeuil. Él confiesa que se trasladó a Madrid con la intención de encontrarla. Olivia y Alexandre se abrazan fuerte.

—¿Y tú eres feliz? —le pregunta Olivia. Sus manos se acarician.

—Podría ser más feliz —responde Alexandre.

—Supongo que yo también —añade Olivia.

Olivia se queda dormida sobre el pecho de Alexandre y permanecerá así, abrazada a él, en esta habitación de techos altos y poca luz, cada día durante el próximo año y medio, en el que se cuestionará cada día cómo podría ser más feliz, qué tendría que atrapar para mantener la felicidad efímera. Y buscará en el amor de Alexandre

amarse a sí misma. Buscará en el trabajo el refugio a su vacío. Buscará en las cosas el reconocimiento que solo ella puede darse. Estar con Alexandre será muy placentero y bonito, pero también incómodo, porque Alexandre regalará a Olivia un espacio en el que poder ser ella misma, amando cada parte de ella, sin depositar sus pretensiones ni sus necesidades. Quizá a veces sea más sencillo dejarse arrastrar por las pretensiones de otros que ser uno mismo. Pero Alexandre no necesita hacer eso porque él ve a Olivia, siempre lo ha hecho. Es curioso y excitante cómo que alguien te vea puede ayudarte a verte a ti misma. Cómo puede ayudarte a salvarte a ti misma. Y salvarse a una misma… sí que resulta incómodo.

6
La casa de las flores



Avena silvestre

—¿Crees que tiene sentido haberme pasado todo el día metida en la oficina sin que me haya dado el aire? Ni siquiera he visto el sol. Si lo pienso, hoy no he hecho ni una sola cosa que me apeteciese de verdad, ni siquiera sé qué me apetece…

El inconformismo de Olivia intenta mantener una conversación con Alexandre, que se esfuerza por tener los ojos abiertos a las once de la noche en el salón. Para sorpresa de Olivia, un precioso año y medio de amor con Alexandre no ha conseguido acabar con su asfixia. De hecho, el dolor en el pecho que siente cada mañana al despertar desde hace años ha aumentado. Tampoco lo ha logrado que renovaran su contrato de decoradora al terminar la licitación ni seguir trabajando en la torre cerca de Lea. Nada de lo que Olivia creía que le haría feliz lo ha hecho en realidad. No entiende por qué en uno de los momentos más bonitos de su vida sigue despertándose aterrada. «¿Por qué tengo tanto miedo? ¿A qué tengo miedo?», se pregunta casi a diario. Puede que no saber hacia dónde ir dé mucho miedo. Puede que saber hacia dónde ir dé aún más.

Envuelta en su enorme pijama de borrego y tumbada junto a Alexandre en el sofá, Olivia sigue con sus quejas un ratito más:

—Esta mañana, como de costumbre, antes de salir de la cama ya han empezado a entrar e-mails que me han puesto de los nervios, y luego me he ido pitando a la oficina con un nudo en el estómago. Allí mil prisas, mil cosas. ¿Tiene que ser siempre así?

Siente entonces que lleva un rato hablando sola. Mira a Alexandre;

se ha quedado dormido. Él tampoco ha hecho demasiadas cosas divertidas en su día. Lo despierta y se van a la cama. «A decir verdad, tampoco me gusta esta habitación —piensa Olivia—. Quiero una habitación con un balcón desde el que se vea la luna. ¿Cuánto tiempo llevo sin fijarme en la luna? —se pregunta mientras se relaja —. Dicen que los ciclos de la luna son como los de la mujer. Escuché eso hace poco; debo de estar tan desconectada de la luna como de mí misma».

Olivia se duerme abrazada a Alexandre, lo único que le gusta de esa habitación sin ventanas. De las pocas cosas que le hacen sonreír de su nada reconfortante zona de confort diaria.

Comienza otro nuevo y aburrido día, y Olivia conduce guiada por la inercia, rumbo al trabajo. Mientras, habla en el manos libres con su madre.

—¿Sí?

—Hola, cariño.

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Bien, ¿qué tal estás? ¿Mucho trabajo?

—Sí, muchas horas…

En la rotonda toma la segunda salida y continúa de frente.

—Olivia, tienes que cuidarte, no puedes estar todo el día en esa oficina. ¿Estás comiendo bien?

—Sí, tranquila.

No, no está comiendo bien.

—¿Qué tal vosotros? —pregunta Olivia, sin esperar ninguna respuesta emocionante.

—Pues mira, si te digo la verdad, estoy un poco trastocada.

—¿Trastocada? ¿Y eso, mamá?

Las conversaciones con su madre nunca suelen aportar mucha

novedad. Olivia se muestra preocupada.

—Hace un rato he recibido una llamada de lo más extraña. ¿Te pillo bien seguro? No te quiero distraer, que estás conduciendo.

—Sí, sí, mamá, voy con el manos libres. Cuéntame, por favor.

—Me ha llamado Fabián, mi primo, el hijo de Anna, la hermana de la abuela.

—Pero ¿no vivían fuera?

—Sí, me ha dicho que en Argentina. Llevaba muchísimos años sin saber nada de ellos. Vamos, desde que murió la abuela…

—Bueno, el caso… —anima Olivia a su madre, intentando que llegue cuanto antes al meollo de la conversación.

—El caso es que me ha llamado, muy educado, para contarme que han decidido vender la casa del pueblo. La antigua casa donde vivían la abuela y la tía Anna, la casa de las flores.

—Y ¿por qué te lo cuenta?

—Por lo visto, la tía Anna se quedaba más tranquila contándomelo. Supongo que quizá le da pena…, qué sé yo —responde Olga, que apenas sabe nada de la historia familiar de su madre y su tía.

—¿Tú has estado en esa casa? —pregunta Olivia con interés.

—Que recuerde solo una vez, y la vimos desde fuera. Tendría unos quince o dieciséis años; ya no vivía nadie en ella, Anna ya se había marchado. Me llevaron tus abuelos y pasamos por la puerta. Me acuerdo bien de esa casa. Era grande, de piedra, con balcones y unas contraventanas verdes que llamaban la atención. Había una higuera enorme que sobresalía, y cogimos un par de higos desde el otro lado de la verja…

Olivia está haciéndose una imagen preciosa en la cabeza.

—¿Y te ha dicho algo más?

—No mucho más, simplemente que querían contármelo para que

supiera que van a ponerla a la venta. Y que él y Anna estaban bien. Me ha alegrado saber de ellos.

—Normal…

Toma la salida 35 en dirección suroeste.

—Esperemos que quien la compre no la tire —añade Olga con nostalgia. Quizá porque, aunque no haya ido, sabe que para su madre fue un lugar muy especial.

—Eh…, mamá, perdona, ya llego a la oficina —dice Olivia, apenada por cortarla en un momento tan importante.

—Tranquila, cariño, un beso. Que tengas un buen día.

—Igualmente, mamá.

Mientras Olivia llega a la torre y se dirige a su puesto, da vueltas a la conversación con su madre. Le gustaría saber más sobre sus antepasadas; le hubiese gustado conocer a Anna. Se siente realmente intrigada por esa casa y su linaje familiar. Qué poco sabemos de nuestros ancestros…

—Hummm, estoy agotada, tengo un dolor aquí en la espalda…

—Ven, anda, ven —dice Alexandre.

Olivia se sienta a los pies del sofá después de un largo día de trabajo y espera que Alexandre la ayude con su constante dolor de espalda.

—Hazme la constelación —le pide, con su ingenua sonrisa.

Siempre se lo pide. Entonces él le besa la nuca y recorre sus lunares con sus manos suaves, adora hacerlo. Casi siempre terminan olvidándose del masaje y besándose apasionadamente.

—Hoy he estado hablando con mi madre. Me ha contado que le ha llamado su primo, el hijo de la hermana de mi abuela.

—¿Sí? —dice Alexandre mientras sigue acariciando su espalda.

—Por lo visto, han puesto a la venta la antigua casa donde mi

abuela y su hermana vivían de pequeñas. La casa de las flores o algo así.

—Vaya…

—La tía Anna, la hermana de mi abuela, se quedó con ella y lleva vacía desde que se fueron a Argentina hace mil años. Supongo que tiene sentido venderla. Mi madre me la ha descrito tan bonita que me ha dado pena hasta a mí…

—¿Sí? ¿Dónde está la casa?

Alexandre coge el teléfono para ver si es capaz de encontrar una vista de la casa en el navegador.

—No lo tengo claro. Sé que está por Valdeverdeja, creo, y que, según mi madre, es la antigua casa de las flores. También que tiene, o tenía, contraventanas verdes, como las que a ti te gustan, y que tenía una higuera.

—Qué zona más bonita —admira Alexandre mientras sigue buscando.

—Sí, es por esta zona. ¡Ah, y que era de piedra!

—Puede que la tenga localizada —anuncia Alexandre orgulloso.

—¡¿Ya?! —exclama Olivia sorprendida.

—Creo que la tengo —dice él—. Mira…

Alexandre ha conseguido encontrar imágenes de la puerta, la higuera y el desgastado azulejo donde se lee CASA DE LAS FLORES.

—¿En serio? ¿A ver?

Olivia sube de nuevo al sofá y ambos miran la casa, lo poco que Google Maps les permite ver.

—Parece que es esa —responde Olivia, incrédula.

—Es preciosa.

—Sí, sí que lo es. A lo mejor esa es la higuera que decía mi madre.

Los dos permanecen unos minutos en silencio.

—¿Te imaginas que viviésemos en una casa como esa? —aventura Alexandre.

Vaya, ella nunca lo había pensado, pero vivir en un lugar verde, tranquilo…, como Limeuil, le ha sonado realmente tentador. Pone la cabeza sobre el hombro de Alexandre formando la figura de una sola persona y suspira frente a la imagen pixelada de Google Maps, como si fuese un gran tesoro. ¿No hay mejor tesoro que la imaginación?

—¿Sería una locura ir a investigar un poco este fin de semana? Vamos para allá y así nos da un poco el aire —le propone Alexandre para su sorpresa.

Al parecer, Olivia no es la única que necesita coger más aire últimamente.

—Sí, ¡me encantaría!

—Son las doce de la noche ya, qué pereza moverme —se queja Alexandre haciéndose el remolón.

—Vamos… —dice Olivia.

Los dos recorren el pequeño trayecto del sofá al cuarto de baño, del cuarto de baño a la habitación sin balcón y se duermen abrazados, como casi todas las noches. Esa noche los dos viajan al mismo sitio antes de dormir, a la foto pixelada de Google Maps.

En el coche suena «Copenhague», la canción de Vetusta Morla que le encanta a Olivia, justo su parte favorita: «Sueña con despertar, en otro tiempo y en otra ciudad, dejarse llevar. Suena demasiado bien, jugar al azar, nunca saber dónde puede terminar, o empezar, o empezar…». Hoy parece haber sido escrita solo para ellos.

—Me encantan los olivos y todo este verde alrededor. Echaba tanto de menos esto… —suspira Alexandre mientras baja la ventanilla para dejar entrar el paisaje, como si, al hacerlo, le diera la bienvenida en su corazón.

Tras coger el desvío de la carretera, la ruta que lleva a la casa de las flores parece dibujar el preludio al paraíso. Árboles a ambos lados enmarcan la larga carretera de tierra que conduce hasta el pueblo. Detrás de ellos queda el verde infinito y el cielo es más azul que nunca. O tal vez es que hace demasiado tiempo que Olivia y Alexandre no se han detenido a mirarlo. Es como si el camino fuese una clara invitación a parar, a dejar a un lado el ritmo frenético en el que se pierden sus vidas. Una clara invitación a mirar en vez de ver, a escuchar en vez de oír. La canción que suena nunca ha sido tan bonita ni el cielo ha sido tan azul.

Olivia respira al fin un aire calmado que hacía mucho que no probaba.

—¡Para, para aquí! —grita nerviosa—. Así llegamos caminando y vemos mejor las contraventanas que decía mi madre…

Después de cruzar un diminuto puente en el que apenas caben dos pies, bajo el que pasa un pequeño riachuelo, ven al fondo una casa.

—¿Es esa? —pregunta Alexandre, expectante.

—Sí, creo que sí.

Se acercan despacio, con miedo de haber sido demasiado ambiciosos con sus expectativas, pero con la ilusión de no haberlo sido lo suficiente. Se acercan despacio, para no perder tan rápido este sueño, pero también deprisa, para llegar a él cuanto antes. Se acercan y, frente a ellos, hay una casa de muros de piedra y balcones verdes de madera que ni el paso del tiempo, la lluvia, el frío o el sol han sido capaces de afear. Se acercan y, a través de la reja verde oscuro, Olivia siente un escalofrío que recorre su cuerpo. El instante sagrado y sus escalofríos de certeza siempre hacen de las suyas. Se acercan mientras Olivia visualiza a la perfección cómo podría abrir cada mañana la ventana de su preciosa cocina,

dejándose sanar y acariciar por el aire que tanto anhela. Se acercan y, a través de esa reja verde oscuro, Alexandre, envuelto por su propio escalofrío de certeza, imagina cómo se sentaría en el porche a leer cada atardecer mientras Olivia lo escucharía atenta, recostada sobre sus rodillas, y le pediría un poema más, porque ella siempre le pide un poema más.

Se quedan mirando la enorme puerta de madera verde claro, el arco de piedra que la sostiene, los muros, los trozos rotos e imperfectos, las ventanas verdes, el tejado de tejas marrones, lo descuidado que está el enorme jardín, la higuera de la entrada. Y sus manos se rozan amplificando sus certezas. Las palabras han dejado de importar.

—¿Quién va?

A dos caminos de tierra de distancia han encontrado una huerta.

—Nosotros —dice Olivia con entusiasmo.

—¿Qué os pongo, pareja?

Todos los miran atentos; son nuevos en el pueblo y muy atractivos.

—Queremos dos kilos de tomates y un kilo de pimientos rojos —pide Alexandre.

Olivia sonríe, sabe cuánto le gustan los pimientos.

—¿A cuánto están los huevos? —pregunta interesado.

—A dos euros la docena, la mayoría son de dos yemas. Ya veréis qué ricos, son de nuestras gallinas. Mirad, están por allí, ¿las veis?

—Mira qué grandes. —Alexandre está sorprendido del tamaño de los huevos.

—¡Son enormes! —exclama Olivia.

—Ponnos también tres kilos de calabaza. —Él no se cansa de pedir.

—¿Este trozo te parece bien?

—Sí, genial.

«Las calabazas del supermercado no tienen este color», piensa Olivia.

—Te gusta, ¿eh? —le señala Olivia de vuelta al coche.

No puede evitar sonreír. Cuando ella sonríe, guiña ligeramente el ojo izquierdo en un gesto aniñado y encantador. Sabe que Alexandre aprecia mucho las materias primas…, lo descubrió en Limeuil.

Alexandre echa de menos ir a las huertas y a los *marchés* biológicos de Francia. «Los franceses aprecian las cosas bonitas… —vuelve a sonreír—, como yo», aunque, según lo piensa, se le ocurren treinta y cinco cosas que no son bonitas en ella.

—Sí, me gusta, me gusta esto —responde Alexandre mientras observa las gallinas y el huerto. Y coge aire en los pulmones, como un salvavidas para futuras tormentas.

Se suben otra vez al coche para regresar a la ciudad.

—¡Cuidado, la señora! —exclama Olivia cuando Alexandre arranca —. No nos busquemos enemigos antes de vivir aquí.

Olivia lo ha dicho de broma, pero qué bien ha sonado. Toman el camino empedrado y más tarde la carretera que los conduce de vuelta a una casa que, en apenas un par de horas, parece haber dejado de ser su hogar.

—Me gustaría entrar a verla. ¿Y a ti? —le pregunta Olivia.

—Ne-ce-si-to entrar a verla —responde Alexandre con su magnética sonrisa.

—¿Nos estamos volviendo locos?

—A lo mejor estamos más cuerdos que nunca.

Mientras continúa su viaje de vuelta, Olivia mira a la luna, que ya se intuye en el cielo; parece que los guía, como las ramas de avena

que los acompañan mecidas por el viento. Siente su esencia. La esencia de la flor de la avena silvestre, conocida como la brújula. Ese aroma que orienta el sentido de nuestra vida, bajando el volumen de las influencias de ahí fuera y amplificando la señal de nuestra valiosa e inteligente intuición. Las ramas de avena, con sus sutiles flores, ondean sin ofrecer resistencia… Y Olivia desea convertirse en una de esas ramas para dejarse llevar por el viento. Si el trabajo no la ha salvado, y tampoco lo ha hecho el apasionado amor de Alexandre, quizá deba abandonarse a la luna y al viento. Tal vez sean ellos el camino que la lleve de vuelta a ella misma. Y quizá esta vez Olivia sí que esté en lo cierto.

7
¡Hagámoslo!



Nogal

De vuelta al trabajo, el navegador le indica a Olivia el camino más rápido hacia su asfixiante torre gris: «En la rotonda toma la tercera salida en dirección a la N-5». Aprovecha el trayecto para realizar las llamadas pendientes, sabe que luego nunca tiene tiempo.

—Hola, buenos días, llamaba porque estoy interesada en ir a ver una casa, la casa de las flores… —dice Olivia armada, inusualmente, de coraje.

—Hola, sí, la lleva mi compañera. No cuelgue, un momento, que se la paso.

Espera unos segundos y escucha otra voz:

—¿Sí?

—Hola, llamaba porque estoy interesada en ir…

—Sí, la casa de las flores, ¿verdad? Ya me ha dicho mi compañera.

—Sí, esa.

—Vale, ¿cuándo le viene mejor, por la tarde o por la mañana?

—Somos de fuera, no sé si podría ser un sábado, si abren el sá… —Olivia intenta terminar la frase.

—Sí, este sábado tenemos una visita a las once. Si vienen entre las once y media y las doce, la pueden ver. Se la enseñará un compañero.

—Ah, vale, genial, entonces el sábado estaremos allí.

—¿Cómo se llama? —pregunta la voz jovial—. Y necesito un teléfono por si surge cualquier cosa.

Olivia le facilita los datos.

—Vale, Olivia, nos vemos el sábado. Les va a encantar la casa.

«Ha llegado a su destino», se escucha a la vez en el navegador. ¿Será casualidad?

—¿Un café? —pregunta Olivia, asomando sus grandes ojos color miel por encima de la pantalla del ordenador de su gran amiga Lea.

—Por fa-vor —responde marcando las sílabas. Es lo que más necesita en ese momento.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, descansando un poco. ¿Qué tal vosotros? —Lea se ríe, está segura de que Olivia tiene algo importante que contarle. Su sonrisa la delata.

—Si te digo dónde hemos estado…

—Cuenta, cuenta —insiste Lea mientras espera a que su amiga le sirva una taza del café aguado de la cafetera italiana del *office*.

—Hemos ido a ver una casa.

—¡Una casa! —exclama Lea.

—Bueno, solo la hemos visto por fuera, pero es… —dice enseñando una foto a Lea.

—Estás de broma, ¿no?

—No. —Olivia sonríe—. El sábado tenemos una cita para ir a verla. Sé que está para reformar…

—¿Reformas, casa de campo, tú? ¿Estás de broma? ¿Alguien da más? —ironiza Lea, que sonríe sin parar. Sabe lo que le gustan las casas antiguas.

—¿Te imaginas? —Olivia suspira.

—Y Alexandre, ¿qué opina?

—Pues él nunca había hablado de mudarnos, ni de vivir en el campo, pero desde que hemos ido a verla está… No sabes lo que ha insistido en que llamase para que nos dejaran visitarla.

—O sea, ¿reforma, casa de campo, tú y Alexandre? ¡Venga ya! —

exclama Lea sin dejar de hacer aspavientos.

—Bueno, espera… A ver cómo está por dentro —advierte Olivia, prudente, intentando no emocionarse demasiado.

—¡Ay, madre! Y si vivís allí, ¿cómo harás para venir a trabajar? ¡Me vas a dejar sola!

—¡Eso nunca! —responde Olivia.

Se abrazan y se ríen. Siempre que pueden, se ríen.

—Oh, no, ¡tengo que irme a ver una obra! Quiero toda la información sobre este tema —avisa Lea.

—Prometido. —Olivia se despide para volver a su mesa.

«¿Qué haré con el trabajo?», piensa Olivia con la mirada fija mientras desliza el ratón sobre una pantalla llena de rodapiés, por supuesto, de color gris. Quizá Lea tenga razón. «Puedo ir y volver, tampoco es para tanto, pero si hacemos la reforma, yo quiero estar allí. Quiero encargarme de esa reforma». Fantasea con las estancias, el suelo, los muebles antiguos con rejilla en las puertas, el papel pintado…, porque está segura de que no faltará el papel pintado. «¡Basta! —se dice para frenarse—, no me quiero hacer ilusiones, puede que esté fatal y ni siquiera nos lo planteemos».

Mientras, sigue deslizando el ratón a la misma velocidad que sus pensamientos. «¿Y si dejo el trabajo? No me gusta este trabajo. Podría coger una excedencia mientras la reformamos y luego volver. Si vivo allí, ¿querré volver?». Sabe que no…

—Pareja, tened cuidado al entrar, hay un par de agujeros justo aquí, no os caigáis —advierte Óscar cuando abre la verja verde que conduce al paraíso.

Él es la persona asignada para enseñarles la bellísima casa de las flores.

—Hay muchas malas hierbas, pero fijaos en la cantidad de terreno

que tendríais. Los árboles se conservan bien: esto es un manzano, por allí hay limoneros, dos naranjos, un nogal inmenso, el álamo… Al fondo está el invernadero, luego os lo enseño. Bien, pasamos; esta es la entrada principal.

Abre la puerta y, frente a ellos, aparece una escalera de piedra blanca imponente. Bajo sus pies, el suelo es de terracota, con un encanto perfecto, y los techos son altos.

Se percibe una sensación amable y cautivadora; es como si la naturaleza estuviese en el interior de la casa. Olivia y Alexandre se miran a hurtadillas para que Óscar no vea su entusiasmo. La casa es mucho más de lo que habían imaginado. Y habían imaginado mucho.

—Como veis, la puerta, en principio, no haría falta cambiarla, y la escalera está perfectamente conservada. Si pasáis, a la derecha está la cocina.

Y al entrar en la cocina, el corazón de Olivia se agita, altera su ritmo. Un escalofrío le recorre la espalda. Siente la energía de ese espacio, certera y conmovedora.

—Esta vieja isla la podemos quitar para dejar más espacio —propone Óscar.

—No, no —dice Olivia—, ¡nos la quedamos!

Alexandre la mira y sabe que Olivia quiere quedarse justo ahí, para siempre. Atrás ha quedado el pacto que acaban de hacer en el coche de no mostrar interés para poder negociar mejor el precio…

—¿Seguimos? —inquiere Óscar.

—Sí, disculpad. —Olivia intenta fotografiar en su memoria cada detalle de esta cocina.

—El suelo es el original de la casa. Se puede cambiar, pero a mí me parece que tiene mucho encanto. A la pareja anterior le ha encantado.

—Sí, es muy bonito —contesta Alexandre, que se esfuerza por

mostrarse indiferente.

—Esta zona de aquí puede ser un despacho o una sala de juegos para los niños, no sé si tenéis niños.

—No —responden a la vez—, de momento. —Y se dan la mano.

—Y este es un pequeño aseo que habría que reformar por completo. Bueno, como veis, toda la casa tiene muchísima luz. Las ventanas son las originales de madera, pero también se pueden cambiar y mantener la misma estética. Si queréis que os pase un contacto, tengo uno bastante bueno que trabaja para nosotros.

—Ella es arquitecta, tiene buenos contactos —dice Alexandre, orgulloso.

—Ah, entonces estupendo. Vamos a ver el salón, si os parece.

Atraviesan de nuevo el amplio hall y Óscar los conduce hasta el salón. Pasan a un encantador espacio diáfano y luminoso. El suelo es de azulejos cuadrados de color blanco y azul oscuro. El techo está decorado con escayola y deja al descubierto formas delicadas. El aire corre por la estancia, vivo y sereno, no hay marcha atrás.

—Es imponente, ¿verdad? —les comenta Óscar.

—Sí, no está mal. —A Alexandre se le empieza a acabar la contención, pero intenta mantenerse firme. Uno de los dos ha de conservar la compostura.

Olivia está boquiabierta.

—Vamos ahora a la parte de arriba y luego os enseño lo de fuera. Me dejo lo mejor para el final.

«¿Mejor que esto?», piensan los dos a la vez. Suben la escalera y entrelazan las manos tratando de decirse con los dedos, a hurtadillas, lo que les gustaría decirse con palabras.

—A la derecha hay dos habitaciones, las dos con balcón, y dos baños que habría que reformar.

«Cada cual más encantador», piensa Olivia. Su mente de

decoradora está completamente disparada. Alexandre lo sabe.

—No os lo he dicho, pero la calefacción va con radiadores de gas. El termo habría que cambiarlo en caso de que queráis mantener la instalación. Y por aquí pasamos al dormitorio principal.

No hay marcha atrás. La imaginación de Olivia vuela, vuela por encima del polvo y de los trozos de pared rota en el suelo. Sueña con una cama de barrotes altos de madera y unas cortinas que no dejen de moverse por la brisa permitiendo que desde el balcón se vislumbre la luna que ilumina el jardín y tanto anhela. Parece tan real…

—Este armario, como el resto de los muebles, os lo podéis quedar, o, si preferís, la casa se puede vaciar. Ambas opciones estarían incluidas en el precio.

La palabra «precio» ha hecho que Alexandre baje a la realidad durante unos segundos.

—Luego hablamos de dinero. Si os parece, seguimos con la visita y dejamos los detalles para el final —señala Óscar, que sabe leer bien la mente de sus posibles compradores. Lleva demasiados años enseñando casas—. Como veis, la habitación es muy grande, podéis sacar incluso dos estancias.

Olivia hace rato que ha dejado de escuchar a Óscar. Sigue fantaseando con cómo abre cada mañana los balcones de la habitación para dejar entrar el sol, que la mece, mientras el aroma del jardín se cuela hasta la cama.

—Mirad —señala Óscar.

Olivia vuelve a la conversación.

—¿El qué? Perdón.

—Este es el invernadero que os decía.

Desde el balcón se ve el inmenso jardín. Pueden ver los árboles que había señalado antes Óscar y un invernadero de hierro verde

azulado con los cristales sucios. Las malas hierbas han creado una maleza que lo rodea y Olivia y Alexandre no pueden dejar de soñar.

—Bajamos si queréis y lo vemos de cerca. El tejado no está mal, se reformó hace poco porque hubo un vendaval que se llevó varios tejados y este lo arreglaron. La estructura está en muy buenas condiciones.

—¿Qué tal es la zona? —pregunta Alexandre tratando de hallar algún pero al paraíso.

—Maravillosa. Los vecinos son encantadores. Si queréis paz y tranquilidad, habéis venido a un buen sitio.

La estrategia de Alexandre no ha funcionado.

—Cuidado, no se os enganche la ropa. A la familia que ha venido antes, a la mujer se le ha roto la falda con el rosal, pobre —advierte Óscar cuando salen al jardín—. Y este es el exterior.

En mitad del gran jardín que preside hay un inmenso nogal, acariciado por un delicioso olor a azahar. Ese nogal portador del elixir que ayuda a adaptarse a los cambios, abrazar finales y comienzos. Los cambios buenos también requieren un tiempo de adaptación, no es fácil materializar las visiones y darles la bienvenida. Lo bueno también puede resultar algo aterrador…

—Si venís por aquí, os enseño el invernadero. La cerradura hay que cambiarla, está algo oxidada… —les avisa al intentar abrirla.

Y al entrar al viejo invernadero, Olivia, que desde hace diez años siente una asfixia en el corazón, advierte de pronto cómo en ese lugar el aire podría entrar otra vez en su pecho, cómo solo allí podría aprender a amarse. THYME, lee en un borroso letrero en una de las macetas.

—Aún quedan por aquí macetas de la señora Anna.

—¿La conoces? —pregunta Olivia sorprendida—. Era, bueno, es la tía de mi madre.

—¡Anda! —exclama Óscar con asombro—. Sí, mi mujer venía mucho de joven a esta casa, te estoy hablando de hace veintimuchos años o más —apunta Óscar—, para que Anna le preparara no sé qué cosas… A saber qué hacían, solo me consta que le encantaba venir aquí. Una mujer excepcional. Nos apenó mucho que se fuera.

—Yo nunca la conocí.

—¿No? Bueno, no me extraña. Se fue hace ya muchos años. La verdad es que cuando recibimos en la inmobiliaria la llamada de su hijo para vender la casa nos dejó un poco abatidos. Pero es normal, lleva mucho tiempo vacía. Seguro que Anna estará muy feliz sabiendo que su querida casa de las flores está bien cuidada. Es una mujer muy especial.

Cuánta curiosidad siente Olivia por Anna, le hubiese encantado conocerla.

—Sí, muy especial —corrobora Olivia detenida frente al invernadero, refiriéndose más bien a la casa.

Óscar asiente a sus palabras. Alexandre no quita la mirada de encima a Olivia, no puede estar más de acuerdo con ella.

—Pareja, os lo pensáis con calma, pero tampoco mucha porque hay bastantes visitas —les advierte Óscar acompañándolos hacia la entrada, pensando que sería bonito que un familiar se quedase con esa casa.

—Sí, sí, lo sabemos —responde Alexandre.

—Dadle una pensada y cualquier cosa, me llamáis. Tomad, os dejo mi tarjeta.

—Estupendo, gracias, Óscar. —Alexandre le da un apretón de manos. Olivia permanece de pie a su lado, mirando hacia arriba, ensimismada.

—Un placer —contesta este.

Y regresa dentro para cerrar el invernadero, las contraventanas verdes, la puerta principal y la verja de la entrada. Cierra la preciosa casa de las flores hasta la próxima visita con la esperanza de que, aunque hayan querido disimular, esta pareja compre esta casa.

Olivia y Alexandre caminan despacio hacia el coche y guardan la poca compostura que les queda.

—¿Conduces tú o yo? —pregunta Olivia.

—Conduzco yo si quieres.

Ambos emprenden el camino de vuelta, dejando muchos de sus anhelos en esa casa, la casa de las flores.

—¿Crees que sería una locura? —dice él.

—Sería una locura… —responde ella.

Él sonríe.

—Vale…, a ver —dice nerviosa—, ¿qué haremos con el trabajo? —Los tiempos verbales de Olivia la delatan en cuanto se ponen en marcha.

—Venga, vamos a pensarlo —dice Alexandre mientras conduce—. Yo podría ir y volver, no me queda tan lejos.

—El problema soy yo, porque además me encantaría encargarme de la reforma —suspira Olivia con añoranza.

—Y ¿por qué no lo haces? —le propone Alexandre con aplomo—. Quizá es el momento de que por fin hagas lo que te apetece. Podemos permitirnos esta casa y que te tomes un tiempo. ¿Cuánto llevas diciendo que no quieres ir al trabajo? —Él continúa con buenos argumentos—. ¿Sabes, además, cuánto nos ahorraremos si te encargas tú de la reforma?

Olivia responde con una media sonrisa, le gusta lo que escucha.

—Nadie la haría más bonita que tú. Llevas demasiado tiempo desperdiciando tu talento. Venga, imagínatelo, Olivia —dice Alexandre mientras observa el estremecedor paisaje que los

acompaña.

Y Olivia se lo imagina. Se ve ideando esa impresionante cocina, diseñando los encantadores baños, restaurando los valiosos muebles antiguos y haciendo que la casa de las flores se convierta en un hogar cálido y fértil.

Pero entonces el dolor en el pecho vuelve, como cada día, como cada mañana.

—Tengo miedo, Alexandre.

—¿De qué tienes miedo?

—De ser demasiado feliz —confiesa Olivia.

—Pero ¿cómo? ¿No quieres ser feliz? —Alexandre no entiende nada.

—¿Y si por venir algo tan bueno llega también algo malo?

Ella tampoco comprende el porqué de tanto miedo, como si fuese un miedo que no le perteneciese, pero que sin duda lleva consigo como un lastre pesado y amargo.

—Pero ¿por qué? —pregunta Alexandre extrañado.

—Esto es lo más parecido a mis sueños que he sentido nunca y me aterra que alguno de nosotros caiga enfermo o nos pase algo…

Olivia siente ese miedo en el cuerpo de una manera muy real. Alexandre, perplejo, detiene el coche en uno de los laterales de la carretera de tierra.

—Vale —dice tomando su mano—. ¿Recuerdas mi casa de Limeuil?

—Sí, claro que la recuerdo.

—Te diré algo: a mi familia nunca le pasó nada malo por vivir en esa casa.

Olivia siente algo de alivio. Si aquel paraíso no trajo nada malo, ni enfermedades, ni robos, ni ninguna de esas tragedias que ella imagina en su mente, quizá ellos también puedan disfrutar de la vida en esa casa sin ningún contratiempo. El dolor en el pecho va

amainando y respira más calmada.

—Olivia, ¿tú quieres vivir en esa casa?

—¿La verdad?

Él asiente. Bajo el velo de sus miedos, en su corazón, Olivia sabe la respuesta. Todas las respuestas.

—Me encantaría vivir en esa casa.

—Pues vivamos en ella. —Alexandre le acaricia la mano suavemente.

El coche vuelve a la carretera con las ventanillas a medio bajar. La brisa acaricia sus caras y sus almas abriendo paso a un nuevo comienzo. Los miedos de Olivia ondean, como las cortinas que imagina entrando y saliendo del balcón de la habitación, permitiéndole ver lo que hay al otro lado de sus temores, devolviéndole una inusual certeza que hoy le ha susurrado la casa.

—Sería increíble, ¿verdad? —dice, dejando escapar su ilusión.

—Hagámoslo —le pide Alexandre—, dejémonos llevar por este impulso. Sé que va a salir bien.

Olivia sonríe y se tapa la cara con las dos manos. Están a punto de hacer la locura más maravillosa de su vida.

—¡Hagámoslo! —grita ella dentro del coche y le da un beso a Alexandre en la mejilla.

—¡Hagámoslo! —repite él más seguro que nunca.

—¿Compro algo más?

—Sí, trae pan para desayunar mañana, que queda poco —le pide Alexandre alzando la voz desde el dormitorio.

—De acuerdo —responde Olivia y coge las llaves.

Antes de volver mañana a su ajetreada rutina, decide ir al supermercado y llamar a su madre para contarle todo lo que no le ha dicho acerca de la casa. Respira y esboza una sonrisa. Quiere

mantenerse firme para que la conversación con Olga no ponga en peligro su decisión.

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Hola, cariño, ¿qué tal el fin de semana? —responde ajena a lo que está a punto de escuchar.

—Si se corta la llamada es porque estoy entrando en el supermercado. A veces hay poca cobertura —le advierte Olivia y por un instante desea que así sea—. Mamá, vamos a hacer una locura —le anuncia—. Mamá, ¿sigues ahí?

No se escucha nada al otro lado.

—Sí, sí.

—Pensaba que se había cortado. —Olivia traga saliva.

—Me tienes intrigada. —Olga cambia el tono de su voz.

—¿Recuerdas que me contaste el otro día que habían puesto a la venta la antigua casa de la abuela, la casa de las flores?

—Sí, claro.

—Pues hemos ido a verla.

—Anda, ¡qué bien! —contesta su madre, que no se espera para nada la noticia que viene—. ¿Y qué tal? ¿En qué estado estaba?

—Pues bastante bien para llevar tanto tiempo vacía. El jardín está muy deteriorado, pero por dentro…, por dentro es una fantasía.

—¿Por dentro? —Olga suena sorprendida.

—Sí…, es lo que te iba contar. Hemos ido a hacer una visita y… ¡vamos a comprarla!

Se hace un silencio muy largo. Quizá se lo haya contado demasiado deprisa.

—Mamá, ¿estás ahí?

—Sí, es que me estás dejando…, que no sé qué decirte.

Confirmado, se lo ha contado demasiado deprisa.

—¿Te alegras por mí? —pregunta con voz aniñada, buscando su

aprobación.

—Pero ¿y cómo os ha dado por ahí? —Olga sigue tratando de asimilar la noticia. Una noticia que le hace ilusión y la aterra a partes iguales—. ¿No te va a dar miedo vivir en una casa tan grande, en mitad del campo? —Olivia empieza a comprender de dónde le vienen algunos de esos angustiosos miedos—. ¿Y qué vais a hacer con el trabajo?

Olivia no puede creerse que le esté haciendo esa pregunta. ¿Puede su madre seguir añadiendo más peros a la gran noticia?

—Mamá, nos ha encantado la casa. De verdad que ha sido un flechazo. Es la casa, es la casa —sentencia Olivia para sellar cualquier fisura por donde pueda entrar la duda o el miedo sobre su ilusionante y maravillosa decisión.

Y el tono de Olga cambia por completo.

—Bueno, cariño, si es vuestra decisión, sabes que papá y yo te apoyamos en todo. Supongo que la abuela estaría muy feliz de saber que su nieta cuidará la casa de su niñez.

Cómo agradece Olivia esas palabras. «Disculpe, ¿me deja coger el pan rallado?», suplica Olivia a una molesta señora en mitad de la conversación.

—Perdona, mamá, que no podía coger el pan. Volviendo a lo nuestro, espero que sea así. Voy a convertir esa casa en la más bonita del mundo —recita muy ilusionada.

—Estoy segura. Voy a contárselo a tu padre, que está aquí a mi lado preguntándome sin parar.

—Vale, mamá. —Olivia esboza una sonrisa de alivio; se ha tomado la noticia mejor de lo que esperaba—. Besos para los dos, os quiero.

Y se dirige a la caja satisfecha, cargando con todos los ingredientes en su única mano libre, como siempre. Sintiéndose libre. Esa sensación sí que es nueva.

8

La despensa oculta



Madreselva

—¡Buenos días! —exclama Olivia entrando en la casa de las flores.

Como Óscar intuía, ella y Alexandre son los nuevos propietarios. Olivia se dirige a la cocina a toda prisa. Lleva dos enormes planos, su inseparable agenda blanca repleta de fotografías pegadas con celo, presupuestos y facturas entre las hojas, además de una maleta de mano que pesa muchísimo. Después de infinitos viajes durante los últimos meses para supervisar la reforma, si todo va bien, ella y Alexandre pasarán su primera noche en la casa de las flores. Si todo va bien, claro.

—¿Qué tal, chicos? ¿Cómo vais por aquí? —pregunta acercándose a Nacho, el carpintero, que se está encargando de colocar la encimera de madera de haya sobre la isla de la cocina.

—Todo bajo control —responde tratando de fijar el tablero.

—Esto va tomando forma —suspira Olivia.

Ha dedicado un cariño especial a esta estancia.

—Lo nuestro nos ha costado —contesta Nacho.

Durante los tres últimos meses, Olivia ha sacado a relucir su lado más inflexible para no perder la enigmática y sobrecogedora magia que desprende este lugar. Ha estado pendiente hasta del último detalle.

—¿Cómo prefiere que pongamos los tiradores?, ¿hacia arriba o hacia abajo? —dice tímidamente otro de los albañiles, mostrándole cómo quedarían en cada caso.

—Hacia abajo. —Olivia no duda en absoluto—. ¿Seguro que vamos a poder utilizar el grifo esta noche? —pregunta incrédula ante

el desorden y los escombros que hay por todas partes.

No tiene claro que la pila de la cocina vaya a estar lista.

—Sí, se lo hemos prometido. Estará, señora, no se preocupe —le asegura Nacho mirando al resto de la cuadrilla—. ¿Dónde va a querer que coloquemos la alacena? —Se dirige entonces a un enorme mueble que ocupa buena parte de la pared de la izquierda y que se alza hasta el techo.

—Vamos a llevarlo al salón. A la pared del fondo, a la izquierda de la chimenea.

—Pues que no se diga, luego intentaremos moverlo.

—Gracias, Nacho, voy arriba, os dejo trabajar.

Olivia sube los escalones de piedra que conducen a la primera planta. Deja su carpeta y los planos en una de las habitaciones que ha convertido en un improvisado despacho, pero también es el desván donde ha situado todos los muebles antiguos que le gustaría restaurar. Más tarde se dirige hacia el dormitorio mientras esquiva todas las cajas que han conquistado el pasillo. Están por todas partes.

Ya en la habitación, abre los dos grandes balcones que la presiden. Después de cientos de idas y venidas, parece que hoy Olivia y Alexandre podrán recuperar los pedazos de corazón que han ido dejando en esta casa. Coloca la maleta a un lado y se tumba en el suelo. Ha conservado el parqué de madera de espiga. Sobre ella, el techo dibuja bonitas flores de escayola. La brisa le acaricia los pies descalzos. Pero Olivia se está perdiendo ese instante, obcecada en todo lo que queda por hacer con la reforma. En su cabeza solo hay sitio para el baño contiguo al dormitorio, que permanece hasta arriba de escombros, las malas hierbas que ha vuelto a pisar antes de entrar en casa y esa cocina que sigue impracticable.

Ha trabajado duro. Cuando empezó la reforma en la casa de las

flores, compaginó su trabajo en la torre con la restauración hasta que consiguió la excedencia. Pero ningún esfuerzo le parece suficiente. Incluso tumbada en el suelo de la habitación de sus sueños, Olivia se deja llevar a la deriva por su entrenada mente, experta en fijarse en lo que le falta por hacer, por tener y por ser para merecer sus sueños. Esos sueños que ya ha conseguido, que ya están ahí. Y continúa tumbada sobre el bonito suelo perdiéndose la brisa en los pies, la ruborizante escayola del techo y sin sentir plenamente la energía que este increíble lugar guarda para ella. Cuán caprichosa parece la vida: anhelamos algo con fuerza y deseo y, cuando lo tenemos, nos pasa de largo, inadvertido.

Una llamada interrumpe sus pensamientos.

—*Bonjour*. —Es Alexandre al otro lado del teléfono—. ¿Llegaste bien?

—Buenos días —responde Olivia—. Sí, ya estoy aquí. ¿Te puedes creer que aún no ha venido Félix?

Félix es el jardinero. Es muy bueno, pero tiene una forma de trabajar…, demasiado tranquila para la impaciencia de Olivia.

—Venga, no te preocupes, ya sabes que lleva su propio ritmo. Qué, ¿estás lista para nuestra primera noche en la casa de las flores? —le pregunta Alexandre mientras imagina todo lo que le gustaría hacer con Olivia en su primera noche.

Ella se apresura a interrumpir sus fantasías…

—No sé si nos estamos precipitando, no sabes cómo está la cocina…

—¿Qué te han dicho del grifo?

—Que sí, que estará esta tarde. Pero ¿dónde nos ducharemos? —quiere saber Olivia, que pasa de un pero al siguiente.

—En el aseo de abajo.

—Pero si no hay ni espejo…

—¡Qué más da! —responde Alexandre, tranquilo—. Yo me encargo de llevar la cena.

—No te preocupes, que si no dormimos en el suelo…

—¿En el suelo?

En realidad, ella dormiría con Alexandre en cualquier sitio. Se acurrucaría sobre su robusto pecho y se sentiría en casa, en cualquier caprichoso lugar.

—Ahora mismo estoy tumbada en el suelo —le cuenta sonriendo.

—¿Y eso? —pregunta Alexandre con voz insinuante.

De pronto, distingue unas voces al otro lado del móvil que terminan rápidamente con la prometedora conversación.

—¿Señora Cano? ¿Señor Bernard?

Los gritos atraviesan el balcón.

—¡Te dejo, creo que viene la cama! —Olivia se levanta sin perder tiempo y cuelga a Alexandre—. ¡Es aquí! —grita asomándose—. ¡Ya bajo!

Baja corriendo la majestuosa escalera que preside la casa, abre la puerta, se pone las botas que ha dejado tiradas en la entrada para no pincharse los pies con los hierbajos y corre hacia la verja verde que da acceso a la casa.

—¿Es usted la señora Cano?

—Sí, soy yo.

—Traemos la cama.

—Estupendo, adelante, pasad. Cuidado, que aquí hay dos agujeros —les avisa mientras abre las dos puertas—. Hay que subirla a la primera planta. Perdonad, están los jardineros arreglando todo esto, pero todavía no se han puesto con esta parte, no os vayáis a caer —dice resignada.

—Tranquila, señora, estamos acostumbrados.

—Es por aquí, subiendo a la primera planta. Hay que meterla en

nuestra habitación.

Sonríe. Qué bien suenan esas dos palabras juntas: «nuestra habitación». Tres operarios suben con aplomo la enorme cama de roble.

—Girad, aquí a la izquierda —les indica Olivia—. Cuidado con las cajas.

La casa está llena de obstáculos.

—¿Aquí le parece bien? —propone uno de ellos desde la esquina, con la voz entrecortada por el esfuerzo. La madera de roble pesa muchísimo.

—Un poco más a la derecha si puede ser.

—¿Aquí?

—Sí, perfecto —dice Olivia.

—Pues ponemos el colchón… Cuidado, no le vayamos a dar —indica el mismo operario.

—¿Le parece que está todo bien? —le pregunta el tercer compañero.

—Sí. —Olivia observa la cama con detalle: sus terminaciones triangulares en los extremos, su apariencia antigua, como si fuese a contar una historia que quizá termine contando. Suspira satisfecha —. Sí, todo perfecto. Gracias, os acompaño.

—Este es el albarán, por si lo necesita. Qué casa tan bonita, ¿hace mucho que viven aquí?

—Acabamos de llegar. Sí, es preciosa.

«Aunque lo será aún más», piensa Olivia. Quedan muchos retoques antes de dar por finalizado su plan maestro de reforma.

—Gracias, señora, que tenga un buen día. —Se despide uno de los amables operarios antes de salir de tan bonito lugar.

—Gracias.

Olivia regresa emocionada y deja otra vez las botas sobre los

escalones que preceden a la bucólica puerta de entrada. Sube al dormitorio y deja atrás los estruendos que se suceden en la cocina. Prefiere no mirar. Está impaciente por buscar, entre las decenas de cajas que están esparcidas por todas partes, las sábanas que pondrá en la cama. ROPA DE NIEVE, lee en el canto de una de ellas. VAJILLA; esa tampoco es. «¿Esta? Esta sí». Saca unas enormes telas de delgadas líneas azules y blancas. También encuentra el edredón en otra. Mientras extiende y esponja el edredón, varias de sus plumas revolotean por la habitación al tiempo que atraen el brillo de los rayos de sol que, caprichosos, se cuelan entre las contraventanas de los balcones. La imagen es bella y sublime, como sacada de un sueño que ella misma ha soñado. Pero el afán de Olivia por tener todo listo no le permite contemplarlo.

Próximo al mediodía, Félix, el jardinero, por fin se decide a aparecer. «Menudas horas», piensa Olivia, que cada vez está más molesta con él; sin duda, el jardín no lleva el ritmo que a ella le gustaría. Como si la naturaleza pudiese dominarse, como si alguien pudiese marcar su intuitivo y acompasado ritmo.

Olivia mete la bota en un enorme charco de barro. No puede evitar enfurruñarse. «Qué ganas de que desaparezcan ya estos agujeros».

—¿Qué tal lo lleváis? —pregunta acercándose a Félix para tratar de contagiarle algo de presión.

—Bien, se está dando bien. La tierra es buena y muy fértil —responde relajado.

—También para las malas hierbas —suelta Olivia. Su calma la exaspera.

—Bueno, pronto nos pondremos con ellas. Mira estos limones, son un manjar. —Félix anima a Olivia a dejar las prisas a un lado y a

disfrutar del jardín.

Verdaderamente lo son, ante eso no hay nada que ella pueda decir. El olor a azahar lo inunda todo, es sobrecogedor.

—Hemos plantado las semillas para el césped. Ya verás como en dos o tres semanas parece otra casa —señala Félix, que se esfuerza para calmarla.

—Déjame mirar un momento —le pide Olivia abriendo la agenda.

El cuaderno es un fiel reflejo de su caótica cabeza en este momento con el anárquico contraste entre los delicados dibujos de flores y los planos con rígidas líneas de metraje. Olivia pasa las páginas hasta llegar al plano a doble cara que tiene del jardín. ¿Podría la naturaleza contenerse en un plano?

—A ver, que me sitúe, los árboles del fondo se quedan como están, tanto el álamo como los frutales…

El jardinero afirma y pasa a otro tema.

—El invernadero…

Antes de que termine la frase, Olivia se da cuenta de algo. «Ay, ¡no! La cerradura, me he olvidado», piensa.

—Olivia, ¿me escuchas? En el invernadero hemos quitado ya muchos hierbajos, ¿has visto? —Félix señala la entrada—. ¿Tenéis ya la nueva cerradura?

—No, espero que nos llegue esta semana, a ver si hay suerte —balbucea mientras disimula y apunta en su agenda «cerradura». En esa misma hoja tiene una lista de veinticinco cosas urgentes y pendientes.

—Hasta que la tengamos, creo que lo mejor es ponernos con la entrada —sugiere Félix.

—Ay, sí, por favor, con los agujeros —suplica Olivia, no puede verlos más.

—Sí, me pondré a rellenarlos.

De pronto, Olivia percibe un aroma embriagador.

—¿Qué es esto? —le pregunta mientras se acerca a una bonita planta que trepa alrededor de la ventana de la cocina. Es de color rosa pálido por fuera y esconde un sutil amarillo en su interior.

—Es una madreselva. Está bonita, ¿verdad?

—Sí, preciosa.

Su olor es el de la primavera anunciando que pronto comenzará el verano. Siente su esencia. Esa esencia que nos ancla en el momento presente, el único en el que todas las posibilidades se hacen posibles. Mientras Félix vuelve a su tarea de recuperar el encanto que el jardín de la casa de las flores nunca ha perdido, Olivia se detiene ante la madreselva. No solo su aroma ha captado su atención, sino también su presencia. Una inadvertida presencia que se pierde en el pasado que nos detiene y en el futuro que nos entretiene. Que pasa de largo en la búsqueda insaciable del próximo reto que alimentará nuestras atareadas vidas. No parece haber tiempo para el presente en el orden de nuestros ajetreados días. Sin embargo, la madreselva ha provocado que Olivia pare. Quizá sea la primera vez que lo hace. Tal vez ya se detuvo antes, en el hospital o en el vuelo que la trajo de vuelta de Francia. Pero no fue así. Hay una sutil y transformadora diferencia entre parar y no hacer nada. Parar es dejarse sorprender, permitir que haya un espacio entre los planes y los recuerdos para la sorpresa. Bendita sorpresa.

Olivia permanece ensimismada junto a la fragrante madreselva hasta que escucha unos gritos que vienen de la cocina. Sale corriendo porque se teme lo peor, no sin antes decirle a Félix, que se ofrece a acompañarla, que siga con lo suyo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta asustada al entrar en la cocina.

—Señora, ¡tenemos algo que enseñarle! —exclama Nacho, agitado, señalando la pared donde se encontraba la enorme alacena

—. Al moverla hemos encontrado esto.

En la pared izquierda de la cocina se abre una especie de recoveco, como una pequeña despensa oculta.

—¡¿Qué es esto?! —pregunta Olivia achinando los ojos y acercándose lentamente.

—Espere, que le damos una linterna.

—Sí, por favor.

Olivia se aproxima al misterioso espacio, cubierto por una gran telaraña a la entrada. Lo hace con cuidado porque sabe que uno se puede encontrar cualquier cosa en una casa antigua, aunque está muy confiada, como si nada malo pudiese pasar allí. Bajo la luz de la linterna se distingue una pequeña despensa con libros en los estantes de obra, una encimera de escayola y un buen número de tarros y botellas. Todo está desordenado y el polvo ha creado un hermoso velo que no hace más que aumentar su curiosidad. Siente que un escalofrío le recorre la espalda. Otra vez la certeza provoca que su delgado cuerpo se erice.

—¿Qué quiere que hagamos con todo esto? —le pregunta Nacho confundido.

—De momento, nada. Primero voy a ver qué hay aquí. Si queréis, os podéis ir llevando la alacena.

—Como mande.

Olivia se abre paso entre la polvareda con la linterna en la mano. Hay decenas de libros con el lomo pálido. Coge uno de ellos, retira la suciedad y lee: *Flores de Bach, territorio*… Elige otro cuyo título es *Fermentos ancestrales de*… Hay muchísimos. Siente una gran curiosidad. ¿Por qué parece que ese sitio lleva cerrado una eternidad? ¿Por qué está oculto? En la parte frontal de la «u» que forman los estantes, descubre numerosos tarros oscuros, algunos con la serigrafía borrada. Palabras imposibles de leer. También hay

varios embudos y difusores. El conjunto parece una farmacia antigua. ¿Por qué estaba ahí colocada la alacena, como si la ocultara? ¿Era casualidad o realmente habían querido esconderlo? Olivia está excitada, ansiosa por ver qué es todo eso.

—Señora, ¿aquí le parece bien? —grita Nacho rompiendo la magia.

—¡Voy! —Y se acerca para ver dónde han colocado la alacena—. Sí, ahí perfecto, gracias.

Se le ocurre una última petición antes de que la cuadrilla acabe su jornada.

—Perdonad, ¿creéis que se podría llevar algo de luz ahí dentro para poder verlo bien y adecentarlo?

—Sí, claro, si nos da un rato ponemos una bombilla provisional…

Ya sola en casa, Olivia se detiene frente a la nueva despensa misteriosa que desprende la historia de una vida por la que siente mucha curiosidad. Es un espacio vibrante y desconocido que no aparece en sus planos ni en las minuciosas medidas que tomó para la reforma… Tiene ganas de descubrir lo que esta estancia está dispuesta a susurrarle. Comienza barriendo el suelo, idéntico al de la cocina, así que intuye que ese recoveco siempre formó parte de ese lugar. Trata de atar cabos. Quien puso el suelo ideó esta guarida. ¿Sería la tía Anna? Óscar le dijo que era una mujer muy especial… O quizá fuera alguien que vivió aquí antes que ella. Se acerca a los tarros sucios y los coge uno a uno con mucho cuidado para llevarlos hasta la pila nueva. Los deja a un lado y va anotando en su desordenada agenda los nombres que a duras penas acierta a leer: saúco, agua de roca, jengibre, mosqueta… Algunos no se entienden bien, pero reconoce el olor. Lava despacio cada tarro y fantasea con la emocionante idea de llenarlos de nuevo.

Vuelve a por todos esos libros cubiertos de polvo. Parecen sabios estos libros. Los coge para ponerlos sobre la isla de la cocina y limpiarlos mientras su camiseta se llena de polvo. Piensa que solo un tesoro podría guardarse con tanto ahínco. Ya con el recoveco vacío, iluminado por una tenue bombilla de obra, Olivia observa la belleza de este espacio. Es como un nido en el que crecer y sanar. Friega las estanterías con esmero para recuperar el color original de la escayola. Debajo de las encimeras aún permanece la huella del alambre que debió de sostener las cortinas que cubrían las baldas de abajo. Horas más tarde, una Olivia agotada se sienta en el suelo frente a su nueva despensa misteriosa. La reta. Se reta. Tiene la intención de cambiarla, de reformar alguna de sus partes para hacerla suya, pero se rinde a la extraña sabiduría que desprende ese enigmático rincón. Se da cuenta de que no quiere hacerlo suyo; prefiere abrirse a sus susurros, a tan inquietante y extraña aventura.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Cuando llega a casa, a Alexandre le llama la atención el silencio que lo recibe.

—Vas a alucinar. —Se escucha desde la cocina.

—¿Cómo? ¿De dónde ha salido esto? —Se sorprende al entrar en la cocina.

—No tengo ni idea. Le pedí a Nacho que llevara la alacena al salón para poner ahí los libros, entre ellos los de poesía. De repente, me llaman y me dicen que vaya corriendo porque han encontrado algo…

Alexandre está boquiabierto.

—Es como una despensa, ¿no? —Entra en el pequeño recoveco.

—Sí, eso parece.

—Pero ¿por qué estaba tapada?

—Pues no lo sé. Estaba llena de telarañas, con todos estos libros y

un montón de tarros con cosas escritas.

—¿Quién querría esconder algo así?

—No sabría decirte.

—¿Y qué has pensado hacer con todo esto?

—Al principio pensé que podríamos abrir ese espacio e incorporarlo a la cocina.

Alexandre la mira, no parece gustarle esa idea. Olivia vuelve a meterse en la despensa.

—Pero después de limpiarla, me parece encantadora. Me gustaría conservarla y darle vida de nuevo.

—Me gusta más esa opción. Creo que es perfecta.

El cuerpo de Olivia se balancea inestable hacia atrás, se está mareando.

—¿Estás bien?

—Un poco mareada.

—¿Has comido? —le pregunta Alexandre.

—Creo que no.

Está realmente agotada.

—Pero ¿cómo haces eso? —Él la abraza fuerte—. He traído comida.

—Te acabo de llenar de polvo y de telarañas. —Olivia trata de limpiarle la camisa y le desabrocha los botones, rozando su torso.

—Me parece que no estamos en igualdad de condiciones, *ma chérie* —dice Alexandre bajando la mirada.

—¿No?

—No. —Levanta poco a poco la camiseta de Olivia y le acaricia la espalda.

—No voy a cenar sin camiseta. —Olivia disfruta de esas caricias—. ¿Me dejas tu camisa? Estoy llena de polvo.

—Sí, claro.

Olivia se sienta en la preciosa isla mientras Alexandre saca un par de platos de las cajas que hay amontonadas en el suelo y sirve la cena. Están exhaustos. Han sido tres meses de locos. Pero esa noche por la ventana entra aire con aroma a azahar y madreselva, y la luz rojiza del atardecer se cuela sutilmente, ayudando a esa preciosa pareja a no perderse el presente. El volátil y único instante donde la palabra «magia» se vuelve posible.

—Aún no has visto la cama —insinúa Olivia y se toma el último bocado.

—Ahora la vemos juntos —responde Alexandre, que la mira intensamente y le acaricia las piernas que asoman bajo la camisa.

9
Fuerzas opuestas



Manzano silvestre

Una vida diferente se asoma para Olivia con la ligereza de los rayos de sol que se cuelan por uno de los balcones y la despiertan. Se despereza con una sonrisa y pone los pies sobre el suelo, se arropa con el edredón y se dirige al balcón más cercano a la cama. Observa desde arriba cómo todo cambia ahí fuera. Como si la naturaleza cambiante le diese permiso para cambiar a ella. Cobijándola sin juicios, en su expresión más sincera.

Qué agradable resulta el mero hecho de estar y de ser. Olivia está aprendiendo a ser ella misma en esa casa. Durante las últimas semanas, sus manos, como aprendices, combinan los ingredientes con destreza. Su cuerpo se estira y olvida la rigidez. El aire entra cada vez con mayor sosiego en sus pulmones. Está haciendo cosas que, ante ojos ajenos, serían propias de una completa desconocida. Sus ojos, sin embargo, se deleitan con cada ápice de la esencia que está recuperando.

La reforma, por el contrario, avanza más despacio de lo planeado. El cuarto de al lado sigue siendo esa especie de despacho y desván en el que ella y Alexandre comparten mesa y desorden. Cada vez hay más cajas a medio abrir, muestrarios de materiales, papeles pintados, libros, vajillas y ropa por el suelo. El baño contiguo a la habitación está aún inhabilitado. Aunque resulte extraño, eso es un regalo para Olivia, que ha dejado de correr por las mañanas para *arreglar* su cara o insultar su cuerpo. En el diminuto espejo del aseo de abajo ni los insultos parecen caber.

El jardín, sin embargo, florece a un ritmo vertiginoso, como

también lo hace la misteriosa despensa que encontró Olivia en la cocina. Allí es donde más le gusta estar. Todos los libros que albergaba en su interior le resultan curiosos. Cada mañana inicia un ritual y se pregunta qué libro leerá. Siente que en ellos habita toda mujer, toda sabiduría. Son de otro tiempo, como de otra vida, pero al leerlos va encajando partes que siempre parecen haber habitado en ella. Coge un libro, lo abre al azar y comienza a leer. Últimamente tiene la sensación de que la sorpresa regresa a su vida a la misma velocidad que la magia se aviva en ese rincón.

Esencias florales
(Manuscrito del doctor Bach, 1875)

> Crab apple, manzano silvestre, *malus pumila*. Se trata del limpiador del sistema floral; actúa limpiando en todos los planos —físico, emocional y espiritual—, a menudo simultáneamente. Pero, de alguna manera, la prioridad de su acción surge de la interacción particular entre la esencia y quien la ingiere.

Sigue leyendo mientras se acerca a la isla de la cocina. Se acomoda allí. Con su bata ligera a medio abrir y las piernas cruzadas, se deleita con su lectura. El sol se cuela por la ventana y le acaricia la espalda.

> Las esencias florales tienen a veces una acción más inteligente de la que nuestra mente prevé.

Olivia subraya esa frase. El párrafo siguiente ya está subrayado. A Olivia le late el corazón con fuerza. Siente estar viviendo el encuentro de dos almas, de distintos tiempos, que sostienen el mismo libro. No es la primera vez que le pasa. Días antes le ocurrió lo mismo con otro libro. Olivia ha sentido en varias ocasiones esa presencia lejana y cercana a la vez. Unas manos ajenas que

amparan las suyas, que la cuidan. «Será esta casa —se dice—, será esta casa», repite. Continúa leyendo:

> La sensación es la de querer desprenderse de algo que a uno no le corresponde como propio.

De nuevo, otra oración se ha subrayado:

> En resumen, crab apple sirve para cuando queremos quitarnos de encima lo que sea.

Entonces, al pasar la página, cae sobre su rodilla un trozo de papel cuadriculado, desgastado, escrito a mano. Eso sí que es la primera vez que le pasa. Se estremece.

> Usar crab apple para la limpieza energética de ambientes: en un vaporizador ámbar añadir 8 gotas de esencia de holly, 8 de aspen, 8 de wallnut y 8 de crab apple y rellenar con agua. Utilizar esta fórmula también con una misma cuando se está bloqueada o se necesite dejar ir.

Olivia se queda pensativa, no está muy segura de si la palabra «wallnut» la está leyendo bien. Pero se le ocurren varias cosas que le gustaría dejar ir. No quiere seguir cargándolas en su dolorida espalda. De pronto, la lectura le incita a hacer una llamada.

—Félix, hola, soy Olivia. Perdona que te moleste.

—¿Qué tal, Olivia? ¿Cómo va el césped?

—Bien, bien, eso genial.

—Ya te dije que con esa tierra tan fértil no tendríais ningún problema.

—Te llamaba para otra cosa.

Parece que ahora el ritmo de Félix ya no le irrita de la misma forma.

—Cuéntame.

—A lo mejor me puedes ayudar. Quiero ir a una tienda donde

tengan flores de Bach o esencias de flores, en la que haya también especias y plantas para rellenar unos tarros que he visto en la cocina… Pensaba probar en el centro comercial, pero igual tú sabes alguna tienda mejor que esté cerca…

—¡Sí, claro! La tienda de Adela, ella seguro que te ayuda. Coges el camino de tierra, el que pasa por delante de tu casa, y en el cruce sigues recto. Una vez llegues a la rotonda que tiene la fuente, aparcas. La tienda está en la primera calle a la izquierda. Tiene una entrada muy pequeña, pero que no te engañe, ¡no sabes todo lo que tiene allí esa mujer! Dale recuerdos de mi parte.

—Ah, genial, mucho mejor entonces. Gracias, Félix.

—Nada, llámame para lo que necesites.

Olivia anota el nombre de las esencias, aún inexperta en la nomenclatura. Además, tiene una lista de plantas que quiere encontrar para llenar de nuevo los tarros. Sube las escaleras quitándose la bata por el camino, se enfunda unos desgastados vaqueros cortos, una camiseta de Alexandre, y sale pitando hacia esa tienda de la que le ha hablado Félix, no sin antes ponerse sus botas de agua, llenas de barro.

«Es aquí», piensa Olivia mientras deja el coche en la rotonda de la fuente.

—Hola, buenos días. —Entra en el establecimiento a través de una cortina tintineante que se deja llevar por la brisa.

Olivia observa apurada que acaba de manchar el suelo de barro. La tendera la ha visto.

—Pasa, pasa, tranquila, aquí estamos acostumbrados a la tierra —le dice amablemente.

—Discúlpame, no me he dado ni cuenta. Cuánto lo siento.

—No te preocupes. ¿Qué necesitas?

—Venía para ver si me podrías ayudar. Me ha recomendado Félix, el jardinero, que viniera aquí.

—¡Hombre, Félix! Qué encanto. Claro que sí, cuéntame. —Sale del mostrador.

—Estoy buscando varias cosas. —Olivia abre su desordenada agenda. Cada vez hay menos planos y más flores en ella—. A ver, aquí. Estaba buscando esencias de flores de Bach.

—Sí, sí, dime, a ver si tenemos suerte.

—Son acebo, álamo temblón, nogal y manzano… Perdona, he escrito tan deprisa que no entiendo lo que pongo.

—¿Silvestre? —insinúa Adela, la tendera.

—Sí, puede ser.

—Sí, no hay otra, así que tiene que ser.

Olivia sonríe.

—Creo que sí las tengo todas. Déjame comprobarlo.

—Genial.

Olivia la sigue por la tienda. Adela es una mujer de espíritu joven, afable y de atuendo encantador. No puede dejar de mirar su bucólico delantal crema anudado en la cintura.

—Te las voy dejando por aquí. ¿Quieres algo más?

—Sí. —Le dicta uno a uno los nombres a medio serigrafiar que aún se podían leer en aquellos misteriosos tarros.

Empieza con el jengibre.

—¿Lo quieres en rama o en polvo? —le pregunta Adela caminando por la tienda.

—Perdona mi ignorancia, pero ¿qué diferencia hay?

—¿Vas a utilizarlo pronto?

—Supongo que sí, pero no mucha cantidad.

—Entonces llévatelo en polvo. —Le enseña un tarro abierto para que lo vea.

—Vale, sí, mejor en polvo.

—¿Qué más?

—Necesito cúrcuma.

—¿Te la doy en polvo también?

—Sí. ¿Tienes saúco y rosa mosqueta?

—Un momento, a ver si tengo.

Adela se dirige a la trastienda, que deja entrever un bonito patio con macetas y bártulos de jardinería. Mientras, Olivia se entretiene curioseando las estanterías, llenas de botes y tarros ordenados por colores y tamaños. Adela entra de nuevo, contenta.

—Has tenido suerte, te lo voy dejando también aquí. —Señala el mostrador.

—Vale, gracias. ¿Tienes también plantas frescas?

—¿De qué tipo?

—Menta, romero…

—¿Aromáticas? Sí, claro. ¿Quieres alguna?

Félix no se ha equivocado: la tienda de Adela es justo lo que buscaba. Qué gusto toparse con alguien tan agradable.

—De momento no me voy a llevar más y así vengo otro día.

Está segura de que la visitará a menudo, y no se equivoca.

—Estupendo. ¿Te lo meto en esta caja y así lo llevas mejor?

—¡Ay, sí! —Olivia está entusiasmada—. Te lo agradezco.

El detalle de que en la tienda de Adela no existan bolsas de plástico le resulta de lo más encantador. Definitivamente, está en otro mundo en el que le gusta estar.

—Gracias por todo. —A Olivia le da pena marcharse.

—Un placer, me llamo Adela. Si necesitas algo, aquí estoy.

—Ay, genial, yo me llamo Olivia.

—Encantada, Olivia. Que disfrutes del día.

Recoge la caja y su imprescindible agenda. Sale de la tienda a

través de la cortina tintineante y se monta en el coche. Conduce satisfecha mientras escucha «Constellations», de Duster, que suena en sintonía con el murmullo que desprende el camino de tierra.

Al llegar a la casa de las flores, deja las botas sucias tiradas en el suelo, pone los pies descalzos sobre el frío azulejo y rápidamente se dirige a la cocina. Coge un tarro oscuro y sigue con esmero las instrucciones del valioso papel cuadriculado. Va echando ocho gotas de acebo, de álamo temblón, de nogal, de manzano silvestre, y llena el recipiente con agua hasta arriba. Una vez preparada, Olivia sostiene la mezcla en sus manos y la agita. La sujeta con fuerza; no es solo una mezcla. Para ella es un salvavidas que aún puede ayudarla y deshacer esos nudos que ella no es capaz de aflojar. Hay esperanza, susurros de verdad y cambio en esa fórmula que el destino ha puesto en sus manos.

Olivia empieza a rociar toda la casa. Comienza por la cocina. Dispersa la mezcla por la pila, la isla y sobre su amado recoveco. Camina hacia la entrada, hasta la mesa redonda que ha colocado en el centro con un bonito jarrón lleno de flores. Entra al salón; es el turno de la chimenea de azulejos blancos adornados con pequeñas figuras azules, el sofá y la gran mesa de madera que preside la estancia. También se acerca a las cortinas, que no dejan de moverse acunadas por el viento. Olivia sube las escaleras y rocía el resto de las habitaciones, incluido su dormitorio. Y abre las ventanas para invitar a que todo se pueda ir.

Al terminar, la frase del papel cuadriculado le llega como en un susurro para tenderle la mano: «Utilizar esta fórmula también con una misma cuando se está bloqueada o se necesite dejar ir». Sin dudar, Olivia rocía sobre ella misma la mezcla, dejando que la misteriosa combinación se lleve todo lo que ya no le corresponde: los dolores, la prisa, la inercia, los juicios y los miedos. Se sienta

sobre la cama, confiada y dispuesta a dejar ir todos sus fantasmas. Se siente capaz de hacerlo en esa casa. Y lo hará, vaya si lo hará. Esa misma tarde, la visita de su querida amiga Pía le dará un buen empujón para hacerlo.

—¡Pía! —Olivia está muy feliz, esperando al otro lado de la verja.

Por el recibimiento, parece que ella y Pía lleven sin verse una eternidad. En realidad, no se han visto desde que comenzó la reforma, ¡una eternidad para Olivia! Pero eso no importa para ellas. Un solo instante juntas hace que sientan que nunca se han separado. Pía conoce a Olivia casi mejor que ella misma.

Su amiga ha aparcado el coche en el camino de tierra.

—Ten cuidadito al salir. —Escucha decir a su amiga cuando abre la puerta de atrás.

—¡Tía Olivia! —grita una vocecita.

Es Julieta, la hija de Pía.

—Pasad, chicas. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, ¿verdad? —dice Pía dando un enorme abrazo a Olivia.

—Ven aquí que te dé un beso fuerte fuerte. —Olivia abraza a la pequeña—. ¿Queréis algo? —Las guía hasta la cocina.

Pía no deja de mirar asombrada en todas las direcciones al ver, por fin en persona, la belleza de la casa.

—Agua —pide Julieta, cantarina.

—Aquí tiene, señorita. Pía, ¿tú quieres algo? Tengo albaricoques, fresas, o si quieres te preparo una infusión.

—Ay, sí, me apetece una infusión. Sorpréndeme.

Pía observa ensimismada los movimientos de Olivia, que parece estar danzando en la cocina. Va hacia la despensa, coge varios tarros y después prende el fuego para calentar agua en un cazo encantador. Va añadiendo distintas plantas y pronto un olor increíble

inunda la estancia. Olivia está bailando y creando como si lo hubiese hecho toda la vida.

—Aquí tienes —dice tan normal, ajena a la sorpresa de Pía, como si combinar todas esas plantas y danzar fuese lo más normal del mundo. Ahora sí que lo es para ella—. Es una infusión relajante con lavanda y romero del invernadero.

Pía sabe que no va a olvidar esa imagen, la de una mujer que sabe cuidarse y sanarse.

—¡Qué tal todo, Pía! Cuéntame. —Olivia acerca las tazas a la isla, que parece ser, de momento, el lugar favorito de su amiga.

—¿Mamá, puedo salir al jardín? —Se escucha de nuevo la vocecita.

—Sí, mi amor, pero ten cuidado.

—¿Prometido? —dice Olivia.

—Prometido —contesta la pequeña y sale corriendo, atraída por el jardín.

No es de extrañar que a toda niña le atraiga un jardín.

—Está preciosa, Pía. —Olivia contempla a Julieta.

Su amiga sonríe.

—Cuéntame tú, ¿qué tal va todo? —quiere saber Pía ante esa Olivia que ve tan radiante.

—Bien…

Pía sabe que está bien, lo nota en todo su ser.

—A ver, la reforma va despacio…

—La casa es espectacular, Olivia, con reforma o sin ella.

—Sí, eso es verdad. ¿Y tú qué?

—Pues cada vez mejor, con lo mal que lo pasé cuando no conseguí el puesto, ¿te acuerdas?

—Lo sé. —Olivia la mira con ternura.

Pía estuvo fatal cuando, después de años de dedicación, no

consiguió la plaza para dar clase en la universidad. Lo mismo podría haberle ocurrido a ella si no hubiese tenido aquella caída.

—Ahora somos tres psicólogas en la consulta.

—Me quedé en dos. ¿Tres? Oh, Pía, qué gran noticia.

—Sí, somos ya tres. Vamos creciendo poco a poco y te diré que le estoy cogiendo gustillo.

—Mírala, quién te lo iba a decir. Te lo mereces.

Olivia sonríe.

—Al final nos hemos acabado yendo todos de la universidad, ¿eh? —comenta Pía.

—Sí, allí seguirá Santiago. Solo y detrás de su ordenador con las gafas a medio poner, preguntándose aún si el tamaño de los escalones afecta o no a la psique de las personas de un edificio…

Las dos se ríen imaginándose al compañero de despacho que se les coló el último año. Pobre, seguro que estaba harto de escuchar a Olivia y a Pía cuchichear todo el día.

—Mmm, qué rica está la infusión —dice Pía tomando un sorbo.

—Riquísima —afirma Olivia—. ¿Qué tal con Julieta?

—Bien, está tan mayor…

—¿Te ves teniendo más hijos?

—Me gustaría darle un hermanito o una hermanita, no sabes cómo le gustan los bebés.

—Ay, qué rica.

—Ahora que la consulta marcha mejor, creo que es un buen momento para intentarlo. ¿Y tú? ¿Te lo estás planteando?

—No lo sé. Lo veía como algo bastante lejano, pero ahora que mis reglas han vuelto a ser normales… Bueno, que no te lo he contado: han vuelto, ¿puedes creerlo?

Después de tres años, las menstruaciones de Olivia se han sincronizado de nuevo.

—Sí, claro que me lo creo. Anda que no hemos hablado veces que si la calma, el sol y…

—Sí, y comer bien. Lo sé —la interrumpe Olivia. Pía y Lea han sido muy insistentes con eso y no han dejado de cuidar de ella—. Pues no sé si será que ahora como bien, pero al mes de llegar aquí volvió y ya no se ha vuelto a ir.

—Ni se irá —le asegura Pía—, a no ser que… —insinúa riendo— te quedes embarazada. ¿Salimos al jardín? —propone para cambiar de tema.

Pía siente, como toda niña interior, atracción por el jardín.

—Sí, claro.

Y las dos amigas salen a través de uno de los balcones abiertos del salón.

—¿No te dan ganas de pintar aquí? —le dice Pía observando la belleza del exterior de la casa.

Acaba de sacar un buen tema de conversación adrede, conoce bien a Olivia.

—Sí, bueno, la verdad es que sí, pero no me da tiempo.

Sí tiene tiempo. Sí tiene ganas. Sí tiene lápices. Sí tiene ideas, muchas ideas. Y siente el impulso, un gran impulso, y a menudo fantasea con hacerlo, pero no lo hace. ¿Por qué no lo hace?

—¿Cómo que no te da tiempo? —insinúa Pía.

Oh, oh. Olivia acaba de entrar en una consulta de psicología sin enterarse.

—¿Qué hago perdiendo el tiempo en pintar en vez de buscar trabajo como arquitecta?

—Olivia, ¿esas palabras son tuyas o de tu madre? —Pía se lleva las manos a la cabeza.

—Pero qué pasa contigo. Me conoces demasiado bien. Vale, sí, quizá sean de mi madre…

—¡Son de tu madre!

Como la mayoría de los miedos de Olivia y de las limitaciones sobre cómo ha de ser su vida: ordenada, repleta de esfuerzo y rigidez, con un trabajo estable y una familia, y siempre en el orden correcto. En el apretado y limitante orden… «correcto». Interesantes cosas para dejar ir…

—¿Tú piensas eso en realidad?

Olivia se queda callada.

—Si una persona que ha estudiado arquitectura te contase que anhela dibujar, ¿tú qué le dirías? —la interroga Pía.

Mientras ambas miran cómo Julieta observa un hormiguero, Olivia sabe lo que le diría a esa persona. Le diría que, si tiene el impulso de pintar, pinte. Los impulsos siempre tienen una milagrosa razón de ser que solo en retrospectiva puede entenderse.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si te permites hacerlo?

—Nada. Que no pase nada.

¿Por qué que no pase nada le parece tan doloroso?

—Recuerdas las palizas que nos pegamos en la universidad, analizando datos con unos dolores de espalda que nos moríamos de madrugada. ¿Cuántos años hicimos eso? —le pregunta Pía.

—Cuatro años.

—¿Y para qué nos sirvió?

—Para nada —responde Olivia.

La conversación con Pía en el jardín lleva a Olivia a ese punto tan familiar donde nada sucede, donde las fuerzas se anulan. Los anhelos ajenos tiran en una dirección con fuerza, y, en el sentido contrario, nuestra propia naturaleza. Esa naturaleza que el instante sagrado nos susurra desde la niñez y contra la que muchos luchamos toda una vida. Y cada vez más y más fuerza tirando en direcciones opuestas. Mientras, en el centro, cada vez hay más

parálisis, más vacío, más nada. Cada vez hay menos flores, menos vida. En ese espacio donde dos fuerzas luchan a contracorriente sobre nuestros cuerpos paralizados, doloridos y sin aliento. Donde nuestras almas, poco a poco, van dejando de chillar al no ser oídas, o acaso nos devuelven un grito. Un grito desgarrador que Olivia por fin escucha. Una lágrima se desliza desde su ligeramente achinado ojo izquierdo. La conversación con Pía le ha recordado esa agotadora fuerza que tira de ella en dirección opuesta y que Olivia quiere dejar ir.

—Gracias, Pía. —Olivia la abraza con una nueva sensación de redención y ligereza.

Las dos amigas devuelven su mirada a Julieta, esa niña que aún permanece con sus sueños intactos mientras observa las hormigas.

10
La luna revelada



Brote de castaño

A primera hora de la mañana, Olivia prepara una de sus mezclas favoritas: dos cucharadas de té matcha, bebida de almendra, almendra rallada y moringa. Es la receta de otro de los libros de la misteriosa despensa, *Ancestral Healing Recipes for Hearth*, un libro con una fecha escrita a mano: 7 de agosto de 1951. De pronto, se le cae un poco de té sobre la ligera bata y comprueba que ¡el té matcha mancha mucho! Olivia disfruta de la mezcla mientras revisa en su agenda los últimos detalles para poder dejar, por fin, listo el baño de la habitación.

Mañana Nacho y su equipo volverán para instalar la bañera y el resto de los accesorios que Olivia ha planeado. Será algo así como el antiguo baño de un castillo, pero muy luminoso con sus dos balcones. Qué diferente al oscuro aseo de la casa de su abuela. Todo apunta a que, gracias a este, Olivia recuperará la visión.

—Espero que no se escuche arriba —murmura y bate la mezcla.

Alexandre está trabajando en casa. Ha conseguido trabajar allí varios días a la semana. Y a Olivia le encanta tenerlo cerca. La cocina huele a tierra mojada y a madreselva; su olor es más vivo por las mañanas. Escucha los pájaros. Félix les dijo que podía tomar medidas para que no se les llenara todo de nidos y las aves terminaran comiéndose las semillas. Pero han preferido no interferir en el devenir de la naturaleza y en su hermoso jardín. Una buena elección; el sonido de los pájaros les calma el corazón.

—Mmm, qué rico.

Olivia disfruta de la bebida con los labios llenos de espuma y la

bata manchada de verde. Cuando termina, sube al piso de arriba.

—Alexandre —susurra delante de la puerta del improvisado despacho—. Tengo que salir.

Alexandre hace un gesto de OK con la mano. Está en mitad de una llamada y con los cascos puestos. Lleva una elegante camisa y un holgado pantalón de pijama que, por fortuna, no se ve desde la pantalla. A Olivia le parece que está muy guapo.

Quiere volver a la tienda de Adela para probar nuevas mezclas. En estas semanas se ha convertido en una clienta habitual.

En el mismo libro donde encontró su infusión favorita hay una fórmula para la piel que le ha llamado la atención, pero le faltan los ingredientes. Se viste sin ni siquiera mirarse al espejo. Sale al camino de tierra y se sube al coche, ilusionada. Se dirige a por una nueva mezcla que cuide su cuerpo, lo que no sabe es que volverá con algo aún más importante para cuidar su alma.

—Buenos días. —Se escucha en el interior de la tienda de Adela junto al tintineante sonido de la cortina.

—Qué tal, preciosa, buenos días.

—Hola, Adela. ¿Tienes vid roja seca y…? Ay, dame un momento, que lo tengo por aquí anotado…, ¿y rosa mosqueta?

—Sí, creo que sí. ¿Qué tal están creciendo las aromáticas que te llevaste? —se interesa Adela.

—Las aromáticas, fenomenal; el invernadero está precioso.

—¿Ves? Te lo dije.

—Las hortalizas están creciendo peor y no sé por qué.

Adela de pronto le pregunta algo que la pilla por sorpresa:

—¿Estás mirando a la luna?

—¿Cómo que a la luna?

—Sí, mira a la luna.

—¿Para qué? —No entiende nada.

—Sabes que la tierra y el cielo están unidos, ¿verdad?

—¿Cómo? —Olivia, atónita, no sabe a qué se refiere.

Para ella la tierra es la tierra y el cielo es el cielo. Y parecen estar separados por una inmensidad de kilómetros de distancia…

—El cielo dicta el momento idóneo para sembrar, plantar y recolectar. Todo funciona mejor si observas la luna —sigue Adela.

Al escuchar las palabras de Adela, Olivia ha recordado un pódcast que le recomendó Pía sobre cómo los ciclos de la mujer se unen a los de la luna. Siempre le ha llamado la atención la luna, aunque haya estado tan poco atenta a ella… Y siempre ha pensado que la mujer y la luna se encuentran muy lejos una de la otra.

—La luna afecta directamente al ritmo de crecimiento de las plantas. Mira. —Adela señala al interior de la tienda y abre la cortina —. Ese limonero que tengo ahí es lunar…

—¿Cómo?

—Solo da limones en sintonía con la luna.

Olivia está asombrada…

—Mi abuela sabía mucho de esto. Ella nos decía que la luna afectaba a la fermentación y al ritmo de todas las plantas —continúa Adela, apasionada—. En luna menguante, cuando se oculta, la energía de la planta va hacia las partes enterradas, las raíces, para que crezcan. En luna creciente, cuando se muestra, se concentra en las partes visibles, las hojas y las flores…

—Me estás dejando alucinada —dice Olivia.

—Tú mira a la luna —insiste Adela.

Olivia se da cuenta de que siempre ha querido ver la luna, y, ahora que la tiene tan visible, aún no se ha detenido a mirarla.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Adela.

—No, está bien por hoy. Mil gracias.

—Espera, que te lo pongo en esta cajita.

—Gracias, Adela. Hasta otro día.

—*Ciao!*

Olivia conduce de vuelta con una única cosa en la cabeza: ¿habrá en la despensa algún libro sobre la luna?

En la segunda balda, más o menos en el centro, la espera un libro llamado *Lunario*. En la parte trasera de la portada permanece escrito a boli: «Toda mujer ha de mirar a la luna», y, al lado, una fecha: 30 de junio de 1949. Un escalofrío invade la delgada espalda de Olivia. Uno de esos escalofríos de certeza, mensajeros del momento sagrado. No son escalofríos al uso. Los identifica. Comienzan en la espalda, por debajo del cuello, y se extienden a los brazos, la coronilla y el resto del cuerpo. Se siente la certeza… hasta que su madre interrumpe el momento. Una de sus llamadas de teléfono.

—¿Sí?

—Hola, cariño.

—¿Qué tal, mamá? ¿Qué tal todo por ahí?

—Bien. Aqu…

Olivia la para en busca de un ápice de complicidad entre ellas.

—Oye, mamá, ¿tú alguna vez miras a la luna?

—¿Cómo? —responde Olga sin entender esa pregunta.

—Sí, que si miras a la luna.

—No, ¿por? Estás muy rara últimamente.

Olivia sonríe, está mejor que nunca.

—Nada, es que me ha dicho Adela que para saber qué hacer con las plantas mire a la luna.

—Qué cosas más extrañas. ¿Qué tal va la reforma?

Intento de complicidad… fallido.

—Va —contesta Olivia.

Para ella, la reforma de la casa ha pasado a un segundo plano. Está demasiado ocupada reformando su vida.

—A ver cuándo tienes lista la habitación de invitados y me dejas ir allí contigo unos días y te ayudo con todo el lío que tienes. —Olga siente curiosidad por ir a la casa de las flores, ese lugar donde creció su madre y donde ahora *crece* su hija. Son muchos los sentimientos agolpados en el corazón de Olga, que, por supuesto, se guarda solo para ella.

—Tranquila, mamá. Me pondré pronto con ello para que podáis venir —dice condescendiente. Olivia no está lista para dejar entrar los comentarios y la mirada de su madre en casa. No quiere que nadie rompa la magia—. ¿Te gustó la foto que te mandé de la lámpara del salón?

—Me recuerda a una que había en casa de mis abuelos. Ahora se recupera todo lo antiguo.

—Bueno, a mí me gusta.

«Para qué diré nada».

—Oye, ¿y qué tal va la búsqueda de trabajo?

«Ya está otra vez con lo mismo, qué agobio».

—Ahí va, mamá. Aún me quedan meses de excedencia, tengo tiempo para pensármelo.

—Ya, ya lo sé, hija, pero el tiempo pasa muy rápido y luego te estresas, que te conozco.

Quizá ya no la conozca tanto.

—Bueno, mamá, te dejo, que tengo *lío*.

—Vale, cariño, luego hablamos.

—Un beso, mamá.

Olivia inspira el aire que la conversación con su madre se ha llevado, coge el libro, se pone las botas y sale al jardín. Se dirige hacia el invernadero para descubrir qué relación hay entre su trocito

de tierra y la luna. Madre mía, qué bien huele dentro. A romero. Qué relajante es el olor a romero. Y a menta, que está creciendo espectacular.

Hay dos enormes tableros, uno a cada lado, repletos de aromáticas y esquejes a los que, siguiendo las instrucciones de Félix y Adela, Olivia está intentando dar vida: hortensias, laurel, *philadelphus coronarius*… Hace un par de semanas tomó el fruto del castaño de Indias que había caído del árbol de rosadas flores del jardín y puso sus semillas en una maceta. Parece que han empezado a germinar y algún día se convertirán en un nuevo árbol. El castaño de Indias, con esas pequeñas flores blancas con manchas amarillas y púrpuras, que comienza a nacer, nos ayuda a aprender aquello que la vida nos quiere decir, a ver los símbolos y sincronismos de su particular lenguaje y susurro. Su esencia evita que cometamos los mismos errores y nos dejemos llevar por las mismas distracciones una y otra vez, dejando abiertas nuevas y sorprendentes posibilidades.

El aire corre al abrir la puerta del invernadero. Los cristales siguen sucios, como los encontraron, y le da encanto. A la izquierda, Olivia y Alexandre han puesto una mesa de metal con dos banquetas y una estantería donde han colocado los enseres de jardinería que están aprendiendo a utilizar. Sobre la mesa, hay unos folios y también lápices, los ha ido dejando ahí tras la visita de Pía. Se ve pintando en el invernadero, a pesar de que aún no haya tenido el coraje de intentarlo.

Después de recorrerlo, Olivia se sienta en una de las banquetas y prosigue con la lectura. Cree, ilusa, que leerá sobre cuándo es el mejor momento para sembrar tomates.

Se detiene en una frase subrayada: «En noches de luna llena, esta se muestra en su luz completa, iluminando todo lo que normalmente

está en la oscuridad». Después descubre otro fragmento, también marcado: «Nos ayuda a traer revelaciones a la luz, cosas que han de estar en nuestro camino y no hemos podido ver. La luna llena es el fuego y el calor. El despertar de la llama interna que nos ayuda a actuar». Qué escalofrío. Hay fuego en esas palabras. No parece que se hable mucho de horticultura. Sigue, aún más curiosa, la lectura, sobre todo las partes subrayadas. «La luna menguante se relaciona con el elemento aire». Olivia rodea la palabra «aire». Los lápices que dejó allí parece que están sirviendo para algo. «En fase de luna menguante —Olivia dibuja una luna menguando (bien, ha hecho su primer dibujo)—, devolvemos al cielo aquello que ya no nos sirve». «Qué interesante —piensa Olivia—. La próxima vez que prepare un difusor, lo haré en luna menguante». Une hilos y aprendizajes. Recupera la sabiduría día tras día. Hay varias imágenes de la luna y los eclipses entre las páginas, Olivia avanza unas cuantas más. Quiere saber los secretos que ocultan el resto de las fases.

«Durante la luna nueva, todo permanece en oscuridad». Lo que le dijo Adela, que en luna nueva crecía lo que no se veía, las raíces. Más adelante lee: «Es el campo fértil, el momento de la siembra, de sembrar la semilla de nuestros sueños y entregarlos a la madre tierra para que los nutra, de los potenciales infinitos». Esa última frase le parece profunda, le revela algo, aunque no sabe qué. Decide subrayar «de los potenciales infinitos». En el libro figuran calendarios de la luna del año que aparecía al lado de la cita, 1949. Todo parece tan lejano y a la vez tan cercano en esa casa… ¿Cómo estaba la luna un día como hoy en ese año? Mira curiosa en el calendario. Luna creciente.

Trata de averiguar qué significa esa luna. «Luna creciente, la transición. El momento de maternar la semilla que germinará y saldrá a la luz, para que esté nutrida y fuerte y nadie pueda pisarla».

Qué fácil es pisar nuestros sueños cuando no los maternamos. ¡Qué libro tan interesante! Al cerrarlo, en la parte trasera hay una última frase escrita a mano: «Nadie en su sano juicio creería que es una banal casualidad que los ciclos de la mujer tengan la misma duración y expresión que los ciclos de la luna».

Cómo le gustaría saber a quién pertenece esa letra, quién ha reflexionado sobre eso tan obvio y al mismo tiempo tan desapercibido. Olivia cierra el libro, atesorándolo. Desea que llegue la noche para mirar cómo está la luna. Para saber si está creciente y tiene que cuidar las hojas o menguante para abonar las raíces. Parece como si la luna y la tierra, por momentos, ya no estuviesen tan lejos.

Por fin el día termina. Es el momento para la última tarea de Olivia. La más esperada.

—Dame un segundo, voy a ver la luna.

Olivia sale al jardín mientras Alexandre sube las escaleras camino a la cama. Mira el cielo. Las estrellas brillan en la oscuridad. Hay luna nueva. Está solo a un ciclo de descubrir el verdadero fuego de la luna…

11
Toda mujer ha de mirar a la luna



Agua de roca

¡Qué gran día! Por fin una preciosa bañera ocupa el aseo de la habitación principal.

—Ha quedado bien, ¿verdad? —pregunta Olivia, en busca de aprobación.

—Ha quedado increíble.

Olivia y Alexandre están observando el baño nuevo. Frente a la puerta de entrada está el lavabo blanco, no muy grande, en una única pieza. Encima hay un pequeño espejo ovalado con ribete de bronce y dos luces sencillas de tulipa blanca a ambos lados. Todo parece nuevo y, a la vez, como si llevase ahí toda una vida. Quizá sea por la pared de la que han decidido conservar la rugosidad, el color e incluso sus adorables defectos. Tal vez sea porque en esa estancia asoma una historia que todavía no se ha contado. En la pared derecha hay dos balcones desde los que se ve, se escucha y se huele el jardín. Y aún más a la derecha, la bañera, blanca por dentro y negra por fuera, con sus grifos de color bronce y una barra ovalada de la que colgarán unas cortinas.

—Nunca quise bañera, pero es lo más bonito —confiesa Olivia.

—Bueno…, a ver, lo más bonito de la casa eres tú —declara Alexandre con esa mirada en la que ella podría perderse el resto del día.

—Espera, que aún no has visto esto —se apresura a decir Olivia, vivaz—. Mira. —Enseña a Alexandre una foto de lo quiere hacer con el espacio que queda entre los dos balcones.

—¿El que trajimos de Francia?

—Sí.

Olivia se refiere a un enorme espejo con marco de bronce. Lo rescataron casi de la basura, cuando la madre de Alexandre decidió que ya no lo quería.

—¿Dónde lo tenemos? —La idea le agrada.

—Juraría que durante la mudanza nos lo dejaron al fondo, en el despacho, detrás del armario marrón.

Alexandre sale del baño y va a buscarlo.

—¡Sí, aquí está! —grita contento desde el otro lado del pasillo.

—Venga, ¡vamos a llevarlo!

Lo llevan entre los dos y lo colocan en el lugar exacto de los deseos de Olivia.

—Queda brutal —dice Alexandre.

Es bellísima la imagen que queda reflejada. Ellos dos enmarcados entre el follaje del jardín y el cielo azul.

—¿Me ayudas y ponemos las cortinas de la bañera? —le propone Olivia.

—Dame un momento —responde Alexandre con las manos cubiertas de polvo. Estrena el lavabo—. Qué suave es este jabón. Déjame adivinar, ¿tiene miel?

—Es de aceite de oliva, miel y leche de coco. Es artesanal —le explica Olivia orgullosa.

—Es muy suave.

—Sí, sí que lo es. —No puede evitar iluminar su cara con esa sonrisa de satisfacción tan suya.

Olivia y Alexandre se dirigen al despacho para buscar las cortinas y deshacer por fin las cajas que llevan meses amontonadas.

—Creo que deberías hacer algo con todas estas muestras —le propone Alexandre señalando las decenas de muestrarios de papeles pintados que Olivia ha ido acumulando.

—Es que no me gusta ninguno. Tengo la idea superclara. Mira. —Le enseña uno de ellos—. Estas flores me gustan, pero son demasiado fuertes. Me gustaría algo así para la pared de la cocina, pero si el dibujo fuese más ligero. —Señala otra muestra—. O mira este. Es bonito, pero ¿no podrían estar las flores más separadas y pálidas? Imagínatelo —le dice a Alexandre—. Para la pared de la chimenea…

Olivia ha tenido una idea fugaz en este momento. Una que ha venido y se ha ido…, pero que ha venido: ¿y si ella hiciera esos dibujos que tiene tan claros? Aleja ese pensamiento de su cabeza y sigue con las cajas.

—Oh, mira esto. —Saca una fotografía de polaroid de una caja rotulada con el nombre de MESILLAS.

—La boda de Luci —recuerda Alexandre—. Lo pasamos bien, ¿eh?

Lo pasaron increíble. Lucinda se casó el año anterior con Emmanuel, el director de la galería donde trabajaba, en un exquisito *château* en Normandía. Fue una boda espectacular, repleta de elegantes invitados, cultura y arte. Un deleite para el amor y los sentidos. Todos celebraron la unión de Lucinda y Emmanuel, y también brindaron por Olivia y Alexandre porque gracias a Luci y su grupo de amigos se encontraron. Fue precioso reunirse con todos y rememorar aquel intenso mes de agosto en París y aquel viaje inolvidable a Limeuil.

Olivia y Alexandre siguen abriendo cajas y recuerdos durante gran parte del día. Terminan por fin de adecentar el baño poniendo las cortinas a la bañera y lo celebran cenando al atardecer, con quesos y pan del obrador artesanal que está al lado de la tienda de Adela. Beben un vino delicioso y Alexandre lee en el salón a Olivia un poema en francés con su adorable acento. Es de Víctor Hugo. Mientras, la brisa entra y acaricia sus sentidos.

Elle était déchaussée, elle était décoiffée,
Assise, les pieds nus, parmi les joncs penchants;
Moi qui passais par là, je crus voir une fée,
Et je lui dis: Veux-tu t'en venir dans les champs?

Elle me regarda de ce regard suprême
Qui reste à la beauté quand nous en triomphons,
Et je lui dis: Veux-tu, c'est le mois où l'on aime,
Veux-tu nous en aller sous les arbres profonds?

Elle essuya ses pieds à l'herbe de la rive;
Elle me regarda pour la seconde fois,
Et la belle folâtre alors devint pensive.
Oh!, comme les oiseaux chantaient au fond des bois!

Comme l'eau caressait doucement le rivage!
Je vis venir à moi, dans les grands roseaux verts,
La belle fille heureuse, effarée et sauvage,
Ses cheveux dans ses yeux, et riant au travers.[1]

Caída ya la noche, pasean por el camino de tierra; disfrutan de los olivos y del silencio, con la luna acompañándolos de vuelta a casa.

Olivia y Alexandre suben a la habitación.

—¿Vienes? —le pregunta Alexandre, ya desde la cama, agotado.

—Dame un momento, quiero mirar a la luna —responde Olivia mientras sale al balcón.

Lleva semanas haciéndolo, ya es casi un ritual. Esta noche la luna llena brilla y Olivia desea seguir mirándola un rato más.

—Voy a bajar al jardín para verla mejor.

—Como quieras —dice Alexandre.

Olivia lo mira. Ha cerrado los ojos y se ha quedado dormido, exhausto.

Sale de la habitación y baja las escaleras. Se ha puesto los

auriculares y escucha «Surrender», de Rüfüs du Sol. Está de pie, con el camisón ligero, y siente la brisa en la cara. Observa la luna llena en el cielo, y la distancia entre ellas parece acortarse. La contempla con reverencia. La luna llena parece tan segura, brillante, inmutable, valiente…, ahí arriba, tan plena en la oscuridad.

A medida que mira a la luna fijamente, su cuerpo empieza a mecerse, traza pequeños círculos que se inician en la cadera y suben tímidamente por su delgada espalda. La música sigue sonando. Y el brillo de la luna cada vez es más cercano.

Mueve sus brazos, que parecen hacerlo solos. Qué sensación tan desconocida y vibrante. Su cuerpo está bailando bajo la luna. Nadie la ve, solo ese hermoso satélite. Eso la relaja y la excita a la vez. Siente la imperante necesidad de dejar caer uno de los tirantes del camisón. Mientras acompaña a la música, el otro tirante también cae. Está desnuda en el jardín.

Más excitada que nunca, se tumba en el suelo mojado y frío, que parece cubierto de agua de roca, la esencia que ayuda a ablandar la dureza y a disolver las actitudes fijas, los dogmas que nos dan una rigidez dolorosa y a menudo asfixiante, y nos devuelve la flexibilidad, la fluidez y el amor…

Una descarga eléctrica y ardiente comienza a subir por su espalda. No es ella, sino su cuerpo. No es ella quien se acaricia el pecho, los labios o el cuello. Es su cuerpo, que vibra, que se siente acariciado, besado, amado y activado. Es su cuerpo, que florece y deja paso al placer, al amor y a la vida. ¿Cómo ha podido odiarlo tanto cuando ahora le está resultando tan bello bajo esa luna? La luna iluminada y ella. Ella y la luna iluminada, siendo una.

Su cuerpo parece sagrado, hermoso, sexy, salvaje, único, perfecto, fértil y vivo. La energía recorre sus piernas, el pecho y la coronilla, viaja libremente, como el agua que se desliza por la roca y arrastra

el dolor que la ha inundado durante años por querer ser otra persona, otra mujer, y protagonizar otra vida… Por primera vez, estalla de placer y de amor. Y surge de su interior un gemido profundo de excitación, de dicha, de poder. Desde lo más profundo de su garganta. Estira el cuello hacia atrás, abre el pecho al brillo de la vida. Desnuda, libre, salvaje, fuerte, completa. Llena de vida, de energía y de conexión. Se rinde ante el goce de su cuerpo… bajo el influjo de la luna.

Nunca olvidará este encuentro con su cuerpo y con la luna. Y rendida sobre el suelo frío y mojado del jardín, tras el placer ardiente que ha sentido, Olivia sonríe. El libro tenía razón: «Toda mujer ha de mirar a la luna».

12
La habitación de invitados



Mímulo

—¡No te creo! ¿Cuándo me lo enseñas? —Es Lea al otro lado del teléfono.

Olivia está contándole que, por fin, la habitación de invitados está lista. Ya no hay excusa para que no vaya a visitarla. Se muere de ganas de enseñarle cómo han quedado todas las ideas que han estado compartiendo. Como se entere su madre de que es Lea quien va a estrenar la nueva estancia no le va a sentar nada bien. Pero es que su gran amiga es una de esas personas que saben ver la magia. Y, últimamente, Olivia quiere tener la magia bien cerca.

Olivia escucha a su amiga en medio de una de esas conversaciones con la camarera de la cafetería de la torre que le resultan tan familiares. Nada parece haber cambiado: «Hola, bonita, ¿te pongo pan?», le pregunta la camarera. «No, gracias», responde Lea.

—¿Sigues sin tomar pan? —salta Olivia sorprendida.

Mientras, saca los ingredientes para una de sus nuevas combinaciones, con rosa mosqueta y vid roja, los ingredientes que fue a buscar hace once días a la tienda de Adela. Los que se trajo en aquella caja… junto con la magia de la luna. Ay, la luna. Han pasado once días y ni uno de ellos ha dejado de pensar en su amoroso encuentro.

—Sigo sin tomar pan, estoy más harta… Igual si como pan hasta pierdo peso —dice Lea enfurruñada.

—Deberías dejar de obsesionarte con eso, eres demasiado bonita como para perder el tiempo con esas cosas.

—Eh…, pero ¿a ti qué te ha pasado?

Lea no puede creerse la transformación que ha experimentado su amiga. Normalmente le hubiese contestado algo así como que ella estaba peor y hubiese enumerado un millón de cosas horribles sobre sí misma. Pero Olivia ha cambiado. Ya no le interesa ni lo más mínimo criticar su cuerpo ni presenciar cómo ninguna mujer critica el suyo propio.

—Voy a preparar una cosa muy rica para cuando vengas, para la piel.

—Me interesa, ¿qué lleva? Anda, cuéntamelo.

Olivia busca esa nueva fórmula que ha anotado en su imprescindible agenda y va describiendo a Lea cada uno de sus ingredientes: dos cucharadas de rosa mosqueta, una de *açaí*, un puñado de bayas de goji y… vid roja. Ha sacado la receta de uno de sus libros favoritos de la despensa oculta, *Ancestral Healing*. Cuánto está aprendiendo gracias a su mágico recoveco.

—¡Yo quiero que me prepares uno! —exclama bien alto.

Olivia se ríe imaginándola. Seguro que la gente la está mirando. Habla demasiado alto con los auriculares puestos y hay poco con lo que entretenerse en el espantoso comedor de la torre. Con Lea todavía al teléfono, se detiene un instante frente a la receta. «Falta un ingrediente», se dice, guiada por sus nuevas dotes e intuición.

—Oye, ¿estás ahí? —reclama Lea.

¡Centella! Centella asiática. El toque perfecto para su poción.

—Sí, claro, cuando vengas te preparo uno. ¿Cuándo vienes a verme? ¿El próximo sábado? —Olivia pone el agua a calentar para terminar su brebaje.

—El próximo sábado.

—Quizá para comer podemos sacar esta mesa al jardín. ¿Cómo lo

ves? —sugiere Olivia.

Se está refiriendo a la gran mesa de madera del salón que trajeron del *brocante*, una de esas tiendas fantásticas de tesoros antiguos que pueden encontrarse en Francia.

—Sí, hace un día demasiado bonito como para no aprovecharlo. —Alexandre se quita la camiseta, ha estado corriendo por el camino de los olivos—. Me voy a dar un baño antes de que venga Lea. Te quiero —dice, y la besa.

—Te quiero. ¡Ey, has sudado mucho! —grita Olivia, risueña, y se aparta, pero mirando de reojo el torso desnudo de Alexandre.

—Vale…, me subo.

Es sábado y por fin viene Lea; qué rápido ha pasado la semana.

Tres pitidos de un coche alteran el silencio de la casa de las flores. Y acto seguido una maravillosa voz de entusiasmo se escucha desde el salón.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¡¡¡Lea!!! —grita Olivia, feliz.

Corre hacia la parte delantera del jardín para abrir la verja y darle un superabrazo como recibimiento a su querida amiga.

—¡Adelante, madame, bienvenida a la casa de las flores! —Olivia le hace una graciosa reverencia.

—¡Me va a dar un infarto! —dice Lea haciendo muchos aspavientos.

—Hola, Lea. —Una voz grave sale de uno de los balcones del piso de arriba.

—¡¡¡Hola!!! Pero ¿qué broma es esta? —Mira atónita la fachada de la casa.

Olivia y Lea se abrazan. Entre risas, como siempre.

—Estás preciosa —dice Olivia con cariño.

—¡Tú sí que estás preciosa! —responde Lea.

Y lo está, más que nunca, aunque esa mañana tampoco haya tenido tiempo para *arreglarse*. Olivia la toma de la mano y la conduce al interior de la casa.

—Perdona, ¿y esta puerta?

—¿Te crees que es la original?

La puerta es preciosa, de un verde cálido, con cristal de medio círculo arriba, un arco de escayola en la parte superior y un llamador negro que perdura desde antaño. Tres escalones de piedra la preceden. Los escalones favoritos de Olivia para tirar sus embarradas botas. Lea entra y no para de mirar de un lado para otro.

—Creo que estoy en shock. —Está alucinada y se deleita con cada paso.

—Entonces tienes que ver la cocina —le advierte su anfitriona.

A Lea le parece un sueño. Siempre que ve casas así piensa que solo existen en las revistas, pero que nadie tiene nada parecido en la vida real. Olivia ha hecho una obra de arte en esa casa y en esa cocina.

—Sin palabras, Olivia. Es… perfecta. ¿Esta pila? ¿Hola? Pero ¡madre mía, qué vistas! No me puedo creer que cocines con este paisaje de fondo todos los días.

Lea se ha quedado embelesada mirando por la ventana, también guiada por el hipnótico olor de la madreselva y la presencia que le regala.

—¿Te gusta? —La pregunta de Olivia hace regresar a su amiga.

—¡Demasiado! —responde Lea y mira curiosa por todos lados.

Sí, también se ha sentido atraída por el recoveco de la despensa.

—¿Quieres algo? Agua, algo de comer…

—No, primero quiero verlo todo. —Sigue mirando ese sitio de halo misterioso.

Tras dejarla curiosear, Olivia coge a Lea de la mano y la lleva al salón.

—¿Qué te parece?

La cara de Lea se ilumina. Todo encaja con una belleza casual y de apariencia involuntaria: el suelo, los balcones, la chimenea, la lámpara, las vistas, los sonidos… Después se dirigen a la habitación contigua que aún permanece vacía. Incluso el vacío resulta encantador. Pasan al pequeño aseo de la planta baja.

—¿Quieres pasar al baño?

—Luego, luego, ¡que ahora no puedo!

Juntas van hasta el piso superior por la escalera de piedra.

—Estas son las habitaciones. Esta de aquí —dice entrando en la de la izquierda— la utilizamos como despacho. Quien más la utiliza es Alexandre, que ha empezado a teletrabajar algunos días —le explica Olivia.

Ya está más ordenada, con menos cajas y menos muestrarios. Los muebles antiguos que Olivia no quiso tirar sí siguen ahí.

—Y este cuarto es para ti. —Olivia sonríe y abre la puerta de la habitación contigua—. Recién terminada, para que te quedes a dormir siempre que quieras.

Parece casual el encanto de la nueva habitación de invitados, pero lo cierto es que la semana pasada Olivia hizo conducir a Alexandre dos horas y cuarto para recoger una cama de barrotes negros de uno treinta y cinco y ha dedicado mucho tiempo y esmero a convertir una antigua habitación vacía y sucia en un viaje a la Provenza. Olivia aprieta la mano de Lea un poco más fuerte, invitándola a que este sea su hogar cuando lo desee. Su amiga permanece atónita ante tanto encanto y belleza.

—Y, bueno, vamos a nuestra habitación.

—Hola, Lea. —Alexandre se asoma por la puerta. Se acerca con el

pelo aún mojado y le da un fuerte abrazo—. ¿Cómo estás?

Lea le devuelve el abrazo, aunque no haya vuelto aún a la tierra.

—Pues la verdad es que no tengo palabras. ¿Sois conscientes de todo esto?

—No, aún no —responden los dos casi a la vez.

—Voy a ir preparando el fuego. ¿Os apetece una barbacoa? —les pregunta Alexandre.

—Oh, sí —dice Olivia—, gracias.

Lea no contesta, sigue ensimismada observando la habitación.

—Madre mía, este baño, Olivia, ¡es un sueño!

—Recién terminado —exclama, orgullosa—. ¿Te puedes creer que he estado meses sin mirarme casi al espejo? Bueno, literalmente, no tenía espejo.

Olivia y Lea se están mirando frente al enorme espejo con borde de bronce, enmarcado entre las vistas al jardín, que se cuelan en todo su esplendor por los balcones abiertos. Huele a jazmín y al jabón que ha utilizado Alexandre. A pura naturaleza.

—Pues para no haberte mirado al espejo estás más guapa que nunca.

—Lo mismo digo —responde Olivia.

Y se abrazan de nuevo riéndose, como siempre.

—¿Qué, bajamos a tomar algo? —sugiere Olivia.

—Cuidado, que no demos ahí. —Mientras los tres cargan la pesada mesa del salón, Alexandre está tratando de indicar cómo sacarla sin rozar los marcos de madera—. Un poco más a la derecha.

—No puedo —dice Olivia.

—Descansemos un poco —propone Alexandre. Paran y, unos segundos después, recuperan fuerzas—. Venga, ¿listas?

—Sí —responden las dos amigas a la vez y avanzan unos metros

más hasta que Olivia sugiere apoyarla en el suelo.

—Aquí, vamos a dejarla —propone Olivia y apoyan la mesa en el suelo del jardín.

Olivia, Lea y Alexandre contemplan cómo queda la mesa del salón fuera, debajo de la parra, y confirman que tienen que comprar otra para el salón, porque, sin duda, ese es su sitio. Alexandre está satisfecho, ha dedicado muchas horas a esa parra que le hace sentir en casa. En Limeuil hay una parra que cubre cada uno de los arcos de piedra que forman el porche; cuando Alexandre vio una en esa casa, lo interpretó como una señal. Su propio escalofrío. Incluso ha hecho unas guías para que la planta recorra el enrejado de la parte superior del porche. «Un cenador natural», le dijo a Olivia. A ella la idea no le pudo gustar más, y ahora la escena es idílica gracias a esta parra. Todavía quedan retoques, pero ese rincón es simplemente perfecto.

Mientras Alexandre prepara la barbacoa, a Lea aún le falta un tesoro por descubrir.

—Alexandre, creo que esos puerros se están quemando —le avisa Lea.

—*Mon Dieu!* —exclama y se apresura a bajar el fuego. Cuando se agita, suelta ese tipo de cosas en francés, como cuando se enfada o hacen el amor.

—Estoy pensando que, cuando haga frío, podemos ponerla dentro del invernadero para cenar o comer allí —sugiere Olivia—. Ven, Lea, te enseño el invernadero.

Lea la sigue y se deleita con el camino que las separa del cenador. Dejan atrás el castaño de Indias, los limoneros, el jazmín, la madreselva y las hortensias en flor. Huele a belleza y a vida. Lea respira profundamente y llena sus pulmones. También parece prepararse para tormentas futuras. Todos parecen hacerlo en esa

casa.

—¡Tachán! Bienvenida al invernadero. —Olivia abre la puerta, ceremoniosa.

Frente a Lea se despliega el encanto de unos cristales sucios y el forjado verde oscuro. Al entrar ve el suelo manchado de tierra, los tableros de madera, las plantas aromáticas y nota el olor que embriaga el espíritu. Ese sitio es el más perfectamente imperfecto que ha visto nunca.

—Y bien, ¿qué te parece?

—Sabes que yo no soy nada de campo, pero ¿si me va mal puedo venirme a vivir a este invernadero y morir en él de viejecita?

—Por supuesto que sí.

Y se sonríen. Hay algo magnético en el olor, en el sonido, en la belleza, en el sosiego y en la libertad de la naturaleza. Lea se siente muy atraída por todos ellos. Ese lugar despierta partes de ella que siente muy cercanas. Quizá todas las mujeres guardemos un sentimiento profundo de nuestras manos y nuestra alma respirando, caminando, descansando y bailando al son de la naturaleza.

—¡La comida está lista! —Se oye a Alexandre desde el jardín.

—¡Vamooos! —responde Olivia.

Esas voces hacen regresar a Lea de donde quiera que esté.

—Cuando gusten. —Alexandre deja sobre la mesa los puerros y una gran fuente de sardinas—. Cuidado, que quema. —Sigue llevando con cuidado deliciosos platos a la mesa—. Y por aquí las patatas.

—Ay, he traído vino. Me lo he dejado en el coche, ¡un segundo!

Lea sale corriendo y regresa rápido con unas botellas.

—¿Por qué brindamos? —dice Olivia.

—Por este maravilloso encuentro —responde Lea.

—*Bon appétit!* —exclama Alexandre.

La comida transcurre con calma, y los temas fluyen de manera natural.

—¿Qué tal Jaime? ¿Cómo le va? —pregunta Alexandre.

Jaime, el piloto carismático que tuvo a Lea encandilada durante años, ahora es su marido.

—Bien, con muchos viajes. Este mes le toca volar por toda Latinoamérica.

Se conocieron en un aeropuerto. Fue amor a primera vista. Se vieron en los pasillos. Luego Lea se subió a un avión rumbo a Cancún. Al llegar allí se dio cuenta de que el piloto en el que se había fijado era quien había hecho ese vuelo. A Lea le pareció tremendamente romántico que él la hubiese llevado hasta su destino. Y a él le pareció tremendamente romántico volver a ver a Lea al aterrizar. Coincidieron tres días en Cancún. Ese fue el principio de un sinfín de viajes y de ciudades que han descubierto juntos. Lea lo echa mucho de menos cuando vuela y disfruta de los meses que se queda en casa, esperándola, con la cena lista cuando llega del trabajo.

—¿No vas a verlo en todo el mes? —pregunta Alexandre.

Lea asiente por respuesta.

—¿Qué planes tenéis para estas vacaciones? —Alexandre sigue preguntando, interesado. Sabe que siempre hacen viajes increíbles.

—Este año nos vamos a Panamá. Hemos cogido una villa y me muero de ganas.

—No me extraña —coincide Olivia.

—¿Y vosotros tenéis algún plan este año? —pregunta Lea.

—La verdad es que, con la casa y todo el lío, ni lo hemos pensado. —Olivia mira a Alexandre.

—No, es cierto, no hemos pensado nada —responde él, tranquilo.

La casa de las flores ya supone un viaje excitante.

—Nos dejaremos fluir, ¿verdad? —dice Alexandre, seguro.

Alexandre siempre confía en ellos. Por encima de todo están juntos y todo va a ir bien.

—Exacto, nos dejaremos fluir —confirma Olivia mientras un pie le baila en la sandalia. Está aprendiendo a fluir últimamente.

Después de tres horas y dos copas de vino, Alexandre decide, intencionadamente, dejar a las chicas algo de intimidad. También sabe que Lea tiene una forma maravillosa de hacer magia.

—Con vuestro permiso, me retiro.

El tiempo parece que pasa a otro ritmo en ese porche.

—¿Más vino? —Ya a solas, Olivia ofrece a Lea una copa más.

—No, gracias, así estoy bien. ¿Este vaso está limpio?

—Sí, creo que sí. ¿Agüita?

—Sí, por favor.

—Pásame otro vaso.

A Olivia también le ha apetecido. El agua cae en los vasos, su sonido se mezcla con el de los pájaros, con el ir y venir de las hojas. Se crean sombras delicadas que se contonean suavemente sobre la mesa. La conversación sigue, natural y libre. Hasta que Lea saca un tema… complicado.

—Y ¿has pensado algo sobre qué hacer con el trabajo? El otro día me preguntaron si creía que ibas a volver o si ibas a alargar la excedencia, pero no les dije nada.

Olivia resopla.

—Hay mucha gente últimamente que está teletrabajando. Quizá si lo pidieses te dirían que sí. Estoy segura de que te permitirían teletrabajar dos o tres días —continúa Lea.

Suena como una opción tentadora. Compartiría el despacho con

Alexandre e iría a su oficina gris solo dos o tres días. Ingresaría de nuevo dinero, pero sentiría otra vez la falta de aire, el dolor de espalda, el vacío… Se alejaría de ese sonido, de la belleza, de sus fórmulas y libros… Se alejaría otra vez de ella misma. Ese tipo de posibilidades ya no parecen seducirla. Y, de pronto, siente un empujón que la hace abalanzarse para coger impulso.

—¿Te cuento una cosa?

Quizá se ha sentido acorralada y por eso necesita contársela. La idea que tuvo el otro día, esa que apartó pero que ha vuelto ahora con fuerza.

—He estado haciendo algo —le confiesa.

—¿El qué? —pregunta Lea, curiosa.

—Ven, mira.

Olivia lleva a Lea de vuelta al invernadero.

—He estado haciendo unos bocetos. —Saca un cuaderno enorme.

Durante las últimas semanas, tras la conversación que tuvo con Pía, Olivia ha estado haciendo bocetos de flores para los papeles pintados en el invernadero. Ha sacado los pinceles, las pinturas y también su creatividad del lugar donde había estado amordazada todo ese tiempo.

—Déjame verlos —dice Lea entusiasmada—. ¡Madre mía, Olivia, son preciosos! Son muy especiales.

—Mira, este me gusta para la cocina.

Le enseña uno con pequeñas flores de mímulo, que vio crecer en la orilla del río, de color amarillo dorado con manchitas rojas en el labio inferior. Bellísimas. La llenaron de una calma difícil de describir. Su esencia aporta valentía cuando tenemos iniciativa, pero la escoltan el miedo y la contracción. Cuando hay un paso hacia delante y lo sigue, cual freno de seguridad, un nuevo paso hacia atrás. Dicha esencia nos ayuda a sentir el valor de quien sabe que

no solo depende de sus propias fuerzas, sino que forma parte de un todo.

—Lo imprimiría en un rollo y lo pondría en la pared que linda con la pequeña despensa. Y esta… —Le enseña otro boceto—. ¿Cómo lo verías para la pared de la chimenea?

—¿Lo probamos? —le propone Lea, contagiada de la pasión y dando alas a su amiga.

—¡Vamos! —exclama Olivia, muy feliz.

Se dirigen a la chimenea y colocan el folio en DIN A3 que ha dibujado. Es hermoso, magnético, cómo esas delicadas flores encajan a la perfección con el espacio. Se sientan en el sofá a contemplarlo. Es un momento mágico.

—¿Sabes quién te podría ayudar a imprimirlos? —se le ocurre a Lea.

—¿Quién?

—Juan.

—Juan, ¿Juan? —pregunta Olivia para ver si se refiere a un antiguo compañero de trabajo.

—Sí, sé que hace este tipo de cosas, impresiones a gran escala a partir de bocetos.

—No me digas…

—Sí, sí te digo. ¿En qué tipo de papel te lo imaginarías?

Lea está permitiendo que Olivia abra sus alas, que recuperen la amplitud y el vuelo. Cuánto pesan nuestras dañadas alas sobre la espalda, cuando cargamos con ellas en lugar de abrirlas para alzar el vuelo.

—Pues tengo bastante claro que el papel sería rugoso, blanco roto e imperfecto.

—Lo estoy viendo —dice Lea.

—¿Qué miráis? —Alexandre ha vuelto de un reparador descanso

en el piso de arriba.

—Que tu novia es una artista.

Olivia se ruboriza. No le había enseñado nada de esto, quizá porque ni siquiera se había dado el permiso de mirarlo ella misma. Pero Alexandre la ha visto pintar desde el balcón. La ha visto dibujar apasionada en el invernadero. La ha visto bailar y pintar, libre, feliz. Esa Olivia que él siempre vio.

—Gracias, chicos, he estado tan a gusto…

Lea ha estrenado la habitación de invitados y por un momento ha tenido la tentación de quedarse en la casa de las flores para siempre, no es de extrañar.

—Ay, y yo, vuelve pronto, ¿de acuerdo? —Olivia la abraza.

—Saluda a Jaime de mi parte y, si no nos vemos, disfrutad muchísimo en Panamá —dice Alexandre.

—Os quiero.

—Y nosotros a ti. Hablamos, ¿vale? —dice Olivia.

—Y tú habla con Juan —le aconseja Lea—. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Olivia y Alexandre despiden a su amiga en la puerta. Ella apoya la espalda sobre el cuerpo de él. La promesa a Lea hace que las alas de Olivia se desplieguen poco a poco sobre su pecho, deseosas de que el mímulo y esta casa les impidan contraerse de nuevo.

13
La voz de una misma



Acebo

El tintineo de las cucharas se escucha en la cocina. Es temprano y el cielo pálido indica que está a punto de amanecer. Olivia prepara una de sus recetas. Hoy necesita flor de camomila y polvo de remolacha. Cada ingrediente que descubre ejerce sobre ella un efecto transformador. Una sensación de libertad que quizá solo las plantas aún recuerden. Y en esta cocina parecen haberlo recordado para ella. En el recoveco tiene guardados los ingredientes. Preparó polvo de remolacha hace algunos días siguiendo las instrucciones de Adela: «Mira, coges cinco remolachas grandes. En la huerta les dices que es para hacer polvo para que sepan cuáles te tienen que dar. Las lavas, las pelas, las trituras y las pones al sol en una bandeja en el jardín. Las tapas con una malla fina para que no vayan los insectos. Y las observas. Normalmente en un par de días están totalmente secas. Las trituras lo más finito posible y metes el polvo en un tarro de estos. —Le enseñó un tarro de vidrio—. Puedes conservarlo durante seis meses apartado de la luz. Son el mejor antioxidante que hay».

Dicho y hecho, Olivia toma el tarro de polvo de remolacha que dejó en la despensa, además de la camomila, el jengibre y la miel. Sale descalza hacia el invernadero para recoger una rama de romero. La brisa es fresca a primera hora de la mañana, la tierra está mojada y el cielo se alza sobre ella blanco y hermoso. En el interior del invernadero huele a albahaca —su olor parece un bálsamo— y también a fresa. Los tomates crecen carnosos y de un bonito rojo, bañados por el rocío.

Parece que ha pasado una eternidad desde que la mirada cabizbaja de Olivia se reducía a la pantalla de su ordenador, a la habitación de casa de sus padres o a aquella oficina gris. No sabía si salía el sol o si brillaba la luna. Qué lejos queda cuando creía guardar todas las respuestas en sus manos o su espalda, qué agotador era sentirse sola en medio de todo. Qué placentero resulta ahora caminar por el jardín mientras su mirada se extiende a la tierra, el cielo, la sorpresa y la brisa. Cuán agradable y alentador es sentir que forma parte de algo, más grande, lejano y cercano a la vez, que nutre el cuerpo y alivia el corazón.

Olivia se apresura hacia la cocina de nuevo cargada con varios tomates, romero, albahaca y fresas. Deja todo en la pila y coge una rama de romero que añade a su receta. Infusiona la mezcla. Tras colarla, la infusión ya está lista. El olor es delicioso y envolvente.

Con la taza en la mano, entra en la encantadora despensa. Le falta algo: el libro que dejó sobre la encimera hace ya algunos días. Entonces no se sintió valiente para leerlo ni para guardarlo. Sus páginas centrales escritas a mano parecen estar esperándola. Hoy Olivia sí se siente valiente. Quizá sea la albahaca, esta receta o la luna. Regresa con él a la cocina y se sienta en la isla. Toma la taza con una de sus manos y con la otra abre de nuevo las retadoras páginas. La caligrafía es perfecta. Quien lo escribió se esmeró mucho en que las palabras se entendiesen. ¿Quién sería? ¿Cuándo? ¿Sería Anna? Quizá sea de una época anterior. Olivia decide adentrarse en sus páginas.

Toda mujer necesita decirse lo que necesita escuchar.

Reflexiona un poco, lee tres veces la frase y continúa.

En los días de oscuridad y tan a menudo como un cuerpo necesite sostener el amor, prepara una bañera caliente y este exfoliante: 1 cucharada de miel, 1

de aceite de almendra, 1 taza de sales de Epsom, 5 gotas de aceite de rosa mosqueta, 5 gotas de aceite esencial ylang ylang, 3 gotas de aceite de sándalo y 5 gotas de flor de Bach holly.

Olivia sigue leyendo con atención las instrucciones:

Recorrer con él cada parte del cuerpo (todas, sin excepción) diciendo en voz alta algo bonito de cada una de ellas. Sin saltarse ninguna parte. El cuerpo necesita ser sanado por la voz de una misma.

Algunas letras están borrosas, pero Olivia se está convirtiendo en una experta para descifrarlas. «Tan a menudo como un cuerpo necesite sostener el amor». Esta frase la cautiva, no piensa dejar marchar de nuevo al amor. «Vaya —se dice aliviada—, lástima que me falten casi todos los ingredientes para hacer lo que dice esta receta». Cierra el libro y sube al piso de arriba.

—Buenos días —dice Alexandre desde el despacho. Ha escuchado a Olivia caminar sigilosa hacia la habitación.

—Buenos días, ¿qué tal? —la saluda cariñosa, tras asegurarse de que no está reunido.

Esa mañana lo oyó despertarse muy temprano y agradeció el beso que le dio en la frente.

—Bien, aquí, con bastante lío.

Alexandre lleva semanas de mucho trabajo y lo nota misterioso… Olivia empieza a pensar que algo se trae entre manos.

—Pero ¿todo bien? ¿Seguro? —Intenta conseguir algo de información, sin éxito.

—Sí, como siempre —responde Alexandre como si nada.

—¿Comemos juntos?

—Sí, luego nos vemos.

—OK, no te molesto. Me voy a la ducha —dice Olivia dejándolo con su *lío*.

Se dirige al baño nuevo, abre el grifo de la bañera y cierra la puerta. Antes de meterse, pone música. Le gusta. Suena «Idea 15», de Gibran Alcocer. Abre los balcones de par en par y entra un aire cálido. Desabrocha las lazadas del vestido y se queda desnuda. Entra en la bañera. El agua es muy agradable. Se ha puesto de espaldas al jardín y al espejo. Quizá por inercia, acostumbrada a no mirar su cuerpo.

Pero… no puede dejar de dar vueltas a lo que acaba de leer en ese libro. Lo que decían esas palabras sobre acariciar el cuerpo y devolverle el amor. Para su «fortuna», no tiene ninguno de los ingredientes. Para su «fortuna», también se ha sentido demasiado atraída por su significado. Podría salir un momento de la bañera, coger el jabón que está viendo sobre el lavabo y probar con él. Tiene miel, la miel era uno de los ingredientes… La simple idea de intentarlo la pone muy nerviosa, como si fuese a cometer un pecado. Solo tiene que acariciarse el cuerpo, ¿acaso no es suyo? ¿A quién tendría que pedir permiso para recuperarlo? Cierra los ojos, escucha la música y los pájaros en libertad.

«Ya basta», piensa. Esa casa le aporta valentía. Se levanta con cuidado para no resbalarse y se acerca al lavabo. Coge el jabón. Está agitada. Olivia nunca ha dicho nada bonito sobre su cuerpo. Para ella, decirlo es algo vanidoso. ¿Quién es ella para halagarse? Como si reconocer la belleza de su cuerpo afeara el de los demás. Como si elogiarse la convirtiera en una mala persona. Como si hubiese entonces algo bondadoso en insultarlo.

«Ya basta», susurra de nuevo. Le da valentía esa casa. Suena «Idea 1». Con el jabón entre las manos, respira profundamente. Está dispuesta a que el amor ingrese en su cuerpo…, mejor dicho, a que el amor despierte. Cierra los ojos. El jabón es suave y huele bien. Frente a su nerviosismo, aparece el sostén. La naturaleza le

susurra al oído que puede hacerlo. Olivia empieza el ritual: «Este es mi largo y precioso pelo». Tiembla, tiene miedo de que alguien la escuche o la castigue. Pero continúa, ahora un poquito más alto: «Esta es mi aniñada y suave cara». «El adjetivo "aniñada" está bien», se dice. «Estos son mis grandes ojos que quieren ver más allá». Sus ojos color miel son preciosos. «Muy bien, Olivia —se anima orgullosa mientras se va relajando. Después se acaricia el cuello con el jabón; qué sensación tan agradable—. Este es mi sensual cuello». Ha conseguido decir cinco cosas bonitas sobre su cuerpo, es un gran logro. Llega al pecho y lo evita, pero entonces recuerda lo que ha leído hace apenas unos minutos: «Cada parte del cuerpo (todas, sin excepción)».

Quien escribió esa nota seguro que también sintió reticencia al llegar al pecho. Olivia sigue y acaricia su pecho. En treinta y cinco años, nunca ha acariciado su pecho. Los ha inspeccionado, sobre todo durante el Día Mundial contra el Cáncer de Mama. Los ha ecografiado, ha dejado que se los tocaran. Se los ha apretujado con sujetadores de relleno…, pero jamás se los ha acariciado. De su garganta sale: «Estos son mis suaves y redondeados pechos». Pronuncia esas palabras en voz alta y alza la voz por ella y por todas las mujeres que nunca lo hicieron, y también por todas las mujeres que lo harán. Percibe por primera vez la fuerza y el poder de sus senos.

Cada vez se siente más valiente y segura en esa bañera caliente que la mece. Relajada a través de los balcones, observa una hoja de acebo que vuela y se deja llevar por el viento. La esencia del fruto de acebo es la más espiritual, capaz de devolver el amor universal, restablecer la armonía y aquello que nos sostiene. De hacernos recordar un amor que se extiende por el cuerpo y el alma, y hace que con él llegue… la paz. Mucha paz. Olivia sabe que ese es el

lugar donde quiere estar.

Y, con esa placentera sensación, continúa acariciándose. Sus caderas. Su vientre, que tantas veces ha insultado a pesar de ser tan hermoso. Sus delgadas piernas que ha despreciado por no estar musculadas. «Con lo lejos que me han llevado», piensa ahora. Sus diminutos pies. Sus compasivas manos. Su espalda, que tanto ha cargado por ella. Cada palabra de amor que sale de sus labios inunda su cuerpo, infundiéndole un coraje, una fuerza y un sentimiento de paz indescriptibles.

Al terminar el ritual se pregunta: «¿Cómo es posible que haya partes de mi cuerpo que no había tocado en mi vida?». Exhala aire y cierra los ojos. Ahora le parece absurdo. «¿Cómo es posible que no haya mostrado agradecimiento por mi hermoso cuerpo?». Lo ama tanto en este momento… Todo su cuerpo ha escuchado su voz, esa voz que lleva toda una vida esperando. El amor que solo ella puede devolverse, el cariño que solo ella puede darse, el reconocimiento que solo ella puede regalarse. «Idea 1» sigue sonando.

Al salir de la bañera, Olivia posa su silueta desnuda frente al gran espejo que cuelga entre los balcones. Se mira y, por primera vez en su vida, le gusta su cuerpo. Ama su cuerpo. Se ama a sí misma.

—¿Comemos? —Alexandre, unas horas más tarde, entra al salón.

—Un segundo —responde Olivia con un gesto—. Mamá, luego te llamo.

Olivia ha llamado a su madre para contarle lo que ha pasado en el baño, pero no se ha atrevido. También deseaba hablarle sobre la promesa que le ha hecho a Lea y su idea sobre el papel pintado… Pero han acabado hablando del calor y del tiempo.

Y está bien, porque puede que haya que cuidar los sueños como se cuida una pequeña semilla. Primero, darles cobijo y calor,

proporcionarles el agua necesaria y atenderlos con esmero. Permitirles seguir su ritmo. Ya habrá tiempo de compartirlos más adelante, cuando se eleven fuertes como un árbol, se abran las ramas por encima del miedo y las opiniones ajenas y resulten indestructibles.

—Qué pinta tienen estos tomates —dice Alexandre desde la cocina —. ¿Los acabas de coger?

—Sí. ¿Hacemos una ensalada con tomates y albahaca…? —propone Olivia, que entra también dispuesta a ayudarlo con la comida.

—Cómo huele. —Alexandre se ha acercado a la albahaca que permanece en un vaso cerca del fregadero.

—Sí, sí, increíble. ¿Ponemos en la ensalada alguna fresa y burrata?

—Sí, chef —bromea Alexandre.

Mientras él corta los tomates, ella saca un bol enorme, los platos y los vasos, y va poniendo la mesa sobre la isla.

—¿Qué tal la mañana? —le pregunta Alexandre.

Olivia se hace la despistada. Ay, esta mañana… Lo más fácil sería decir: «Me he dado un baño. He estado en el invernadero. He hablado con mi madre». Sí, gran idea.

—Bien, me he dado un baño, he estado en el invernadero y he hablado con mi madre.

—Buen plan. ¿Le pongo sal?

—Yo creo que con la albahaca es suficiente.

—Hecho —dice Alexandre mientras corta unas hojas frente a la ventana.

Olivia observa sus manos, le encanta cuando la tocan.

—Es brutal la bañera, ¿verdad? —comenta Alexandre.

—Oh, sí —Olivia asiente, satisfecha por todo lo que ha pasado hoy en esa bañera.

Sirven la comida y Alexandre saca ese tema que Olivia lleva posponiendo demasiado tiempo: la visita de sus padres.

—¿Qué tal tus padres? ¿Cuándo les dirás que vengan? No sé cómo tu madre ha aguantado tanto tiempo sin venir…

A Olivia le sorprende que su madre no haya insistido más con su visita, pero agradece la pequeña distancia que han mantenido durante los últimos meses. Sabe que una sola conversación o una mirada de su madre es capaz de hacerle sentir pequeña, limitada y rígida en un solo instante. Al menos así era antes. Ahora Olivia se ve fuerte y diferente, segura para compartir con su madre esas partes de sí misma que ha recuperado.

—Sí, me ha sorprendido que no se hayan plantado aquí.

—Yo creo que ha sido gracias a tu padre, que la habrá calmado.

El padre de Olivia la ha ayudado con la reforma. Le pidió consejo como arquitecto para los conductos de la calefacción y la nueva instalación eléctrica de la cocina. Conoce un poco más cómo ha ido quedando todo, pero ni su padre ni su madre la han visto terminada. No han visto en lo que se ha convertido la casa de las flores ni la mujer en la que se ha convertido Olivia con ella.

—¿Ya le has dicho a tu madre que la habitación de invitados está lista?

—Sí.

—¿No le habrás contado que se lo dijiste antes a Lea?

—No, no. —Olivia sonríe—. ¡Me mata!

Y se ríen.

—Quizá les diga que vengan en el puente. Faltan tres semanas —sugiere Olivia mirando el calendario para confirmarlo.

—Cuando tú quieras. Así le digo a tu padre que me eche una mano y terminamos el porche de la entrada.

—Vale, luego se lo digo.

Ya de noche, el grifo del fregadero suena en la cocina. Olivia duerme arriba desde hace horas. Alexandre ha estado trabajando hasta bien entrada la noche y ha ido a por un vaso de agua, que se le desborda mientras mira absorto a la madreselva que se cuela por la ventana. Él, al igual que Olivia, necesita esa presencia. Se apoya sobre la repisa de la cocina, se afloja la camisa y respira. Deja paso a la vida que él también siente en su nuevo hogar.

Como Olivia ha presentido, tiene algo entre manos. Algo excitante que lleva semanas quitándole el sueño. Pero aún es pronto para compartirlo con ella. Coge un pedazo de pan de hogaza del obrador que linda con la tienda de Adela. Allí, apoyado en la encimera, piensa en Olivia. En cómo la ha visto pintar, en lo risueña y viva que está últimamente. Le gusta todo de ella. También lo despistada que es, la cantidad de cosas que pierde. Cómo llora a menudo, pero también se ríe al mismo tiempo. Incluso que siempre manche el suelo de barro o ese desorden que tiene en el coche.

Alexandre imagina la familia que le gustaría tener junto a Olivia en esa casa. Fantasea con la idea de un niño que corre por sus habitaciones. También con esa intimidad que desea vivir con ella. «Qué buena suerte habernos encontrado en París». Aún recuerda cuando la vio reír a través de aquella ventana en Montmartre. Cómo se fijó en esa española magnética a la que oía desde la calle. Recuerda aquel momento en el arroyo, el día que sintió ganas de besarla. Y esa constelación que tiene dibujada en el cuello para guiarlo hasta el cielo.

Más tarde sube la escalera de piedra, ha perdido la noción del tiempo. Se quita el pantalón y la camisa, y abraza a Olivia. Sonríe y piensa en esa gran idea que tiene entre manos.

—Hasta mañana —susurra a la nada.

Y nota que incluso la nada le devuelve su despedida.

14
El cuadro



Estrella de Belén

El inconfundible sonido del camino de tierra anuncia que han pasado tres semanas. Los padres de Olivia están aquí, y, preparada o no, la madre de Olivia se adentrará en la enigmática casa de las flores.

—¡Cariño, pero cómo estás de preciosa! —Olga abraza fuerte a su hija.

—¡Mamá! —Olivia también se alegra mucho de verla.

—Madre mía, hija, no me puedo creer haber venido por fin.

—Olga, Miguel… Esperad, que os ayudo —dice Alexandre acercándose al maletero.

—Pero ¿cómo venís tan cargados? —exclama Olivia asombrada.

—Tu madre. —Su padre le guiña un ojo.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Olivia.

Sacan cajas grandes, otras más pequeñas, maletas e incluso un cuadro. Olivia piensa de pronto si pretenden instalarse allí con ellos. Los cuatro entran realmente cargados a casa.

—Mira, papá, ¿qué te parece? —Olivia le enseña las tuberías ocultas de la entrada.

—Ha quedado fenomenal así —responde Miguel, satisfecho.

—Ay, Olivia, pero qué bonito os ha quedado. —Su madre deja las cosas en el suelo de la entrada, maravillada del aire que se respira en ese lugar.

—¿Te gusta, mamá?

—Muchísimo. No esperaba una casa tan grande y tan luminosa… Debe de haber sido un sueño crecer en este lugar —contesta Olga mientras se pregunta por qué su madre nunca le habló de él.

—¿Queréis tomar algo? —Alexandre entra en la cocina.

—Yo voy a pasar al baño un momento. ¿Es por aquí?

Su madre necesita recomponerse unos segundos. Son muchas emociones.

—Sí, mamá, esa puerta.

Entra y la cierra con cuidado.

—Menuda noche me ha dado…, estaba realmente nerviosa por venir —confiesa el padre de Olivia—. Lleva unas semanas…

—¿Qué quieres tomar, Miguel? —Alexandre trata de relajar el ambiente—. ¿Una copa de vino?

—Venga, sí, dale.

—Bueno, ya estáis aquí —concluye Olivia, contenta.

—Oye, ¿y esto? —Su padre señala el maravilloso recoveco de la cocina—. Esto no aparecía en los planos, ¿verdad?

—Pedí que movieran la alacena para ponerla en otro sitio y apareció la sorpresa.

—Oye, pues está estupendo como despensa —le dice su padre.

—¿El qué? —pregunta Olga, de regreso a la cocina.

—Nada, hablábamos de la despensa —repite Miguel—, que no aparecía en los planos…

—Estaba tapada por la alacena del salón —le cuenta Olivia.

—Ostras, ¿y este misterio? —Olga no puede evitar asomarse.

—No hay mucho que ver.

Olivia quiere desviar el interés por el recoveco. Esta mañana, antes de que llegaran sus padres, tuvo el impulso de «esconderlos». No acierta a decir por qué lo hizo, quizá porque otras mujeres antes que ella los ocultaron, o quizá todas las mujeres no estén preparadas para la sabiduría que albergan. Así que corrió a la despensa y metió los libros en los estantes de abajo, tapados por las cortinas.

—Oye, pues es una despensa de muy buen tamaño. —Su madre observa ese lugar mágico, que, bajo su mirada, se ha reducido a una convencional despensa medio vacía.

—Sí —Olivia zanja la conversación—. ¿Queréis ver el resto de la casa? —pregunta, impaciente e ilusionada.

—¡Por supuesto! —afirma su madre.

—Venid, os la enseño.

—Voy subiendo las cajas que habéis traído —se ofrece Alexandre —. ¿Las dejo en la habitación?

—Sí, gracias, Alexandre —responde Olga.

—Espera, que te ayudo —dice Miguel. No está muy interesado en los detalles de la visita y prefiere ayudar a Alexandre.

Olivia y su madre van hacia el salón.

—¿No tenéis mesa? —pregunta Olga nada más entrar.

—La hemos dejado en el jardín, queda tan bien fuera.

La madre de Olivia se acerca a los balcones que dan al jardín y confirma que fuera la mesa queda espléndida.

—Compraremos otra, quizá cuando vayamos a Francia. ¿Te gusta? —Olivia mira con orgullo el salón.

—Sí, hija, me gusta muchísimo. Disculpa que esté un poco callada, es que me resulta tan raro estar en esta casa… Me imagino a la abuela corriendo por aquí…

—¿Crees que le gustaría cómo la hemos dejado?

—¿Y a quién no? —Se sienta en el sofá. Toma aire.

—¿La abuela nunca te habló de esta casa?

—Nunca.

Las dos contemplan pensativas el infinito. Olga continúa:

—Alguna vez, de niña, me contó que nació en este pueblo. Pero la abuela era muy hermética con su juventud. Solo vine con ella aquella vez que te conté y la vimos por fuera. Me dijo: «De niña

vivíamos en esta casa y ahora es de Anna». Nada más. Y se quedó mirándola desde el otro lado de la verja.

—¿Has visto mucho a la tía Anna?

A Olivia le encantaría saber más y descubrir cómo era la vida allí. Por qué su abuela nunca volvió. Le gustaría también averiguar más cosas de Anna. Aunque parece que Olga no tiene ninguna de esas respuestas. Se sienta al lado de su madre en busca de complicidad, frente a la chimenea.

—Qué va, muy poco. Ella y la abuela no se llevaban muy bien. Anna viajaba mucho y, según la abuela, tenía ideas raras. Creo que perdieron muy pronto la relación, en cuanto la abuela se vino a Madrid. Al menos yo casi nunca la escuché hablar de ella. —Suena apenada.

—¿Y dónde está ahora?

—Ya te lo dije. Fabián, su hijo, me contó que estaban en Argentina cuando me llamó hace unos meses.

—Vaya… —concluye Olivia, rendida.

Su madre no puede responder al aluvión de preguntas que inundan su cabeza. ¿Sería de Anna esa despensa? ¿La ocultó ella? ¿O quizá fue su hijo quien lo hizo? ¿O lo hicieron antes? ¿Por qué su abuela perdió la relación con Anna? ¿Por qué ese desarraigo con sus raíces? ¿Es ese desarraigo culpable de alguna forma de la falta de unión entre ella y su madre? Los pensamientos de Olivia viajan muy deprisa. Lo hacen a la misma velocidad que la comprensión que cada vez se siente más y más lejana. Quizá pronto pueda comprender. Quizá pronto.

Olivia y su madre prosiguen recorriendo la casa. A medida que caminan por ella, siente a menudo la tentación de contarle a Olga cosas que le han ocurrido, los momentos de conexión y grandeza que ha vivido, como el papel pintado que quiere poner en la pared

de la chimenea, los libros que la guían, su encuentro en el baño, su forma de mirar a la luna, lo que sucede en el invernadero cuando pinta… Los secretos que aquellos muros esconden, las certezas que asoman, los escalofríos que provoca. Pero al final guarda silencio.

La acompaña hasta la habitación de invitados.

—Mamá, te dejo aquí unas toallas limpias —dice Olivia y las coloca sobre la cama.

—Gracias, cariño.

—¿Bajáis? —Se escucha a su padre desde el balcón—. ¡Cotorras!, que la comida está ya lista —anuncia en tono burlón.

Olivia y su madre sonríen.

—Creo que tenemos que bajar —responde Olga, mucho más tranquila—. He traído unos boquerones aliñados muy ricos. Seguro que tu padre no los ha sacado del coche, como si lo viera.

Olivia, Alexandre, Olga y Miguel disfrutan de una deliciosa comida bajo la bonita parra. Olivia ha preparado una quiche y ha seguido como siempre la receta de su suegra. No faltan los puerros, la masa con mantequilla y el queso gouda.

Todo marcha bien, el cielo está despejado, igual que los comentarios de Olga, que aún no ha lanzado ninguna observación inoportuna como «faltan niños en esta casa» o «qué vas a hacer con el trabajo, Olivia, porque te quedan ya pocos meses para que termine la excedencia». Sí, parece que todo fluye al ritmo del sol y las sombras que dibujan sobre la mesa las hojas de la parra.

—¿Qué plan tenéis este verano? —curiosea Miguel.

—¿Te pongo más, papá? —Olivia le sirve un poquito más de la deliciosa quiche.

—Sí, por favor.

—¿Tú, mamá?

—Sí, venga, ponme un pelín más, que está riquísima.

—Vamos a ir a Francia —contesta Alexandre.

—¿A ver a tus padres? —pregunta Olga.

—Coincidiremos con ellos allí unos días, luego se marchan al País Vasco a ver a la familia. Quizá nosotros nos quedemos unos días más, ¿verdad? —Alexandre mira a Olivia.

—Es muy buen plan. —Ella le devuelve la mirada.

—Dale muchos recuerdos a tus padres de nuestra parte —le pide Olga—. Si llego a saber que este verano los veis, hubiese traído algún detalle para ellos.

—Sí, es una pena, porque no hemos traído embutido, que les gusta mucho —se lamenta Miguel.

—Nada, no os preocupéis, muchas gracias —los tranquiliza Alexandre.

—Oye, mamá, qué ricos están los boquerones. —Sabe que le gusta que se lo digan.

—¿Están ricos? —Disimula, como quien no quiere la cosa, pero está segura de que están deliciosos—. Estarían más ricos si no los hubiésemos dejado tanto tiempo en el coche. —Y mira a Miguel, en broma, como reprochándoselo.

Después de comer, Alexandre y Miguel aprovechan para ponerse con el porche. Alexandre ya ha hecho una buena parte de la estructura, pero necesita algo de ayuda para rematar el tejado.

—Me da miedo —dice Olivia—, a ver si os vais a caer.

—Pero ¡cómo nos vamos a caer! —Miguel lleva haciendo esas cosas desde antes de que naciese su hija.

—Idos, anda, que no pasa nada. Así dejáis de sufrir. —Alexandre se ríe.

—¿Seguro? —pregunta Olga, prudente.

—Que sí, de verdad, seguro —la tranquiliza Alexandre, que se

pone el cinturón de carpintero.

Olivia se queda embobada mirándolo, piensa que le queda demasiado bien.

—¿Nos vamos entonces? —duda su madre.

—Bueno, si no podemos hacer nada aquí, vámonos.

Madre e hija pasean por el camino de los olivos colindante a la casa. Un banal paseo del que Olivia no espera demasiado y que cambiará su relación… para siempre.

Sus pasos resuenan en el silencioso paisaje. Olga lleva todo el camino callada. Olivia no sabe por dónde empezar, así que prefiere no hablar y disfrutar de las vistas. Trescientos metros más adelante, Olga se aclara la voz.

—Olivia. Estoy muy orgullosa de ti.

Se detienen y se ponen una frente a la otra. Olivia abre los ojos muchísimo, como jamás lo ha hecho antes en toda su vida. Su madre nunca había dicho que se sentía orgullosa de ella.

—¿Y eso, mamá? ¿Estás bien? —responde extrañada.

—Estoy bien, cariño. Solo quería decirte que estoy orgullosa de ti. De tu valentía. De que hayas sido capaz de seguir tu propio destino.

Olivia la mira en silencio. Se ha quedado sin palabras. Los olivos también parecen observarlas en silencio.

—Yo he sido muy tonta, sabes… —Olga continúa, con calma—. Siempre quise agradar, comportarme de manera *correcta*, no hacer preguntas, ni pensar más allá… Y ahora te veo a ti…

Olivia tiene la sensación de que su madre también está sintiendo los estragos que causa esa casa.

—Y me siento muy feliz. De verdad, cariño. Estoy muy feliz de que al fin estés siendo tú misma —confiesa cogiendo una de las manos de su pequeña.

—Pues… gracias, mamá —balbucea Olivia, muy emocionada.

Es curioso cómo nos cuesta ver la profundidad en las personas que nos preceden. Pensamos, inocentes, que conocemos toda su historia resumida en los fragmentos que a regañadientes nos dejan ver en los momentos que compartimos. Pero la complejidad de toda historia se halla en buena medida en los silencios, más que en las palabras. En las preguntas que no hicimos y en los fragmentos que no vimos. Como Olga y su madre. Como Olivia y la suya. Todos tenemos nuestros miedos, nuestros anhelos y nuestra historia. También las mujeres que nos preceden.

—Perdóname —añade Olga, con los ojos llorosos.

Olivia da un gran abrazo a su madre.

—¿Por qué, mamá?

—Por todo lo que te he presionado. Eran otros tiempos, a nosotras nos enseñaron a vivir con miedo todo el día —se excusa Olga, tragando saliva—. Y siento que te contagié todo ese miedo.

—Bueno, mamá, yo creo que no lo hiciste mal del todo —responde Olivia, liberada y con una enorme sonrisa.

Su ojo izquierdo achinado parece un guiño que alienta a Olga, que también sonríe, aliviada, tremendamente aliviada.

Madre e hija siguen su camino sin añadir más palabras, tan solo acompañadas por el invisible sonido de sus sonrisas, los pies caminando por la tierra y alguna abeja que se posa sobre las flores que las rodean. Hay unas diminutas flores blancas, de poca altura, son estrellas de Belén; parecen pegajosas y unen la hierba que se acomoda por los laterales del camino. Estas flores representan la unión de lo divino que toca la tierra, lo material que vuelve al cielo. Es como una silicona floral que cicatriza la esencia, que une lo que está inconexo y devuelve la armonía y el equilibrio a la totalidad del ser.

Ambas disfrutan del silencio.

Tras unos días sanadores, tranquilos y sin altercados, Olga y Miguel recogen sus cosas y se despiden. Olivia se acerca a su padre y lo abraza.

—Oye, cuando nos vayamos a Francia, ¿por qué no os venís vosotros aquí a pasar unos días?

Anoche lo habló con Alexandre y les pareció una gran idea que sus padres cuidaran y disfrutaran de la casa de las flores en su ausencia. Al parecer, Olivia no es la única a la que le sienta bien este lugar.

—Puede ser un muy buen plan —le susurra Miguel—. Venga, a ver si convences a tu madre.

Esta vez no habrá reticencias para Olga.

—Sí, mamá, así disfrutas del jardín por unos días…

—Bueno, me lo pienso… —Se hace la remolona, pero desea volver —. Vosotros idos tranquilos y vamos viendo.

—Esperad. —Alexandre entra en la casa—. Os dejamos una llave por si acaso. Podéis venir cuando queráis.

«Es tan mono», piensa Olivia.

—Genial —aplaude Miguel.

Y se despiden. Miguel procura evitar mirar a los ojos a Olivia. Ayer Alexandre, mientras cortaban los ingletes de la madera para el tejado, le contó por qué está tan *liado* estas últimas semanas y…, si se topa con la mirada de Olivia, sabe que se lo va a notar. Miente aún peor que ella.

—Adiós, cariño. —Su padre prefiere irse ya. No quiere que se le escape el secreto.

—Adiós, tesoro. —Olga la mira con una ternura nueva entre ellas. Echa un último vistazo hacia el balcón de la habitación de invitados.

Sabe que Olivia también ha estado a punto de confesarle muchas

cosas este fin de semana, pero al final no lo ha hecho. Tampoco ha sido necesario; hay una energía nueva en ella que Olga ha sido capaz de percibir desde el primer instante. Estar cerca de Olivia también ha sido un bálsamo para ella.

Olivia y Alexandre escuchan dos pitidos que se alejan, despidiéndose.

—¿Qué es todo esto que ha dejado aquí tu madre? —pregunta Alexandre cuando entra al cuarto de invitados.

—Yo qué sé —responde Olivia, con un ligero tono de desinterés—. Apuntes de la carrera… Y dónde meto yo esto ahora. Qué pereza… ¿Peluches?

—Eso suena a indirecta —dice Alexandre con una sonrisa.

—Ay, mi madre… —se resigna Olivia—. Mira, fotos… —Sigue sacando «tesoros» de las cajas.

—Y un cuadro —descubre Alexandre—. Un cuadro envuelto en papel y cinta de carrocero.

—Cualquier cosa. —Olivia deja los bártulos a un lado con indiferencia.

—Olivia, ven, tienes que ver esto.

Alexandre ha hecho lo que Olivia no ha querido o quizá no se ha atrevido. Ha desenvuelto el cuadro que ha dejado su madre en la habitación de invitados. Un cuadro que pintó Olivia cuando era niña.

Olivia se levanta y mira el cuadro que sostiene Alexandre. Está en shock. Alexandre sostiene un lienzo pintado a mano. En él aparece un invernadero al fondo, un jardín que lo rodea y una joven de espaldas, frente al invernadero. Ataviada con unas embarradas botas de agua, que sostiene un gran cuaderno en la mano izquierda en el que se dejan ver flores pintadas.

El instante sagrado de Olivia, frente a ella, en toda su grandeza y

esplendor.

Olivia ha buscado toda su vida la silicona que uniese todo. Una respuesta certera que explicase por qué el aire no entraba en sus pulmones cuando estaba lejos de la naturaleza, por qué tenía siempre esa absurda idea de pintar, por qué le atraían los papeles pintados, por qué se apuntó a las clases de acuarela botánica en París… Todos esos eventos, manías y deseos que la habían perturbado y distraído siempre de lo que se esperaba de ella…

Y ella de pequeña ya lo sabía. Tan solo lo había olvidado. Tan solo lo había tapado, cubriendo con papel ese lienzo. Olivia comienza a llorar, sentada en el suelo. Observa el cuadro. En nuestra niñez, todos pintamos un cuadro con todo detalle, grandeza, ilusión y expresión. Solo está tapado, cubierto por papel y cinta de embalar, pero siempre espera ser de nuevo descubierto.

Olivia llora sentada en el suelo. Llora de felicidad, de gratitud, de conexión, de alivio. Abraza a esa pequeña niña manchada de pintura, que dibujaba en la habitación y que sentía la libertad y el placer del tacto de los pinceles en las manos. La que fantaseaba con casas antiguas de papel pintado. «Gracias —le dice a esa niña—. Gracias, gracias, gracias». Y ella le devuelve este cuadro.

Entrada la noche, llega un mensaje de audio a su móvil. «Cariño, ya hemos llegado. Hemos estado muy cómodos. Gracias, la espera ha merecido la pena. Las sábanas me las he traído para lavarlas. He dejado los apuntes de la universidad encima de la mesa, por si los necesitas, y varias cosas más. Lo que quieras te lo quedas, y lo que no lo tiras. Te he dejado un cuadro que hiciste de pequeña. Creo que te gustará tenerlo. Te quiero, cariño».

Si Olivia se atreviese, le respondería: «Gracias, mamá, guardiana de mi esencia. Gracias por conservarme con tanto esmero». En tan

solo unos días, la relación con su madre ha dado un auténtico giro. Y aunque Olivia no ha resuelto todos sus interrogantes, muchas respuestas, sin duda, sí han vuelto.

No le escribe…, pero en su honor tal vez haga otra cosa.

Olivia sale al balcón de la habitación y llama por teléfono.

—Eh, hola, ¿Juan? No sé si sabes quién soy… Soy…

—Olivia, ¿qué tal? Sí, estaba esperando tu llamada. Ya me ha contado Lea que te gustaría crear tu propia marca de papel pintado…

Y las alas de Olivia se abren, grandes, fuertes, expandidas como nunca lo habían estado, en la dirección exacta a sus sueños.

15
La sorpresa



Cerezo

Suena «Je m'suis fait tout petit», de Georges Brassens, a todo volumen. Por la luna delantera se divisan las carreteras de la Dordoña. Son inigualables, grandes árboles las cubren a ambos lados y forman un arco sobrecogedor y verde en el cielo. Se pueden recorrer kilómetros sin encontrar ningún coche. Siempre hay pacas de paja y *châteaux* que te dejan sin aliento.

El sombrero de Olivia ya está listo en el salpicadero. Tiene los pies descalzos y las ventanillas están bajadas. Alexandre canta de viva voz junto a Georges Brassens. Esto solo puede significar una cosa: ¡están en Francia!

—¿Cuánto queda? —pregunta Olivia.

—Pareces una niña pequeña —dice Alexandre. Le encanta eso de ella.

—Tengo muchas ganas de llegar.

Y eso que aún no sabe nada de… la sorpresa.

Alexandre llama a su madre para avisarla de que están cerca.

—Mamá, estamos con el manos libres, te escuchamos los dos —advierte Alexandre para que no se le escape nada.

—Buenos días —saluda Olivia.

—Hola, cielo —dice la madre de Alexandre—. ¿Cuánto os queda?

—Yo creo que menos de una hora.

—*Oh, oui, bonne nouvelle. Sois prudent.*

No han vuelto a Limeuil desde que se compraron la casa de las flores, quizá porque la necesidad de naturaleza ya no es tan urgente. Aunque se mueren de ganas de recorrer los mercados de la

zona y las tiendas de antigüedades para llevarse tesoros de vuelta.

A Olivia le parece todo muy hermoso. Pasan el arco y suben la empinada cuesta empedrada con el coche, toman la primera calle de tierra, pasan la iglesia y detrás vislumbran la imponente casa de los padres de Alexandre. Todo está igual. El tiempo, la prisa y el miedo parecen no entrar en Limeuil.

Dejan el coche y acceden por la pequeña puerta de madera blanca que conduce al inmenso jardín. No tiene fin. Olivia recuerda cómo le impactó que en Limeuil las casas no tuviesen vallas. Cuánta confianza se respira, cuánta libertad. Se alegra de que esos sentimientos esta vez no le resulten tan ajenos.

—*Bonjour!!!*

Jean Pierre e Isabel, los padres de Alexandre, están sentados en el porche de piedra, bordeado por la parra que tan familiar le resultó a Alexandre en la casa de las flores, en el extremo que linda con la salida de la cocina. Disfrutan de un café *au lait* mientras leen, con vistas al estremecedor exterior y al magnolio.

—*Bonjour, bienvenue!!!* —saluda Jean Pierre.

Se funden en un abrazo. Los padres de Alexandre son guapísimos, no hay duda de dónde ha salido la belleza de Alexandre. A Olivia le gusta la sencillez que desprenden. Son cultos, relajados, sosegados y bohemios. Les interesa la poesía, el silencio y la música. Le sorprende verlos disfrutar tan cotidianamente de sus hobbies y pasiones. En su círculo cercano no suele ser habitual dedicar el mismo tiempo e intención a las cosas que se ama hacer, frente a la inercia de la vida y el trabajo. Pero los padres de Alexandre, y él mismo, bailan entre ambas cosas con destreza y despreocupación. Isabel le confesó a Olivia que a ella también la sobrecogió este ritmo ligero y diferente al llegar a Francia. Al principio le costó manejar ese tiempo vacío que ella acostumbraba a llenar haciendo siempre cosas

útiles. Pero pronto fue apreciando dejar un lugar para sus pasiones e inculcar a Alexandre esa forma de vivir desde niño. En Francia, los niños no tienen colegio los miércoles, por lo que Isabel y Alexandre optaron por dedicar ese día completo al arte, la poesía y el disfrute. Un gran regalo para ambos.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta Isabel.

Olivia agradece el esfuerzo que hacen para mantener las conversaciones en castellano cuando ella está presente.

—Muy agradable —responde Olivia—. Ayer nos quedamos tan solo a cuatro horas, así que hoy ha sido un paseo —dice sonriendo.

—¿Os ayudo con el equipaje? —pregunta Jean Pierre.

—*Merci*, papá.

—Vente, Olivia, os he preparado la habitación.

Qué familiar le resulta esa habitación. Es la que compartió con Luci la primera vez que vino a Limeuil. Parece que hubiese pasado un siglo desde su primer viaje a ese bello lugar, desde que se tumbó en esa misma cama completamente perdida, sin saber quién era ni adónde iba. Qué anulada, asfixiada, pequeña y triste se sentía. Desde que deseó ser artista con todas sus fuerzas. Desde que se insultó tanto que no fue capaz ni de bañarse en el arroyo. Desde que no se atrevía a mirar al chico guapo del gorro azul que le robó el corazón.

Ojalá hubiese podido decirle a aquella Olivia que todo saldría bien, que pronto tendría su propio invernadero, que dormiría con ese chico cada día, que se sentiría libre y preciosa y que pintaría a diario. Que tendría la valentía de dejar todo atrás y que crearía su propia marca de papel pintado. Sí, el papel que siempre había soñado e imaginado en cada casa. Ojalá pudiese abrazar a aquella Olivia y darle las gracias por llevarla a Limeuil y por su liberadora inconformidad.

Jean Pierre y Alexandre dejan el equipaje en la habitación. Isabel coloca unas toallas limpias sobre la cama. Los padres de Alexandre regresan al encantador porche para seguir con la lectura y el café.

Mientras, ellos deshacen las maletas y se dan una ducha. La puerta de la habitación está cerrada y la del baño entreabierta. El vaho sale, y por la puerta entornada se ve a Alexandre y a Olivia abrazados bajo el agua caliente. Ella reposa la cabeza sobre el hombro de él. Es un buen sitio en el que estar y descansar, cerca de su pecho fuerte y noble. Hay una nobleza en él que le resulta magnética, como su mirada y su hermoso cuerpo. El calor es muy agradable. Alexandre mueve el grifo para que el agua caiga sobre la espalda de Olivia mientras ambos se miran fijamente a los ojos. Escuchan el agua caer al ritmo del latir de sus corazones, que se acompasan.

Él le retira el pelo mojado de la cara. Después abraza su diminuta cintura. Ella le rodea el cuello y le acaricia el pelo. Sus ojos son imanes, y sus corazones, fuego. Ni siquiera se besan, se sienten. Entran uno dentro del otro con la mirada y con el corazón, más allá de sus propios cuerpos, que se mueven acompasados con el sonido del agua que fluye. Y el ritmo de los latidos de sus pechos. Es un amor profundo, pausado y ardiente, que parece unirlos en un único movimiento, en una única canción.

—Te quiero. —Alexandre acaricia la parte baja de la espalda de Olivia.

Mientras el agua caliente sigue su curso, Alexandre hace círculos alrededor del sacro de Olivia, que se contonea. La piel de ella se deleita y se eriza.

—Yo también te quiero.

Ella le acaricia la parte alta de la espalda. El agua cae. Olivia acaricia los fuertes hombros de Alexandre. Su espalda disfruta y se

contonea. El vaho envuelve todo en una neblina mágica, silenciosa y perfecta.

—Creo que esta os va a gustar —dice Isabel enseñándoles la mesa de madera más espectacular de todo el *brocante* O'Plus de la rue Planterose.

Sin duda, el paraíso de Olivia. En los *brocantes* de Francia, esas espectaculares tiendas de antigüedades, se pueden encontrar verdaderas fantasías: vajillas francesas completas de hace siglos en perfecto estado, muebles de madera imponente de antiguos palacios, arte por todas partes… Los franceses creen que es lo normal, pero es deslumbrante. Bajo la falsa sensación de desguace que inspira la gran puerta de metal oxidada que conduce a las naves, dentro se abre el paraíso. Hoy van a recorrer los tres que hay en la zona.

—Me encanta —dice Olivia—. ¿Crees que nos cabría en el coche? —le pregunta a Alexandre.

—Quizá, si la desmontamos, podemos llevar el tablero entre los dos asientos, igual puede caber. Espera, voy a pedirles un metro.

—Me parece que es perfecta. —Olivia observa la antigua mesa de madera de haya.

Tiene un cajón con un tirador de concha que mira hacia abajo, como a ella le gusta.

—¿De qué época será? —curiosea.

—Yo creo que tiene al menos doscientos años —calcula Isabel revisando las patas para comprobar que está en buen estado—. Es preciosa.

—Voy a seguir mirando mientras la medís.

—Vale, cielo.

Los ojos de Olivia van más rápido que sus pies. Cerca hay una

jarra blanca sobre una antigua mesa de lavabo preciosa. Imagina su antigua ubicación: lo más seguro es que estuviera en el dormitorio de un palacio donde una mujer bella se lavaba y perfumaba el cuerpo y se cepillaba el pelo largo y ondulado. La imaginación de Olivia se dispara cuando está rodeada de antigüedades.

—¡Qué bonito! —exclama emocionada acercándose a un gran cuadro de piedra blanca con una diosa tallada a mano.

Se queda contemplando su sencillez y el poder que esa talla le evoca. Tres pasos más adelante se para otra vez, fascinada por una alacena de farmacia de madera con diminutos cajones. Le gustaría meter allí las plantas secas, con sus fichas y nombres. «Contente, Olivia, contente —se dice a sí misma mientras sigue hacia la zona de las vajillas—. Oh, *oui!*», exclama feliz dentro de su cabeza. Acaba de encontrar la vajilla más bonita del mundo. Cree que no falta ninguna pieza. Doce platos de cada, salsera, ensaladera… Es de porcelana blanca con flores dibujadas en color violeta pálido y verde. «¡Nos la llevamos!». También se enamora de una tetera. Hace juego con la vajilla, es delicada, está decorada con flores y le parece perfecta para sus infusiones. Cuando decide sosegarse y regresar con Alexandre, al que dejó midiendo la mesa junto a su madre, gira a la derecha y se mete por una de las calles marcadas por los muebles. Entonces se topa con un mueble que no esperaba y que le roba plenamente la atención. Los latidos de su corazón se incrementan y la invitan a soñar. Olivia está de pie frente a una adorable y entrañable cuna de ratán…, a la que, para su sorpresa, desearía acercarse cada noche en silencio para observar dormir a su bebé. Podría ponerla junto a su cama, al otro lado de los balcones, para que el pequeño no se enfriara, y colocarle un dosel arriba con una bonita tela blanca que tapase la luz que entrara en la habitación. Qué curiosa la ternura y el deseo que acaba de despertar en ella

esta cuna. Coge aire y sigue su recorrido.

—¿Entra? —pregunta Olivia acercándose hasta Alexandre.

Es fácil reconocerlo desde lejos, es la única persona con camiseta de manga corta y gorro de lana en julio.

—Sí, cabe perfecta. Eso sí, luego tendré que ensamblarla en casa.

—Eso no es nada para ti —le dice Isabel divertida, y su hijo sonríe orgulloso.

—Vale, pues vista —dice Alexandre—. Vamos si queréis al de Crodeliers y así decidimos —propone, bastante seguro.

—Sí, buena idea, pero ¿no se la llevarán? —advierte Olivia, preocupada—. Y ¿si les decimos que nos la reserven un par de horas?

—Me parece bien.

Y los tres salen por la puerta metálica de la rue Planterose camino a rue de Crodeliers. Mientras, pasan al lado de la cuna que ha hecho soñar a Olivia, quien la acaricia al salir, deseando en silencio que también hubiesen pedido que se la guardaran.

Bajo la parra del hermoso porche, Olivia se sienta junto al padre de Alexandre a leer y disfrutar de su café *au lait.* Le gusta aprender de este ritmo pausado. Es conmovedora su manera de admirar la belleza y el tiempo.

Mientras, Alexandre ha salido con su madre al mercado. Se han levantado pronto para ir cuanto antes. Eso es lo que le han dicho a Olivia. Jean Pierre e Isabel se marchan mañana al País Vasco y quieren llevar delicias y quesos franceses a la familia.

—¿Qué tal la casa nueva? —pregunta Jean Pierre, con su encantador acento francés.

—Es maravillosa —responde Olivia—. Nos encantaría que vinieseis a pasar unos días.

—Sí, sin duda lo haremos. Después del verano, que ahora hace mucho calor. Nos encantaría pasar unos días con vosotros.

—Nos gustaría mucho.

—Estoy seguro de que a Isabel también le apetecerá. —Mientras habla, sostiene la taza en la mano, disfrutando de los últimos sorbos de su café.

—Pues estupendo.

Van a tener un muy buen motivo para ir después del verano…

—Ya me ha contado Alexandre que todo marcha…, ¿cómo se dice?, ¿formidable…?

—Sí, formidable…

—Eso, formidable, con la marca de papel pintado.

—Sí, estoy muy contenta. Ya he tenido los primeros encargos —responde orgullosa.

—*Oh là là*, qué fantástica noticia. ¿A particulares? —se interesa Jean Pierre.

—Para un hotel rural espléndido y para una tienda de decoración, para dos de sus clientes.

—Oh, *oui?* Qué maravilla, Olivia.

—Sí, nunca hubiese imaginado que sería tan rápido.

—Cuando las cosas se hacen con el corazón —dice Jean Pierre observando el jardín—, suceden cosas *miraculeuses, miraculeuses…,* ¿milagrosas? El tiempo no sigue un orden lineal cuando algo se hace con el corazón…

Y Olivia sonríe satisfecha. Quizá Jean Pierre tenga razón.

—Bueno, chicos, disfrutad de los días que os quedan por aquí —se despide Isabel antes de montarse en el coche para emprender el viaje al País Vasco.

—Gracias por todo, mamá. —Alexandre le guiña un ojo.

Está claro que madre e hijo se traen algo entre manos…

Jean Pierre abraza a Alexandre más fuerte de lo normal, sonriendo, y le da tres palmadas en la espalda, como diciéndole un «¡Vamos!, a por ello». Él también lo sabe. Olivia, ajena a todo, les da dos besos y los despide con la mano, risueña.

—Muchísimas gracias por todo —dice Olivia.

—*Amusez-vous!* —Se oye a Isabel de fondo.

El coche se aleja rumbo al sur.

Olivia está sentada en el césped, cerca del arroyo, y dibuja las tres últimas flores que conserva el cerezo, retardadas por la frescura del verano en Francia. Las observa con atención mientras traza con el pincel sus pétalos blancos y aterciopelados sobre el fondo húmedo de la hierba mojada. Aún no lo sabe, pero el papel que está creando con ese boceto saldrá en una importante revista de decoración en Navidad junto con su historia y su invernadero. Olivia admira y dibuja los pétalos pálidos. Recuerda aquella mirada fija que antes la acompañaba y se desliza hacia una nueva locura, o libertad, mejor dicho, con cada uno de sus trazos.

La esencia de las flores de cerezo que está pincelando ayuda a vencer el miedo a descontrolarse, a ver cómo enferma una locura que, en muchas ocasiones, nos impulsa a la plenitud. Que nos permite escuchar con mayor claridad la guía que vive en nosotros, elevando la confianza y abriendo la puerta al caos bondadoso que eriza la piel y aviva la vida.

Levanta la cabeza del cuaderno y amplificando su mirada observa el arroyo, que le invita a entrar y bañarse en sus aguas frías. Se despierta en ella una locura salvaje y perfecta. Podría desabrocharse el pantalón, quitarse la camisa y la ropa interior y entrar en el riachuelo. Sí, ahora podría hacerlo.

Deja a un lado el cuaderno y sobre él las pinturas, sintiéndose lo suficientemente loca, o quizá libre, para levantarse, desabrocharse el pantalón y cada uno de los botones de la camisa que ahora parece sobrarle. Sí, quiere bañarse desnuda, desprovista de las capas, los moldes, los juicios, las sombras y las dudas.

Desnuda, entra al arroyo. El agua le acaricia la piel. Olivia respira profundamente. Observa el reflejo de las hojas sobre su cuerpo. La arboleda cubre el cielo.

Está embriagada de libertad; qué bien sientan la libertad y la locura. Sin tener nada, aquí y ahora lo tiene todo. Todo lo que ha perseguido siempre. Todo lo que ha negado y olvidado. Todo frente a ella y, a la vez…, nada. Solo su piel desnuda.

Cerca del magnolio, en el centro del jardín, Alexandre contempla la imagen más sensual que ha visto nunca: una mujer salvaje y desnuda que entra en el arroyo y se funde con el verde de los árboles reflejados en el agua. Es como un sueño que él desea inmortalizar. Él siempre vio a esta Olivia rugir; sí, hace años, en el mismo arroyo, intimidada por su mirada y con su bañador blanco.

Alexandre vuelve a la casa y va directo a por algo que lo ha tenido distraído últimamente. Lo coge con la mano izquierda. Se quita la ropa. Camina despacio apreciando cada detalle de la poderosa imagen frente a él. Escucha el agua mientras los árboles se agitan con el viento.

Desnudo y nervioso, se acerca a Olivia. Observa su pecho, que sale del agua; el pelo suelto y ondulado; los brazos que acarician el agua; las manos vacías… Esas manos. Olivia se siente segura. Y él está enamorado y excitado. Se miran. Alexandre se coloca a su espalda, invitando a Olivia a apoyarse en él, y toma, con suavidad, su mano derecha. Su segundo dedo, el dedo anular. Y le pone un anillo. Un anillo en forma de corona de oro blanco con piedras

moradas y brillantes. Olivia no reacciona. Es tan feliz… Mira el anillo y la mano de Alexandre. Después, se da la vuelta y sus ojos se cruzan.

—Olivia, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí.

Lo dice con la mirada, con los brazos, con el corazón. Abraza a Alexandre, que está llorando de felicidad.

—Sí —repite.

Los dos lloran. Ella lo abraza y lo besa… Desnuda, con un precioso anillo en el dedo. No tiene ninguna duda, siente un escalofrío de certeza que le recorre la espalda y le atraviesa el alma.

—Sí, quiero casarme contigo.

Se escuchan los llantos, las risas y los gemidos de placer de una pareja que se ama. Si las flores hablasen, recordarían a Olivia que hay que quererse para dejarse amar por otra alma. Qué verdad más hermosa. Amarse a una misma es abrirse sin miedo al amor ajeno. Como ese momento que están viviendo en el frío arroyo, con la arboleda y las flores como testigos.

Los gemidos de Olivia resuenan cada vez más vivos. Envuelve con las piernas el cuerpo de Alexandre, que la abraza fuerte contra su pecho. Mientras se deshacen de amor y de placer, los jadeos cada vez más profundos rompen el silencio que los rodea. Y si la arboleda no los tapase, se vería el rayo de luz que desprenden sus cuerpos desnudos. Un rayo de luz que sale de ellos y que regresa aún más vivo, vibrante y luminiscente.

—Sí, sí y sí.

Olivia susurra a Alexandre en el oído después de haber sentido tanto placer. Él la besa de nuevo, sin soltarla. Nunca la dejará caer, porque siempre estará ahí para sostenerla. Sonidos de calma, placer y de paz emanan de sus cuerpos, mecidos por la corriente y por las

luces de la arboleda. Las últimas flores de cerezo se desprenden y vuelan hasta sus cuerpos, partícipes también de esta bonita y excitante locura.

Antes de salir del agua, Olivia mira su anillo. Sube los brazos hacia el cielo y, cuando regresan a su cuerpo, dibuja un triángulo con las manos sobre el ombligo, que apunta hacia el suelo. Y trae el cielo a su vientre. Y trae el cielo a su vientre.

Después de cenar bajo el porche, un mensaje de audio aterriza en el móvil de Olivia. «Hola, tesoro, ¿qué tal todo por ahí? ¿Quieres que os dejemos algo comprado antes de irnos para que no os pille la nevera vacía a la vuelta? ¿Alguna novedad…?». Es Olga, que trata de poner cualquier excusa para saber si Alexandre ya le ha dado el anillo. Al parecer, todos sabían la sorpresa y las celebraciones han empezado, sin ella saberlo, en distintos puntos del mapa.

16
La herencia de las mujeres



Álamo temblón

—¿Quieres? —pregunta con una taza de infusión de ortiga en la mano.

—Sí, qué bien huele —responde Alexandre. Da un beso furtivo a su prometida, se lleva la taza que le acaba de servir y sube hacia el despacho—. No olvides hablar con Pía para las flores —le dice desde la escalera de piedra.

—Y tú de llamar a Luca para asegurarte de que ya tienen los billetes —le recuerda Olivia desde la cocina.

Apenas quedan tres semanas para que en esta casa se celebre el gran día: la boda de Olivia y Alexandre en la bellísima casa de las flores. Olivia sale descalza. Le encanta pisar la hierba mojada y sentir los primeros rayos de sol. A medida que camina, disfruta de los árboles, de los frutos y de las flores que se dejan ver. Le gusta sentir el olor y la gentileza de su bello jardín.

El silencio solo se rompe con el canto de los grillos, el piar de los pájaros y las hojas que se mecen. En ese silencio puede escucharse a sí misma, sin interferencias. Y cómo ha cambiado su voz interna. Hace tiempo solo escuchaba insultos, una voz dura que la criticaba y amordazaba con fuerza. Después fueron dos voces; también surgió una nueva voz dulce, compasiva y ardiente que sonaba cada vez más y más alto. Tanto que ahora solo es ella quien le habla. La voz hermosa que la calma, la enciende y la conecta con su audaz naturaleza y con la brillante luna.

Si bien en otro tiempo le hubiesen aterrado todas las cosas buenas que han llegado últimamente a su vida, ahora las sostiene y

abraza. Esa voz aleja el miedo. Si bien hace una vida el reconocimiento le parecía algo errático que se alejaba de ella, ahora su voz la inspira y le recuerda que lo merece todo. Que merece este conjunto caprichoso de deseos que siempre estuvieron ahí para ella, esperando a que estuviese lista para darles la bienvenida.

Mientras camina entre los árboles, su voz le susurra que merece todo. Que el merecimiento es un sinónimo del amor. Y ella se ama, ahora sí. Quien se ama nada se quita. De nuevo, su propia voz acompañada al ritmo de sus pasos, que la calman y avivan, le recuerda un mérito que ya es, que no hay que conseguir, buscar, ni predicar, porque ya es, ya es completo en toda su alma y su ser.

Olivia se dirige hacia la entrada, con su merecimiento como faro, y coloca las dos mesas de madera que ahora están en el jardín en forma de «V» en el porche, cubierto por la parra y donde las hortensias blancas, rosas y moradas forman un precioso marco alrededor. Pía lleva días diseñando unos bonitos arreglos florales para decorar las mesas en la ceremonia con las plantas silvestres que crecen por todo el entorno de la casa. Habrá un delicioso banquete y el jardín estará iluminado por luces en forma de guirnalda, sostenida entre los árboles.

Pronto, en esa casa se celebrará una boda donde nada distraerá el amor y la atracción que sienten Olivia y Alexandre. Pronto, Olivia se vestirá con un vaporoso vestido de color blanco y una cinta de flores violeta en el pelo. Bajo el gran álamo del jardín que cobija el amor y aleja el miedo, Alexandre la tomará de la mano y pronunciará los votos más ardientes que se hayan leído jamás. El álamo es el árbol donde los antiguos augures predecían el destino a través del sonido que emitían las hojas al ser mecidas por el viento, el mismo que aleja los miedos abstractos e intangibles y devuelve la fe y la intuición.

Después sonará una música suave y celebrarán la vida hasta el anochecer. Las estrellas bendecirán esa casa, el amor y a quienes lo habitan. Pronto, será muy pronto. Las estrellas bendecirán también a todos los invitados, que se van a reunir bajo el mismo cielo y la misma brisa: sus padres, que bailarán y sonreirán más felices que nunca; Pía y Lea, las incondicionales amigas de Olivia, sus grandes compañeras de vida; Adela y Félix, culpables de gran parte de la magia de esa casa; Lucinda, Emmanuel, Luca y todos sus amigos de París, que disfrutarán sin premura hasta el amanecer. Todos los invitados brindarán una y otra vez por Olivia y Alexandre, y por ellos mismos. Bendecirá también el cielo estrellado la historia de esa casa, cómplice y presente en cada árbol, en cada flor, en cada aprendizaje y en cada luna.

«¡Vivan los novios!», se escuchará una y otra vez.

«*Vive les mariés!*», dirán sin cesar.

Después de colocar las mesas y hablar con Pía, Olivia se dirige al invernadero, o, mejor dicho, y para su felicidad, a su nuevo taller, donde su marca de papeles pintados crece al ritmo de las aromáticas.

Mientras la música suena y Olivia lava sus pinceles, un coche negro, muy grande, se acerca a la casa. Parece que aún hay cabida para más sorpresas en la vida de Olivia. El coche aparca delante de la verja verde de la entrada, y de él sale un hombre vestido de traje, que camina hasta la parte trasera para abrir una de sus puertas. Dentro parece que hay alguien más. Alexandre, que ha escuchado el sonido del motor desde arriba, se ha asomado. No sabe quiénes son ni qué desean; decide bajar a investigar.

En el invernadero, Olivia permanece ajena. Ha puesto música, y suena «Boat», de Victor Furbacken.

El señor trajeado abre la puerta derecha, y por ella sale una mujer

luminosa, como una aurora boreal. Es una mujer fuerte, magnética y delicada, conserva un halo joven. Todavía no lo saben, pero ella es… Anna. La tía Anna, la antigua dueña de la casa de las flores.

—Hola, buenos días —saluda Alexandre, acercándose cauteloso a la verja de la entrada.

—Buenos días —dice el señor de indumentaria elegante—. ¿Qué tal? Perdone que le moleste. Soy Fabián, el hijo de Anna. —Señala a su madre—. La antigua propietaria de esta casa.

Alexandre, sorprendido, abre la verja para invitarlos a entrar.

—Disculpadme, no sabía quiénes erais. Adelante, por favor, estáis en vuestra casa.

Da la mano a Fabián. Anna se aproxima a ellos. ¡Es tan distinta a como se la había imaginado! Esa mujer camina emocionada y atraviesa la valla del que fue su hogar durante tanto tiempo. Se deleita con la belleza del jardín y su nuevo brillo. Se ayuda de un bastón y sonríe a cada paso que da.

—Pasad, por favor. —Alexandre los acompaña hasta el salón.

—Gracias, cielo, muy amable —dice Anna.

Los recuerdos brotan en su memoria. Anna camina rescatando fragmentos de su propio florecer en esa casa, las salidas a hurtadillas, aquellas recetas que escondía de las miradas ajenas, su cuerpo desnudo danzando por ese mismo salón. Las velas encendidas para poder leer durante la noche. El miedo, la excitación, el despertar.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta Fabián.

—Sí, hijo, mejor que nunca —responde Anna. Su rostro está sonrosado.

—Voy a avisar a mi mujer —dice Alexandre.

—Sí, por supuesto —contesta Anna mientras sonríe.

Lleva décadas esperando a Olivia, a la mujer ardiente que volvería

a ese hogar y tomaría el legado de tan valiosa sabiduría.

Alexandre no pierde el tiempo y camina deprisa hasta el invernadero.

—Olivia, tienes que venir conmigo.

—¿Por? ¿Ha pasado algo?

—Tú ven.

Sale apresurado y Olivia lo sigue muy intrigada.

—¿Qué pasa? —repite, algo preocupada.

—Tú ven.

Olivia, como siempre, deja las botas tiradas en la entrada y pasan a casa.

—Este es Fabián, y ella… —Señala a una hermosa mujer, y Olivia, al verla, siente que su corazón late a otro ritmo. Ha visto la luz de la aurora boreal que desprende esa… desconocida—. Ella es Anna, la tía Anna.

Olivia y Anna se miran. Ambas albergan secretos profundos. Secretos ocultos en esos libros, en las notas escritas a mano. Están unidas por esos momentos en los que Olivia se ha sentido guiada en esa casa, en los que unas manos ajenas han sostenido las suyas, le han secado las lágrimas y le han devuelto tanta luz. Secretos profundos de mujeres sabias. De esta vida y quizá de las anteriores. Una hermandad discreta que solo ellas están reconociendo. La luz de la una y de la otra se funden en ese hermoso lugar. Es vibrante.

—Hola, Anna. —Olivia se sienta a su lado en el sofá.

—Hola, dulce niña. —Anna toma sus manos.

A Olivia esta sensación le es familiar. Sus manos juntas…

—Encantada.

Olivia mira a Fabián. Él sonríe. Alexandre y Fabián deciden retirarse. Puede que ellos también hayan sentido la unión de dos haces de luz.

—Lo encontraste —exclama Anna mirando hacia la alacena del salón.

—Sí, lo encontré —asiente Olivia.

—Cuando me marché de esta casa, quería mantener todo esto a salvo —dice acariciando sus manos—. Así que puse el mueble más pesado que encontré delante y cerré la puerta. ¿Te ha servido?

—Me ha salvado —declara Olivia—. ¿Quieres verlo? —La invita a regresar a su sagrado recoveco.

—Por supuesto —afirma Anna.

Las dos caminan juntas hasta la cocina, donde siempre se ha sentido la presencia de Anna.

Anna entra en su recoveco, el de tantas mujeres, el de tantos linajes que consiguió reunir. Tantos remedios, ideas, recetas y aprendizajes que perduran en las páginas de esos libros desgastados. Anna sostiene algunos en sus manos mientras inhala su aroma, recordando su propio despertar.

—Te mostraré algo, dulce niña —anuncia.

Parece tener muy claro qué está buscando. Se mueve ágil, pasando con suavidad los dedos por el lomo de los libros. Hasta que lo encuentra. Es un libro delgado, con la portada en blanco y negro. A Olivia no le da tiempo a leer el título. Anna lo abre, acaricia sus páginas, amarillentas por el paso del tiempo, como si buscara algo entre ellas. Y también lo encuentra. Dos fotografías. Aparentan llevar escondidas una eternidad.

—¿Sabes quién es?

Olivia presta atención a las mujeres retratadas. Cinco mujeres danzando en una arboleda. Sus vestidos son largos, claros y ligeros. Parecen tan felices y desinhibidas… Olivia observa la imagen con detenimiento. Ante su silencio, Anna señala a una de ellas.

—¿Sabes quién es? —repite.

—Eres… ¿tú? —responde Olivia, con condescendencia más que con certeza.

—Esa es tu abuela.

Olivia abre de nuevo los ojos, grandes, bien grandes, como hizo en el camino de olivos.

—¡¿Mi abuela?!

Hasta donde alcanzan sus recuerdos, su abuela era una mujer… parada, poco risueña, rígida. Incapaz de bailar con ese descaro en mitad de una arboleda. En su memoria, su abuela era todo lo contrario a lo que está viendo en esa imagen.

—Esta de aquí también es ella —señala Anna, mostrándole una nueva fotografía.

Contempla a una mujer preciosa, arropada por una sábana cubierta de flores al lado de un hombre… que no es su abuelo. Olivia permanece en silencio. Ella creía que sabía todo sobre aquella mujer, pero… no sabía nada.

—No parece ella… —advierte, quizá en busca de respuestas.

—Sentémonos, dulce niña —le propone Anna, mirando en dirección a la isla.

Caminan hacia los taburetes y se sientan. Anna prosigue, ante la atenta mirada de Olivia. Esta más sorprendida que en toda su vida, pero se siente misteriosamente calmada al lado de esa mujer. Escucha con interés.

—Todo lo que ves aquí —dice señalando hacia el misterioso recoveco— lo comenzamos juntas. Tu abuela y yo. Juntas salíamos a hurtadillas por la noche, cuando todos dormían, para conseguir respuestas. Mirábamos a la luna y nos reuníamos para aprender sobre ingredientes, nuevas perspectivas y para sentir el fuego de la mujer salvaje. Era todo tan emocionante… e inapropiado en aquella época —añade, con voz tranquila y nostálgica.

Olivia lo entiende. Entiende lo inapropiado que podrían resultar hace más de medio siglo sus ardientes encuentros con la luna, acariciar su cuerpo, cuestionar sus creencias y abrir su mirada. Lo entiende.

—Pero, Anna…, ¿qué pasó? No reconozco a mi abuela en nada de todo esto —pregunta desconcertada.

—Pasó que… ante la sabiduría siempre hay dos caminos: echarse a un lado, asustarse, dudar…, o crecer. Pasó que…

Anna hace una pausa, tratando de encontrar las palabras.

—Pasó que una noche tu abuela se asustó al ser vista a la salida de una de las ceremonias a las que asistíamos. Nos amenazaron con contárselo a nuestro padre. Pasó… que una noche fría, aquí, en este recoveco, ella me tomó de las manos, me miró con una confianza desalentadora y me dijo: «Sigue con todo esto, Anna, viaja, recoge todos esos secretos que guardan las mujeres. Nutre esta sabiduría». La sabiduría que ella sabía que existía, pero que tanto le asustaba. «Hazlo para ella», me suplicó. Estaba hablando de ti, dulce niña. «Hazlo para ella», repitió.

El cuerpo de Olivia tiembla. Siente la energía, la magia, la conexión. La lejana presencia de su abuela que se antoja tan cercana en este instante. Las tres reunidas en esa cocina.

—Pero… ¿cómo podía ella saber…? —Olivia balbucea, tratando de entender cómo su abuela podía saber hace más de medio siglo de su futura existencia.

—Ella lo sabía —sentencia Anna.

Descifrando que todas tenemos un papel esencial en nuestro linaje. Un papel valioso e importante en el que nunca estaremos solas. La sabiduría de nuestros ancestros siempre permanece a nuestro lado para ser susurro, a veces grito. Para apoyar nuestro vuelo, como el de Anna, o nuestra huida, como la de su hermana.

Para ayudarnos a sostener el pesado miedo, como el de Olga, o para derribarlo, como ahora hace Olivia. Es hermoso honrar nuestro lugar en la sabiduría de esa trenza sagrada que sobrevive al tiempo y al espacio, y que solo en la perspectiva del tiempo y el conjunto es entendida.

La energía en la cocina corre libre y vibrante. A sus anchas, de un lado a otro.

Anna se humedece los labios y añade:

—Un día noté una vibración en el pecho, ¿sabes? —Se toca el pecho—. Era el momento de venderla.

Olivia también sintió esa vibración en el pecho la primera vez que escuchó hablar de esa casa. Ambas se miran. No dicen nada más. No es posible añadir palabras.

Con el cuerpo tembloroso, Olivia se pone en pie y se dirige hacia la pila. Mientras camina, los hilos de sus pensamientos se unen deprisa. El miedo que su abuela inculcó a su madre. El silencio sobre Anna y sobre esa casa… Esa Olivia que creía saberlo todo sobre su pasado se rinde. Es una rendición dulce la de la sorpresa. En ese momento, Olivia siente a su abuela cerca y a su linaje. Al fin sabe de dónde viene.

—¿Quieres agua? —le ofrece.

El agua como ancla hacia el suelo para no salir volando hacia ellas, hacia las mujeres de su linaje.

—Gracias, niña, una taza de agua estaría muy bien.

Mientras Olivia coge dos tazas, Anna observa con dulzura la cocina, donde tantas cosas vivió tiempo atrás.

—¿Te gusta estar en la cocina?

Cambia el tono de la conversación. Deja que la magia se sosiegue, que Olivia sea capaz de colocarla pronto, muy pronto. Y trae la sabiduría al presente.

—Oh, sí, Anna, me gusta mucho. Sobre todo en esta —responde Olivia con una sonrisa—. Antes no me gustaba, no tenía tiempo para mirar la naturaleza ni para mirarme a mí misma. O al menos eso creía. Ahora todo es tan distinto… Paso mucho tiempo aquí. Es mi sitio favorito de la casa.

—Fíjate —dice Anna—. Creo que con el paso de los años se han perdido todos los retazos inherentes a la mujer: la cocina, las flores, la pausa, la belleza interna, la música, la pintura… Aquello donde antes encontrábamos tanto poder, consuelo y refugio. Ahora todo eso parece irrelevante, pero es lo que nos salva, lo que despierta nuestra naturaleza y nos cuida. Sin nuestros impulsos, sin su incomparable fluir, la vida de la mujer se para. Sí, la vida se vuelve agotadora, triste, mezquina y vacía. Y parar la vida no trae nada bueno, dulce niña.

Olivia escucha atenta a la mujer luminosa que tiene frente a ella. Sabe perfectamente a qué doloroso sentimiento se refiere. Sabe bien lo que es parar su vida y cuánto duele y asfixia. Anna prosigue con su relato.

—He podido presenciar con mis ojos el desgaste de la mujer. La negación de su ser, de sus necesidades e instintos, de su fuerza, de su fuego… Ay, ese fuego es la dicha que nos conecta con las estrellas, con la luna y la naturaleza, que tienen nombres de mujer. Fuerza y fuego de mujer. Si las miramos, despertamos. Si nos miramos, despiertan ellas, y con ellas el mundo. Ese fuego de la mujer que ruge por dentro y que nadie puede apagar más que una misma. Pero nosotras también podemos avivarlo. —Anna esboza una gran sonrisa—. ¿Sabes? —Mira a Olivia—. Apagar el fuego de una mujer es apagar el mundo.

—Apagar el fuego de una mujer es apagar el mundo —repite Olivia, llevando su mano izquierda al corazón.

Mientras, Alexandre y Fabián permanecen en el jardín sin entender cómo pueden dos mujeres desconocidas charlar durante tanto tiempo. Es bello el encuentro secreto entre las mujeres, demasiado sutil quizá para ellos, pero penetrante para ellas. Es bella la dispar percepción de quien las observa.

—El gemido de una mujer —prosigue Anna, cerrando los ojos y alzando el cuello hacia el cielo—. El gemido de una mujer se funde con el sonido de la naturaleza. Mira, están los pájaros que pían —Anna torna su mirada hacia la ventana—, el viento que mece los árboles y la mujer que gime, canta, danza, ríe, pare y es. Sin ella, la naturaleza no está completa. Y sin la naturaleza, sus gemidos serían inapropiados, indecentes, comprometidos. Pero con la naturaleza cerca, solo son el sonido que completa el paisaje. El gemido es ese sonido que sale del alma de la mujer, la rendición tras dejar de hacer un esfuerzo por contenernos, el abandono de la lucha y la victoria del ser…

Olivia comprende bien de lo que habla Anna porque ella ha gemido… Gimió en el arroyo cuando se topó con Alexandre, desbordada de deseo y placer. Gimió en esa casa bajo la luna… Y gime cada día mientras pinta, cuando la música suena y sus pinceles se deslizan guiados por otro tiempo… Olivia sabe bien lo que es un gemido.

—Yo siempre me dije: «Anna, estés donde estés, crea tu jardín, un jardín donde sea apropiado tu gemido. Dedícale tiempo y amor, y cuando te pierdas, él te devolverá tu gemir…». Yo lo hice, lo hice en esta casa. Aquí recuperé mi gemido. ¿Tú lo has hecho, niña? ¿Has recuperado el tuyo?

—Sí, sí lo he hecho, Anna. —Olivia se seca las lágrimas que resbalan desde sus grandes ojos de color miel. Este encuentro agita cada una de sus células.

—Lo sé —responde Anna satisfecha.

Cerca del mediodía, Alexandre aparece en la cocina, sigiloso.

—Disculpad. Anna, ¿os gustaría quedaros a comer?

—No, muchas gracias, preferimos retirarnos ya. Aún nos queda un largo viaje. —Anna mira a Fabián—. Es momento de partir.

Esa será la última visita de la tía Anna a la casa de las flores. Se marcha dichosa por haber cumplido la promesa que hizo una gélida noche años atrás. Se marcha con la intuición de que el legado, que con tanto esmero ha recopilado, seguirá vivo junto a Olivia y a esa casa.

—Gracias por visitarnos —se despide Alexandre dando un gentil abrazo a Fabián—. Gracias por venir. —Besa a Anna en la mejilla.

Anna se acerca a Olivia, le coge las manos y la mira. Y en la mirada de la una hacia la otra hay un código de luz hermoso, poderoso y sincero que las transporta a otro instante, donde generaciones venideras danzarán descalzas en esa casa, jugarán y reirán. Y también viajan a otro instante, cuando Olivia sufrió una desafortunada caída que le devolvió la dirección. Olivia está sintiendo, bajo la mirada de Anna, la misma energía, la misma luz, la misma fuerza…, la misma posibilidad de vida que sintió aquella noche en la ambulancia. Y, bajo sus miradas, el tiempo ha dejado de seguir un orden lineal… Solo hay certeza y sabiduría entre dos mujeres que se miran.

Anna y Fabián salen y, mientras caminan hacia el coche, del delgado cuerpo de Anna sale una estela de luz. Ahora la casa de las flores se queda completa. Completa de verdad, de fuego y vida.

Tres años y tres días después, justo como predijo la tía Anna al mirar a Olivia, la vida sigue en la casa de las flores. La madreselva alcanza

el primer piso, el castaño de Indias se alza varios metros, y bajo el álamo, que cobija el amor y aleja el miedo, la vida sigue, se expande y florece. En la bellísima casa de las flores.

—Mamá, ahora tú —dice una vocecita que observa ilusionada la forma de las nubes—. ¿Qué ves? ¿Qué ves?

—Hum… Veo un camión —responde Olivia.

—¡Mamá, ezo es imposible!

—¿Imposible? Nada es imposible, mi amor. Nada es imposible —repite Olivia, que abraza sobre la hierba fresca a la dueña de tan preciosa vocecita.

Y se regocija ante la bonita misión que tiene entre sus manos: ayudar a su hija a crecer sin perder de vista el cielo, sin apagar su fuego ni olvidar tanta sabiduría… Qué bonita misión tiene por delante.

Cuando te pierdas, recuerda que la naturaleza
es el camino más corto y amable
para regresar a ti misma.

Glosario de flores de Bach
que aparecen en *El viaje de vuelta*

Aspen, álamo temblón, *Populus tremula*: aleja nuestros miedos abstractos e intangibles.

Centaury, centáurea, *Centaurium umbellatum*: la esencia de la confianza, un amable despertar a la sabia y poderosa voz interior.

Cherry plum, cerezo, *Prunus cerasifera*: ayuda a vencer el miedo a descontrolarse y caer en la locura.

Chestnut bud, brote de castaño, *Aesculus hippocastanum*: para aprender eso que la vida nos quiere decir.

Chicory, achicoria, *Cichorium intybus*: susurro para soltar y desapegarse de esa carga que ya no sirve, abriendo un espacio para bendiciones futuras.

Clematis, clemátide, *Clematis vitalba*: el aroma de la reconexión con el aquí y el ahora.

Crab apple, manzano silvestre, *Malus pumila*: limpiador del sistema floral, actúa purificando en todos los planos: físico, emocional y espiritual.

Holly, acebo, *Ilex aquifolium*: la esencia espiritualizadora que nos devuelve el amor universal.

Honeysuckle, madreselva, *Lonicera caprifolium*: la esencia de la presencia.

Hornbeam, hojarazo, *Carpinus betulus*: la esencia energizante.

Mimulus, mímulo, *Mimulus guttatus*: la esencia de la valentía y la confianza.

Pine, pino silvestre, *Pinus sylvestris*: la esencia de la rendición, cuando ya no nos quedan fuerzas para seguir agrediéndonos.

Rock water, agua de roca, *Aqua petra*: disuelve la cristalización de actitudes fijas y dogmas que nos dan rigidez.

Star of Bethlehem, estrella de Belén, *Ornithogalum umbellatum*: representan la unión de lo divino con la tierra, el equilibrio del ser.

Walnut, nogal, *Juglans regia*: elixir que ayuda a adaptarse a los cambios y a abrazar finales y comienzos.

Wild oat, avena silvestre, *Bromus ramosus*: flor que amplifica la señal de nuestra valiosa e inteligente brújula interna.

Agradecimientos

Gracias:

A mi hijo Lucas, el niño que pinta feliz.

A mi verdadera Olivia, mi niña preciosa y su constelación.

A mi bebé Gonzalo, que ha estado en mi vientre, vibrando con estas páginas.

A mi marido, por amarme y regalarme un jardín.

Gracias a mi linaje. Las mujeres que me precedieron y me sucederán. Sé que todas somos una de alguna manera que aún no atisbo a comprender, pero nunca me siento sola.

A Gonzalo Albert, que me reta a sacar lo mejor de mí, y a mi editora, Ana, por decirme que era una escritora jardinera en el momento de bajón. ¿Hay un piropo mejor?

Esta historia me llevó a mi casa de las flores, ese espacio interno donde el aire sopla relajado, huele a madreselva y se siente la paz. Deseo que también te lleve a ti.

¿Qué harías si una casa pudiera cambiar tu vida?



Olivia Cano, una mujer atrapada entre sus sueños y la realidad, se embarca en una aventura de autodescubrimiento cuando decide reformar una antigua casa llena de memoria y secretos. A medida que avanza en su proyecto descubrirá no solo las oquedades de su pasado, sino también una poderosa conexión con otras mujeres a través de su acercamiento a la naturaleza.

Elizabeth González, más conocida en redes como Mamaslow, debuta como novelista con *El viaje de vuelta*, una obra inspiradora que aborda temas de gran calado, como la búsqueda de identidad, el poder de los sueños y el valor de apostar por las corazonadas como palancas del cambio. Una novela conectada con la tierra que

habitamos que nos devuelve como lectores al lugar al que pertenecemos, ese espacio sagrado donde todos anhelamos volver.

Un viaje de vuelta a nosotros mismos.

Elizabeth González es una de las voces más inspiradoras en el reencuentro de la mujer con su esencia y confianza. Nutricionista de reconocida trayectoria, ha acompañado a cientos de mujeres en la búsqueda del bienestar tras descubrir que este solo puede alcanzarse cuando alimentamos primero nuestra conexión interna. Además, Elizabeth comparte con sus lectores su maestría y sensibilidad en la formulación de mezclas de hierbas y flores, para que, como la protagonista de esta historia, nos sintamos guiados y cuidados en el camino de regreso a nuestro magnético poder personal. Ha colaborado en medios como La Sexta, Telemadrid, Onda Cero, *El Mundo, El País* o la revista *Hola. El viaje de vuelta* es su primera novela.



Primera edición: enero de 2026

© 2026, Elizabeth González
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustraciones del interior: © Shutterstock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Trevillion

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10257-21-4

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Hugo, Victor, «Elle était déchaussée», en *Lo que dice la boca de sombra y otros poemas* (Editorial Visor, 2015, colección Visor de Poesía, n.º 920, edición de Antonio Martínez Sarrión): Ella estaba descalza, estaba despeinada, / Sedente, pies desnudos, entre torcidos juncos. / Al cruzar por allí, un hada creí ver. / Y le dije: ¿Querrás venirte por los campos? / Me contempló con esa mirada soberana / Que en la belleza surge cuando de ella triunfamos. / Y repetí: ¿No quieres, en el mes del amor, / No quieres que vayamos bajo los densos árboles? / Ella enjugó sus pies en las hierbas del borde / Y me miró despacio una segunda vez, / Y la hermosa traviesa se quedó pensativa. / ¡De qué modo cantaban en el bosque las aves! / ¡Cómo arrullaban el agua dulcemente en la orilla! / Y hasta me vi llegar, entre las verdes cañas, / A la bella muchacha, asombrada y salvaje, / El cabello en el rostro, sofocando la risa.

Índice

El viaje de vuelta

1. La caída

2. El anhelo

3. Después de Limeuil, las alas cortadas

4. Frente al espejo

5. El reencuentro

6. La casa de las flores

7. ¡Hagámoslo!

8. La despensa oculta

9. Fuerzas opuestas

10. La luna revelada

11. Toda mujer ha de mirar a la luna

12. La habitación de invitados

13. La voz de una misma

14. El cuadro

15. La sorpresa

16. La herencia de las mujeres

Glosario de flores de Bach que aparecen en «El viaje de vuelta»

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Elizabeth González

Créditos

Nota